

PRIMERA PARTE

El yacimiento

CAPÍTULO I

El yacimiento y su entorno geográfico

Concepción Blasco

La ubicación y circunstancias en las que, para la literatura arqueológica, nació el asentamiento de La Fábrica de Ladrillos las debemos a Carmen Priego y Salvador Quero, quienes en una nota breve publicada en 1983 refieren cómo “Este yacimiento fue descubierto como consecuencia de la extracción de arenas para la elaboración de ladrillo blanco en una fábrica situada en la finca denominada “La Aldehuela”, en Getafe. En enero de 1982 se detectó la existencia de “fondos de cabaña” que estaban siendo destruidos por las citadas obras. Se procedió inmediatamente a una excavación de salvamento que ha permitido recuperar en gran parte este interesante yacimiento del final de la Edad del Bronce. El poblado se asienta sobre una suave colina que domina las tierras bajas de la vega del río Manzanares hacia Vaciamadrid (coordenadas: 40° 18’ de Lat. y 3° 35’ de Long. W.; mapa topográfico nacional. E. 1:50.000). [...]” (Priego y Quero, 1983: 301). (Figura 1).

Ampliando estas informaciones, es pertinente decir que el sitio se halla en la terraza inferior de la margen derecha del cauce bajo del arroyo Culebro, en el último tramo de su recorrido, apenas a 500 metros de su desembocadura en el Manzanares, en un punto en el que ambos cauces corren en paralelo creándose en el espacio interfluvial una amplia vega con verdes pastos perennes y humedales que comparten la margen derecha del Manzanares y la izquierda del mencionado arroyo. Esta vega alcanza una anchura media de poco más de un kilómetro, está ocupada por una vegetación de pradera asociada a algunos núcleos de bosque ripario junto a la línea del cauce.

El lugar es muy significativo puesto que se encuentra a tan solo unos 5 kilómetros de la confluencia del Manzanares con el Jarama, en un área de alta concentra-

ción de yacimientos pertenecientes a la Prehistoria reciente. Hasta el momento, están bien documentados al menos dos reducidos sitios campaniformes (Blasco, Calle y Sánchez, 1991 y 1996) y una extensa ocupación durante el Bronce Medio y Final en la que los asentamientos Protocogotas y Cogotas I (Figura 2), aun desconociendo el grado de coetaneidad existente entre ellos dentro de cada fase, es evidente que conforman una secuencia horizontal. Casi todos ellos tienen como denominador común el que se alinean precisamente a lo largo de los ríos citados y, en menor medida, de los arroyos. La mayoría se ubican a menos de 1 kilómetro de algún curso de agua, siendo una constante la atracción que han ejercido los puntos de confluencia de dos cauces debido a que son lugares en los que las praderas alcanzan considerable extensión, tal como perfectamente ejemplifica la zona de confluencia del Manzanares con el Culebro. Representativa de esta gran riqueza de yacimientos prehistóricos que muestra el sur de la Comunidad de Madrid, en la misma finca de La Aldehuela o en la cercana de La Torrecilla también existen varios asentamientos que cubren todas las etapas de la Prehistoria antigua y reciente, localizados a sólo unos cientos de metros de La Fábrica de Ladrillos.

En esta finca de La Aldehuela –en cuyo interior se encuentra el yacimiento de La Fábrica–, los humedales de las llanuras fluviales cuentan con el inmejorable complemento medioambiental que suponen las importantes superficies de matorrales y el cercano monte de La Marañososa, lugar éste de unas 3 hectáreas de extensión que se sitúa a tan solo unos 2 kilómetros del yacimiento. Ambos parajes constituyen espacios idóneos para el desarrollo de actividades cinegéticas y para la explotación de los recursos del bosque (Figura 3). Por concretar, en

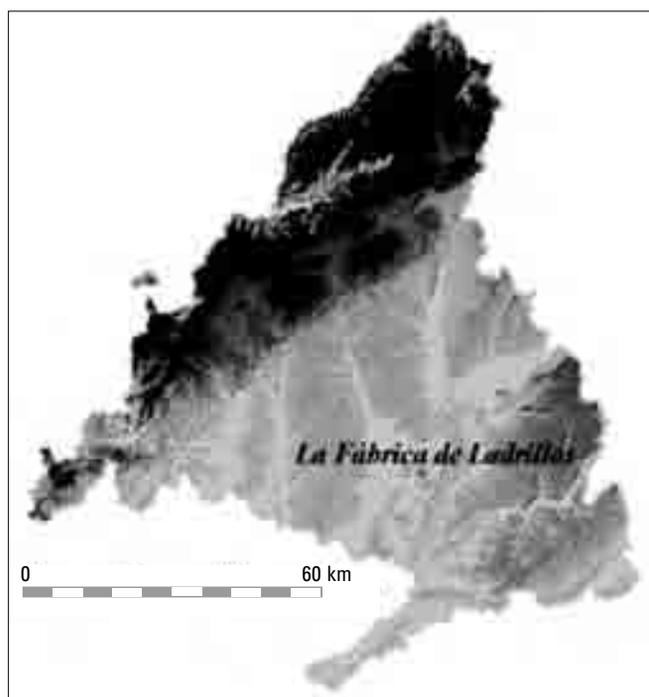


Figura 1. Ubicación del yacimiento en la comunidad de Madrid



Figura 2. Localización del yacimiento en mapa de altitudes

un radio de 750 metros el aprovechamiento de los suelos en la actualidad se encuentra repartido de la siguiente forma: 20,5 hectáreas de vegas, 10 de cultivos de regadío/secano, 51,2 de secano, 16,2 de bosque, y otras 10,5 de matorral, a las que hay que sumar 62 más que ya están urbanizadas o dedicadas a usos diversos, pero que en su mayoría serían también potencialmente aprovechables, al menos desde el punto de vista teórico. Aun cuando estos datos, por razones obvias, no pueden ser traslada-

bles al II milenio a. C., sí nos permiten hacernos una idea de la heterogeneidad y complementariedad biogeográfica y también edáfica a la hora de aproximarnos a ese potencial aprovechamiento de los recursos por parte de una economía preindustrial básica dominada por la actividad agropastoril. Por los resultados de análisis palinológicos y carpológicos realizados en yacimientos próximos geográfica y temporalmente se deduce el cultivo de leguminosas ofabáceas en la zona más próxima al río, mientras que los campos más alejados se destinarían a los cereales: trigo y cebada cuyos restos carbonizados se han identificado en el interior de algunos de los hoyos siliformes de Caserío de Perales (López, coord., 1997, 162)

A juzgar por los datos que han proporcionado los análisis polínicos (Vid. Anexo I) la situación no sería muy diferente a la actual en el II milenio a. C., etapa en la que también las praderas debieron de ser dominantes, si bien la presencia, en niveles profundos, de una significativa cantidad de pólenes arbóreos hace pensar en un desarrollo mucho mayor del bosque-galería ripario y en una mayor riqueza de matorrales algunos de los cuales, particularmente los espinosos presentes en otros yacimientos coetáneos del entorno, como Ecce Homo o Caserío de Perales del Río (López, coord., 1997, 150-164), pudieron haber sido utilizados para trazar el recinto perimetral del asentamiento y disponer así de una cerca disuasoria.

Como complemento de esta relativa riqueza y variedad edáficas no debemos perder de vista que el yacimiento se encuentra muy próximo a la Cañada Real Galiana de las Merinas, que atraviesa el Manzanares a tan sólo 3'5 kilómetros aguas arriba del mismo, a la altura de la Finca de La Torrecilla. Es un vial de importancia comarcal por cuanto pone en contacto esta área de la cuenca baja del Manzanares con la del Jarama en el tramo más cercano a su confluencia con el Henares (Figura 4). Como la mayoría de las rutas pecuarias medievales, es probable que esta fuera ya transitada desde tiempos remotos por los grupos humanos que a lo largo de la Prehistoria reciente se asentaron en el curso bajo del Manzanares entre los que se encuentran quienes dieron lugar a lo que ahora es el yacimiento de la Fábrica de Ladrillos.

A las ventajas con las que cuenta el propio solar en el que se ubica el asentamiento para el desarrollo de las actividades primarias, hay que sumar las no menos importantes que proporciona su entorno próximo, pues constituye una valiosa área de captación de las principales materias primas industriales requeridas por estos grupos. De él pudieron obtener no sólo el sílex nodular procedente de la terraza fluvial en la que se asentaron, sino también el sílex tabular existente en los cercanos montes de la Marañosá, distantes a tan sólo 2 kilómetros, a lo que habría que sumar la existencia en su propio subsuelo de la arcilla necesaria (todavía hoy explotada), para la elaboración de productos de alfarería (Figura 5).

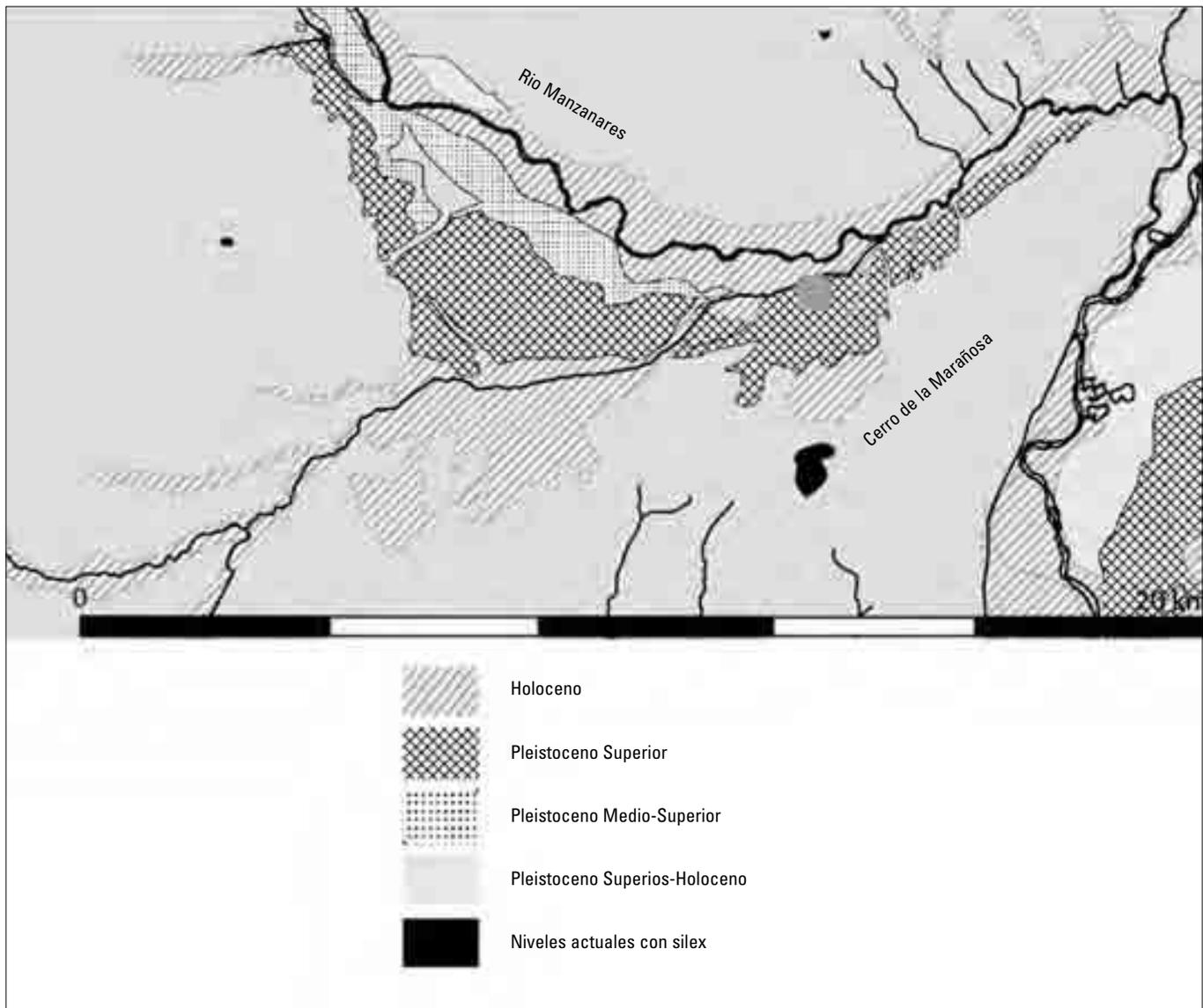


Figura 3. Esquema geológico del entorno del yacimiento

Estos recursos del entorno más inmediato sin duda se vieron complementados con el beneficio de otros productos minerales, como son las sales del área de Ciempozuelos (situado a unos 18 kilómetros), explotadas al menos desde los tiempos del Campaniforme según se desprende de estudios recientes (Ayarzagüena y Valiente, 2003: 63). Para la obtención de otras materias primas era necesario la explotación de áreas situadas a una distancia algo superior, lo cual hacía necesarios desplazamientos de más de una jornada. Este es el caso del granito y otras rocas metamórficas destinadas a la obtención de utillaje pesado y de los minerales de cobre y estaño para la obtención de útiles metálicos, todos ellos procedentes de afloramientos existentes en el piedemonte y los macizos del Sistema Central distantes unos de 50 kilómetros: zonas de Galapagar, Torreldones, Valdemorillo, Colmenarejo, Collado-Villalba, Garganta de los

Montes, Bustarviejo, Lozoyuela, El Berrueco, Miraflores, Redueña-Torrelaguna, etc. (Rovira y Montero, 1994: 158). Todas estas circunstancias explican no sólo la elección de este lugar para levantar el asentamiento que nos ocupa y la larga vida que parece haber tenido, sino, sobre todo, la alta concentración de yacimientos en torno a la cuenca del Manzanares aguas abajo de la ciudad de Madrid, los cuales cubren todos los *horizontes* de la Prehistoria madrileña y, en especial, el III y II milenios a. C, un periodo decisivo por cuanto quedará consolidada la economía campesina estrechamente vinculada a las cuencas bajas fluviales.

En lo que se refiere a la visibilidad que del entorno inmediato se obtiene desde el yacimiento, ésta abarca algo más de 10 hectáreas (Figura 7), si bien no es uniforme en todas direcciones ya que está focalizada hacia el control del vado y, en general, hacia el tramo de vega

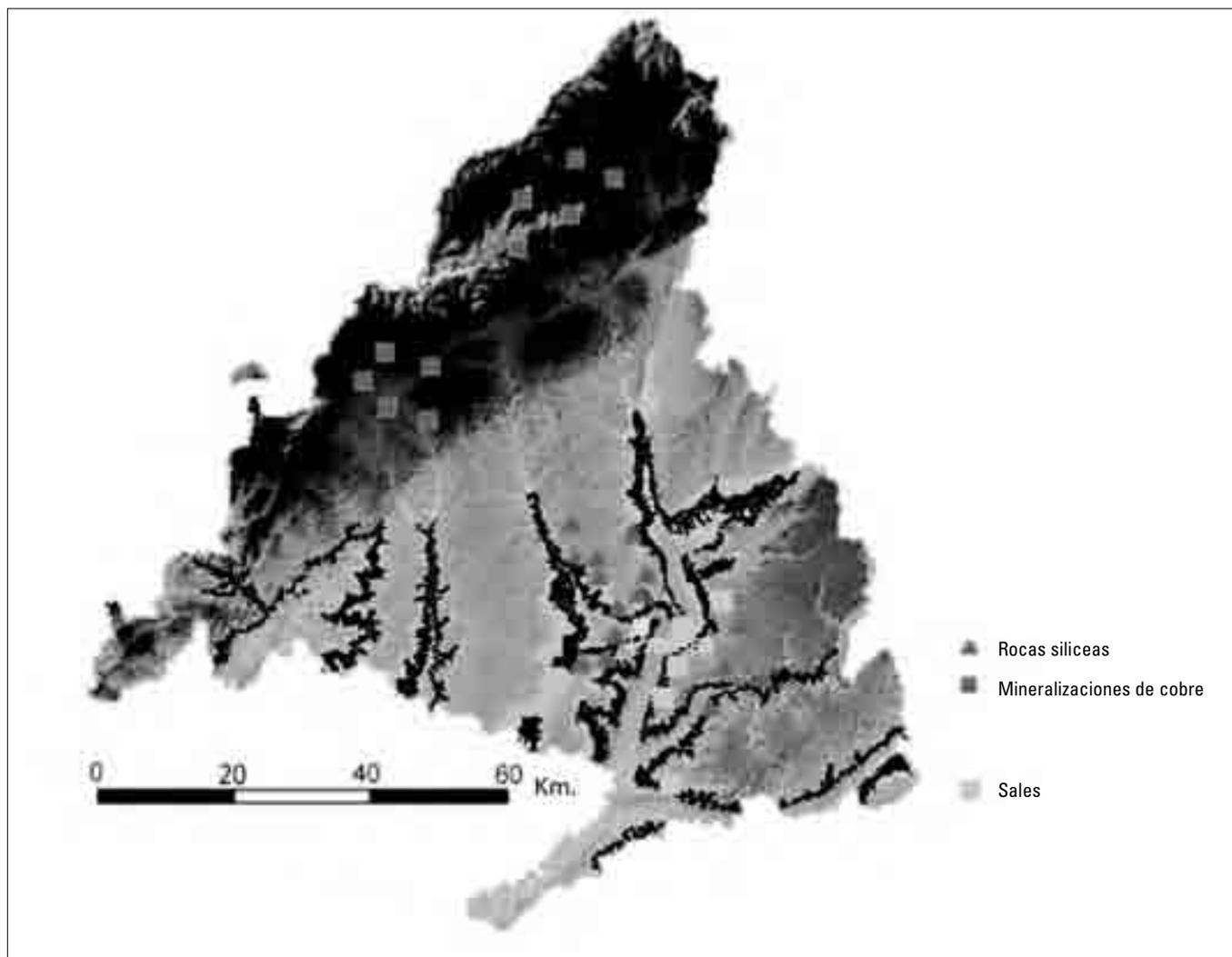


Figura 4. Recursos potenciales de sílex, cobre y sal

más próximo al asentamiento. Por encima de esta visibilidad inmediata, cierto es que se divisan a lo lejos las estribaciones meridionales del Sistema Central en donde, con bastante probabilidad, se localiza la explotación de determinados recursos como son las vetas metalíferas o algunas rocas de uso habitual como materias primas de morteros y otros útiles pesados: granito, fibrolitas, esquistos, anfibolitas, etc. Ciertamente, este segundo nivel de dominio visual tiene bastante poca trascendencia desde el punto de vista de la vida cotidiana de quienes habitaron en nuestro yacimiento. Lo que interesa resaltar es que el control visual se dirige preferentemente a las tierras de mayor rendimiento agropecuario, a las zonas de aprovisionamiento de agua y a los recursos fluviales.

Entre los yacimientos de la cuenca baja del Manzanares que ofrecen una secuencia cultural similar a éste de la Fábrica de Ladrillos caben destacarse los de Caserío de Perales y El Quemadero-Jesús Fernández, situados aguas arriba del Manzanares, también sobre el borde de la terraza baja del río a unos 4 y 6 kms, respectivamente, de la Fábrica de Ladrillos, aunque de momento no resulta fácil

precisar si existió o no simultaneidad en la ocupación de los tres sitios o, si por el contrario, son fruto de ocupaciones alternantes que no coinciden en el tiempo. A pesar de que desde nuestro yacimiento eran visibles los otros dos sitios referidos (Figura 7), en la localización de los tres establecimientos posiblemente primó más la capacidad de aprovechamiento de las tierras del entorno que la intervisibilidad con posibles ocupaciones sincrónicas.

Los trabajos de campo en La Fábrica se inician en el mismo momento en el que se tiene conocimiento de la existencia de unos “fondos de cabaña” en el lugar, en enero de 1982, procediéndose a realizar una excavación de “salvamento”. A esta intervención le sigue una segunda en 1983 (Priego y Quero, 1983: 301), habiéndose realizado ambas campañas arqueológicas por miembros de la sección de Arqueología del Museo Municipal de Madrid, quienes, en total, excavan una superficie cercana a los 900 metros cuadrados, si bien mediante varios sondeos en diferentes puntos comprueban que la ocupación abarca una extensión mucho mayor, pues pudo haber alcanzado los 12.000 metros cuadrados. Así mismo, se comprueba

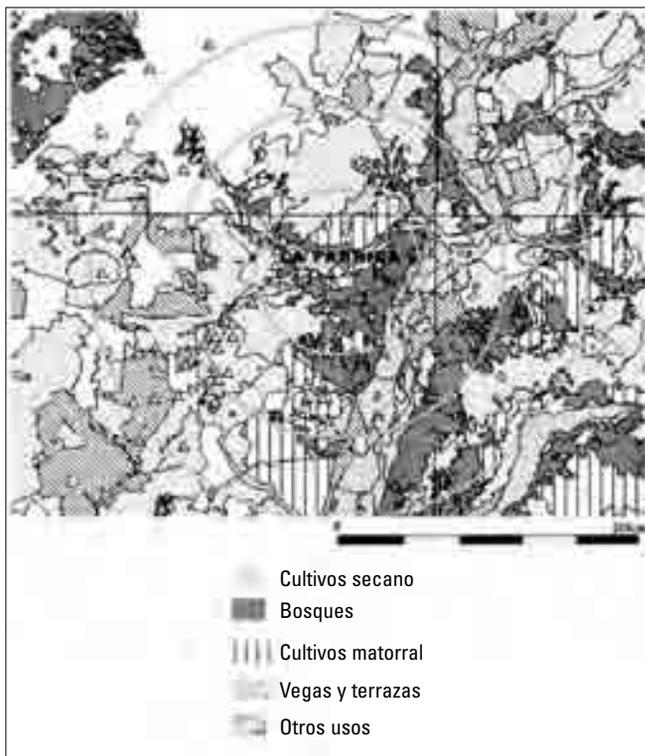


Figura 5. Potencialidad de los suelos

que todo el asentamiento se extiende por una superficie bastante llana, a una altitud de 562 m.s.n.m.

Tal como dejaron escrito sus excavadores, el yacimiento “Está formado por un numeroso conjunto de fosas o agujeros excavados en la arena y rellenos con materia orgánica, cerámica, útiles de piedra y huesos. Las fosas se disponen en grupos arracimados dejando entre ellos espacios estériles” (Priego y Quero, 1983: 301). Los mapas de distribución de las estructuras muestran cómo entre estas concentraciones de hoyos hay muchos de ellos que son tangentes o secantes entre sí, prueba de que se excavaron en momentos distintos, distanciados seguramente por episodios de abandono más o menos prolongados. Entre algunos de estos “hoyos” hay áreas de posibles “suelos” que conectan los diferentes grupos de estructuras, pero de los que no se conservan más que unos centímetros de potencia (entre 10 y 15) y en ellos se observan reducidas zonas de enchanchados de guijarros. A estas zonas negruzcas es a las que los excavadores denominaron “manchas”, por lo general carentes de material arqueológico o con escasísimos restos, pero de las que conviene que hagamos un par de aclaraciones.

En primer lugar, la deficiente conservación del yacimiento por la reiterada explotación de la zona (Figura 8)

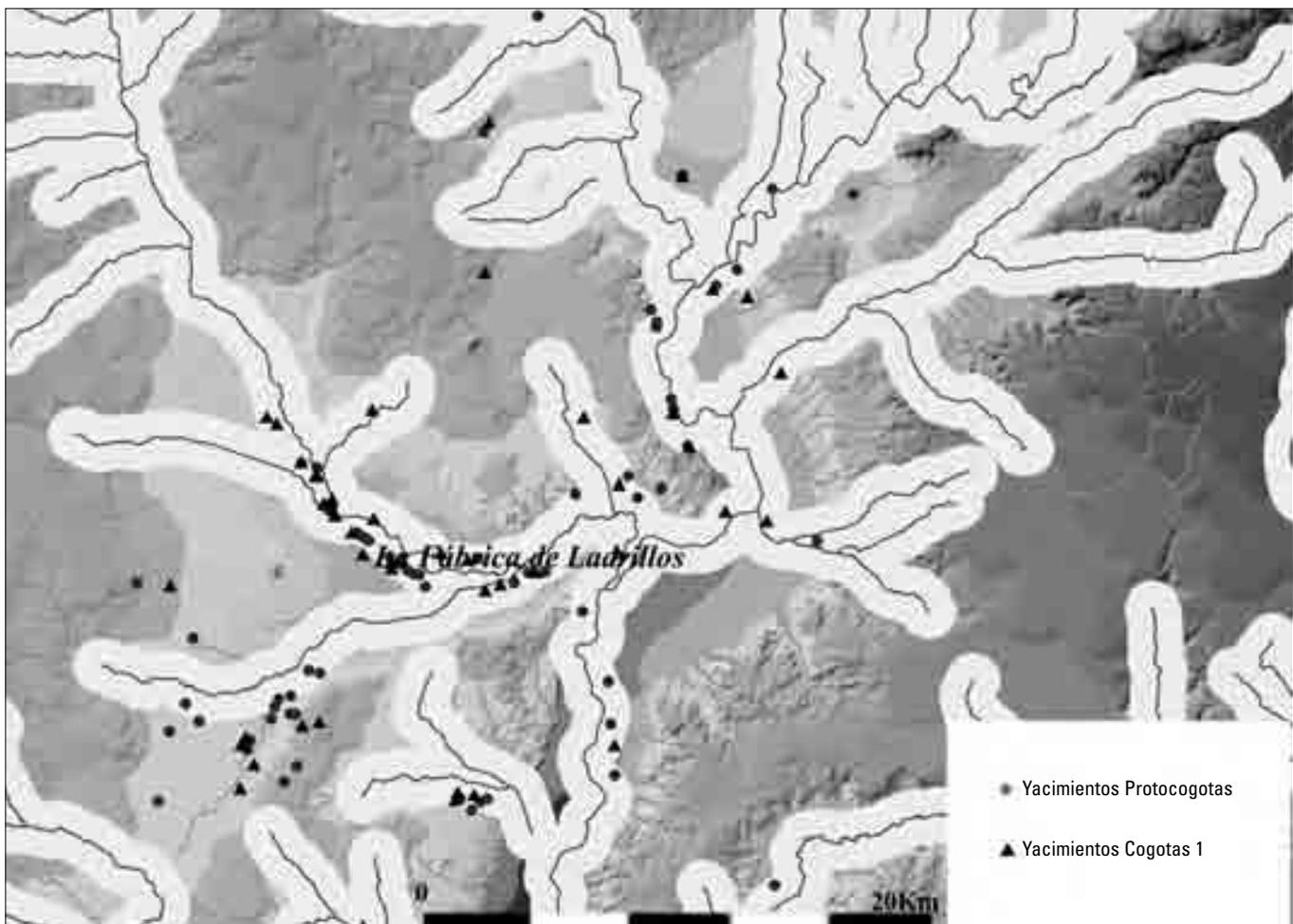


Figura 6. Buffer 1 km. En el entorno de los ríos y localización de yacimientos Protocogotas y Cogotas I

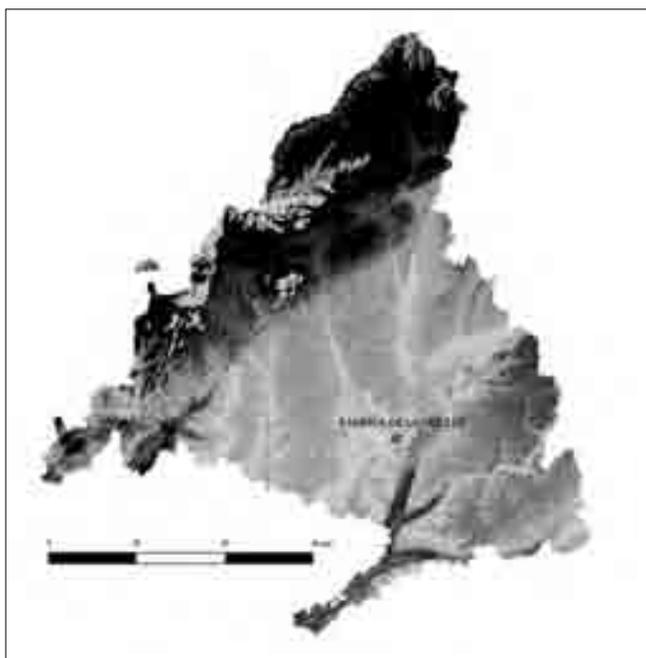


Figura 7. Visibilidad desde la Fábrica de Ladrillos de Prerisa

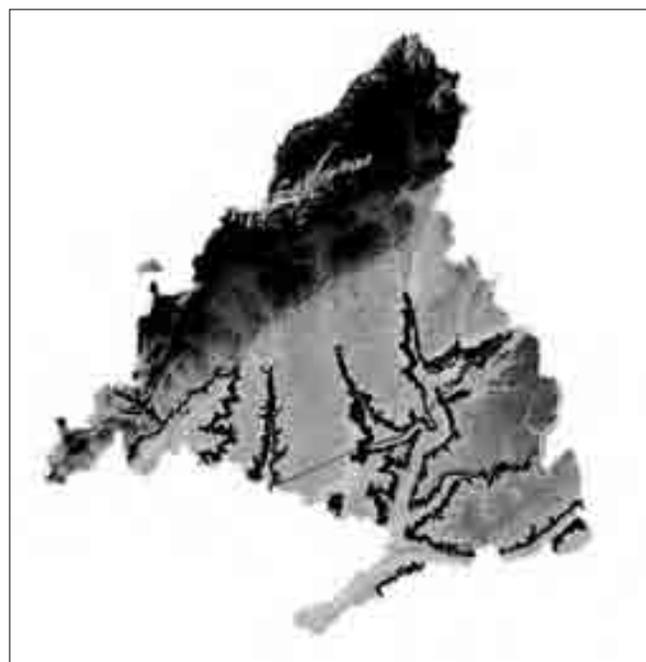


Figura 8. Localización de la Cañada Real con respecto al yacimiento en fases diferentes del estado del Arroyo Culebro

es la causa de que muchas de estas “manchas” fueran identificadas en el momento de la excavación como posibles subestructuras negativas u “hoyos”. Sin embargo, lejos de ser esto, parece que no se trata más que de restos de tierras con alto contenido orgánico procedentes de la dispersión del sedimento de otras cubetas y en algún caso bases para colocar los pies de postes de una supuesta cabaña de planta rectangular, orientada en sentido este-oeste y con unas dimensiones de unos 2 por 4 metros. Por ello, aunque el número total de “manchas” excavadas alcanza casi los dos centenares, hay que reducir sensiblemente el número total de subestructuras existentes, de auténticos “hoyos” o “ceniceros”, en la superficie investigada a poco más de un centenar.

En segundo lugar, dado que los excavadores en su día dieron una numeración consecutiva a las evidencias que iban aislando, ya fuesen “manchas” o “fondos”, en nuestro capítulo de inventario y en el estudio realizado hemos mantenido dicha numeración bajo la denominación genérica de “fondo” y es en el texto explicativo donde se consignan las características físicas del sedimento excavado.

En otro orden de cosas, una simple ojeada al plano general del yacimiento nos indica que nos encontramos ante un establecimiento de larga ocupación o de establecimientos discontinuos. Sin embargo, la ausencia de estratigrafías verticales nos impide aproximarnos a la duración de cada una de las ocupaciones o al tiempo transcurrido entre cada uno de los establecimientos, si es que se produjeron momentos de abandono. Por otra parte, tan sólo podemos intuir la distribución espacial de las subestructuras correspondientes a cada horizonte sin garantizar su absoluta coetaneidad, pues en el área exca-

vada las subestructuras pertenecientes a los dos horizontes documentados –Protocogotas y Cogotas I– se distribuyen de manera aleatoria sin que exista ningún sector de ocupación exclusiva en un momento determinado.

Tampoco la planimetría de las subestructuras excavadas permite localizar con exactitud las verdaderas cabañas y, mucho menos, su extensión y morfología, pues aunque, inicialmente, algunos “hoyos” poco profundos son interpretados como posibles pies de postes, su gran diámetro (por encima de los 60 cms. a veces) obliga a descartar esta hipótesis y a pensar que los suelos de las estructuras domésticas pueden encontrarse en los espacios que quedan entre los “hoyos” destinados a funciones complementarias.

Un primer análisis de conjunto de los materiales muebles nos induce a pensar que si bien el área excavada estuvo ocupada durante las fases *formativa* y *plena* de la *cultura de Cogotas I*, esto es, durante lo que se conoce habitualmente como etapas Protocogotas y Cogotas I, entre ambas existe un notable desequilibrio. Al decir esto no sólo nos estamos refiriendo a que cada una de ellas ofrece equipos materiales y evidencias técnicas, sociales y simbólicas bien distintas que testifican el cambio importante que ha tenido lugar entre ambas –aunque no de ruptura ya que la continuidad de ocupación en un mismo lugar es una constatación, no sólo en el yacimiento de la Fábrica, sino en una buena nómina de hábitats del entorno–, sino también a que da la impresión de que la ocupación Protocogotas constituyó un episodio intenso pero de corta duración mientras que la de Cogotas I parece haber sido más prolongado. Pero sobre esto más adelante abundaremos.

CAPÍTULO II

Los trabajos de excavación

Salvador Quero

Desde mediados de los años setenta del pasado siglo se venían produciendo hallazgos de diversos materiales arqueológicos en los terrenos descritos en el anterior capítulo pertenecientes a la fábrica de ladrillos blancos de PRERESA (Figuras 9, 10 a y 10 b). Estos materiales fueron recogidos por los miembros de la Brigada Arqueológica del Instituto Arqueológico del Ayuntamiento de Madrid, que desde la década de los cincuenta se venían dedicando a la vigilancia de areneros, graveras y obras del área madrileña con el fin de documentar los yacimientos arqueológicos que se veían afectados por estos trabajos. La Brigada Arqueológica –término militar muy al uso en la posguerra civil española– era la avanzada de los trabajos arqueológicos, estaba formada por un capataz y varios obreros que se repartían el territorio afectado por las grandes obras y, sobre todo, por las canteras de extracción de áridos para la construcción. La remoción del terreno natural por las máquinas excavadoras permitía la localización de los yacimientos arqueológicos que eran registrados de una manera elemental por los vigilantes de la Brigada Arqueológica, los materiales eran llevados a la sede del Instituto Arqueológico donde el personal técnico los registraba, catalogaba y restauraba si era preciso. A la vista de la entidad de los hallazgos se procedía o no a la realización de una excavación arqueológica.

Este sistema de prospección arqueológica tenía el apoyo legal de unas credenciales expedidas por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas que acreditaban al personal de la Brigada y por un salvoconducto del Gobernador Civil de la provincia para que les facilitaran el acceso a las obras y para que la Guardia Civil les prestara apoyo si fuera necesario. Todos los miembros de la Brigada fueron reclutados entre el per-

sonal que trabajaba en los areneros y graveras con lo que contaban con un conocimiento del terreno extraordinario y tenían una urdimbre de relaciones y, en algunos casos, complicidades con los obreros de los tajos de trabajo quienes les facilitaban el acceso y les avisaban cuando se producía algún hallazgo. Esta actitud favorable de los antiguos compañeros se veía indudablemente facilitada por generosas propinas repartidas por el Instituto Arqueológico.

José Pérez de Barradas (1925, 1926, 1929) inició en los años 20 y 30 este procedimiento de buscar la complicidad de los trabajadores cuando realizó las prospecciones en el área de Madrid para las exposiciones del Antiguo Madrid de 1926 e información sobre la ciudad de 1929, para lo que publicó una cartilla de divulgación de Prehistoria (1925) en la que daba pautas generales de actuación a los particulares ante el hallazgo de restos arqueológicos y les indicaba dónde debían comunicar los hallazgos.

Cuando se fundó la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas en 1938 se formó una trama de información arqueológica basada en parte en este sistema de Pérez de Barradas, se constituyó una red de informadores que comunicaban sus hallazgos a los comisarios locales de excavaciones y éstos a los provinciales quienes transmitían la información al Comisario General de Excavaciones Arqueológicas. En el caso de Madrid el Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas era don Manuel Maura y Salas, Concejel durante la República del Ayuntamiento de Madrid y presidente del tribunal de oposiciones que adjudicó la plaza de Investigador de Prehistoria a José Pérez de Barradas, además era desde los años veinte amigo personal del Comisario General de Excavaciones Arqueológi-



Figura 9. Fotografía aérea de la Fábrica de ladrillos de PRERESA, (Foto Altair)

cas Julio Martínez Santa-Olalla quien fundaría años más tarde el Instituto Arqueológico Municipal basándose en estas premisas (Carrera Hontana, E. y Martín Flores, A, 1996; Quero, 1996).

El sistema de información arqueológica consagrado por la Comisaría de Excavaciones tenía la ventaja de que implicaba a la población local en la protección de su patrimonio arqueológico, pero tenía el grave inconveniente de que estaba muy dirigido a la búsqueda de objetos y los informadores casi nunca eran profesionales de la arqueología. En el caso de Madrid, cuando se constituyó el Instituto Arqueológico Municipal en 1953, la falta de profesionalidad de los miembros de la Brigada Arqueológica del Ayuntamiento era suplida con una plantilla de personal técnico que instruía a los miembros de la Brigada, documentaba los hallazgos y realizaba las excavaciones científicas cuando era necesario, así se realizaron importantes excavaciones como las de Tejar del Sastre (Quero, S. 1982), Orcasitas (Mazo, A.V. y Quero, S. 1994) y Mastodontes de Mirasierra y Mochuelo en 1959.

La pérdida de influencia política de Julio Martínez Santa-Olalla hizo que el buen ímpetu con que se inició el Instituto Arqueológico se perdiera por falta de medios materiales y de personal, sobre todo técnico. En origen el Instituto contó con un director vitalicio –Martínez Santa Olalla– un subdirector –Vicente Ruiz Argilés–, dos colaboradores técnicos –Patricia Olmedo y Ana de la Cuadra Salcedo–, un director de trabajos de campo y laboratorios –Bernardo Sáez Martín–, dos preparadores de colecciones y archivos, un dibujante topógrafo, dos restauradores, capataz y obreros de la Brigada arqueológica, personal administrativo y subalterno. Esta razonable plantilla para los años 50 del pasado siglo, permitía acometer con cierta seriedad los trabajos de vigilancia y documentación de los yacimientos arqueológicos afectados por las obras, graveras y areneros de Madrid, pero el cambio ministerial de 1959 hizo que los falangistas de la vieja guardia entre los que estaba Martínez Santa-Olalla y su apoyo político, el Ministro de la Vivienda José Luís Arrese, perdieran influencia política y la plantilla diseñada en otro contexto político y no consolidada (todos



Figura 10 a. Fotografía aérea de la zona de la excavación (Foto Altair). Se aprecia la cuadrícula excavada, las catas realizadas fuera de la cuadrícula y el corte del arenero



Figura 10 b. Fotografía aérea de la zona excavada, detalle (Foto Altair)



Figura 11 a. Superficie de la excavación una vez limpia de tierra vegetal



Figura 11 b. Área de excavación vista desde el sureste

tenían contratos precarios), se fue vaciando de personal y contenido según se iban colocando en diferentes puestos de trabajo en la enseñanza, la Administración u otros lugares y los puestos dejados vacantes no se cubrían y se amortizaban. Ante esta situación la labor del Instituto Arqueológico se convirtió en una sombra de lo que podía haber sido. Las brillantes excavaciones realizadas en 1959 y 1960 quedaron inéditas y el registro y catalogación de materiales quedó prácticamente estancado permaneciendo únicamente activa la Brigada Arqueológica, pero sin el necesario apoyo técnico que permitiera documentar de una manera científica los miles de hallazgos arqueológicos que se seguían produciendo.

A la muerte de Julio Martínez Santa-Olalla el único personal con que contaba el Instituto era el propio director, el jefe de trabajos de campo que dimitió enseguida, un restaurador, un ordenanza y, para las tareas de catalogación y archivo trabajábamos dos estudiantes –Carmen Priego y el que suscribe– sin ningún tipo de contrato ni estabilidad laboral. Se hizo cargo de la dirección el director del Museo Municipal y se acometió el incremento y reor-

denación de la plantilla que no se culminó hasta la década de los noventa.

Pese a la precariedad de medios y el cuestionable sistema de recogida de datos por parte de los miembros de la Brigada Arqueológica, éstos a lo largo de los años adquirieron una experiencia arqueológica que para sí la quisieran muchos titulados universitarios. Gracias a estos trabajadores tenemos ahora información y materiales de centenares de yacimientos arqueológicos que de otra manera se habrían perdido. En la actualidad estos materiales forman parte de los fondos museográficos del Museo de los Orígenes (San Isidro).

En enero de 1982 los miembros de la referida Brigada Arqueológica observaron la caída de unos restos cerámicos de uno de los cortes de terreno en los que trabajaba la máquina excavadora en la extracción de arenas para la fabricación de ladrillos. El personal técnico del Instituto Arqueológico acudió al lugar para documentar el hallazgo y realizó una limpieza superficial de la capa de tierra vegetal que puso en evidencia la existencia de manchas oscuras en el suelo (Figuras 11 a y 11 b) que se



Figura 12. Corte del arenero durante la excavación. Se aprecian las manchas oscuras en el mismo

correspondían con los comúnmente llamados *fondos de cabañas*; en el corte del arenero se apreciaban con más claridad una veintena de estas manchas (Figura 12).

Tras la correspondiente petición del permiso de excavación a la Subdirección General de Arqueología comenzamos la excavación el 14 de enero de 1982 con la intervención de las siguientes personas:

Dirección:

Carmen Priego
Salvador Quero

Brigada Arqueológica:

Manuel Barrios (Capataz)
Manuel Arenas (Obrero especialista)

Colaboradores:

José Luis Arcos
Ángela Bozzano
Ángela Gallego
Susana García

Joaquín García
Miguel Ángel Molinero
Francisca Ramírez
Natividad Salmador
Dafne de la Torre

Agradecemos a la fallecida Rosario Lucas, a Concepción Blasco, M^a Isabel Martínez Navarrete, M^a Dolores Garralda, M^a Luisa Palomar, M^a Carmen Fernández Bermejo, Pilar López, Germán Delibes de Castro, Jorge Juan Fernández, Manuel Hoyos y Joaquín Barrio sus visitas a la excavación y sus observaciones y orientaciones.

Lo primero que se planteó fue limpiar una franja de terreno próxima al borde del corte del arenero para evitar que cayeran los materiales y facilitar el trabajo de la máquina excavadora que continuamente debía extraer arena para la fabricación de ladrillos (Figura 13 a). Este hecho trastocó la planificación de la excavación, pues en lugar de plantear como primera medida una cuadrícula, hubo que fijar un punto cero de la excavación para desde él localizar las fosas que se fueran excavando y como refe-



Figura 13 a. La excavación en sus principios junto al borde del corte

rencia para medir las profundidades de los hallazgos. Partiendo de este punto 0, tras la limpieza y excavación del borde del corte, se trazaron unas cuadrículas convencionales de 4 x 4 m siguiendo el eje del norte magnético.

La franja de terreno del borde del corte fue limpiada de urgencia, pues la máquina excavadora necesitaba seguir avanzando en el frente del arenero es la que se aprecia en las notas de campo (Figuras 13 a y b). En algunas zonas se apreciaba en el corte del arenero, fundamentalmente en el denominado corte de la tumba una mancha oscura casi continua. En un primer momento consideramos que este color se debía a la presencia de materia orgánica y para comprobarlo se remitieron muestras al Laboratorio de Geología de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense y se invitó a las profesoras M^a Luisa Palomar y M^a Carmen Fernández Bermejo a la excavación. La hipótesis de trabajo era que esta mancha oscura continua se correspondía con un nivel de incendio forestal debido a la técnica agrícola de incendio y roza; esta hipótesis no se pudo corroborar pues los análisis determinaron que la fracción oscura no se debía a materia orgánica. En el anexo II se muestran

los resultados de los análisis edafológicos y de las cerámicas realizados por las mencionadas profesoras.

Antes de levantar la capa de tierra vegetal las manchas oscuras apreciables en el perfil de avance de la máquina excavadora no eran visibles, por lo que se procedió, tras la cuadriculación del terreno en cuadrículas de 4 x 4 m. Tras levantar la capa de tierra vegetal de unos 20 cm aparecían las manchas oscuras mencionadas que se numeraron hasta llegar a casi los dos centenares. Con posterioridad se comprobó que no todas las manchas se correspondían con fosas con contenido arqueológico, reduciéndose éstas a poco más del centenar. Algunas manchas aparecían cruzadas por unas líneas arenosas claras y otras tenían en su interior pequeñas zonas claras arenosas que en principio interpretábamos como posibles agujeros de postes. Los análisis realizados y los estudios efectuados con posterioridad demostraron que la mayor parte de estas irregularidades se debían a la acción antrópica posterior y al práctico arrasamiento del nivel superficial por las labores agrícolas. En el capítulo III se analizan minuciosamente las estructuras por lo que no entramos aquí en detalle.

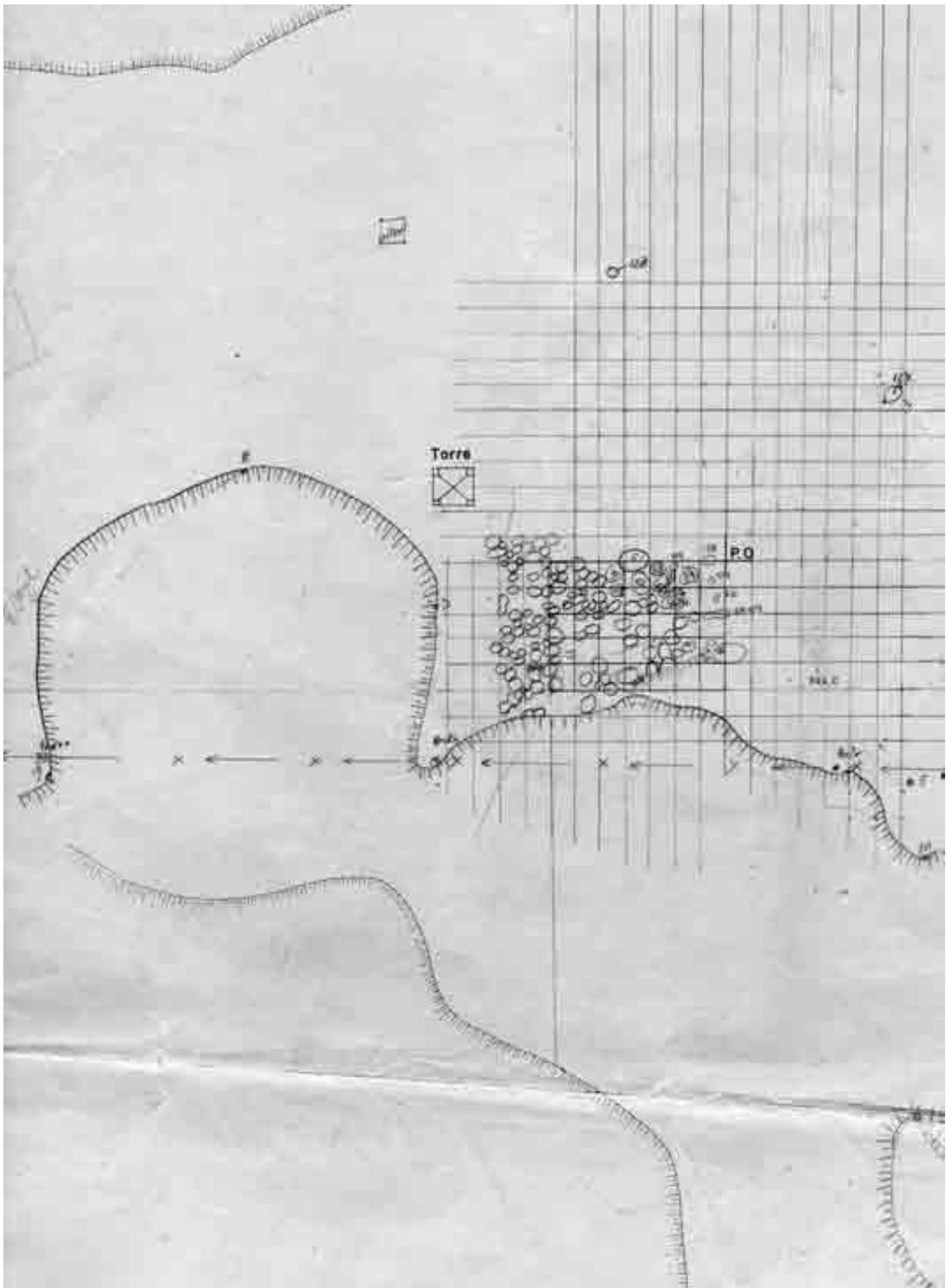


Figura 13 b. Imagen de la hoja planimétrica de campo con la representación de las manchas y el avance realizado por la máquina excavadora en el corte durante la excavación



Figura 14 a. Mitad de la fosa 15 ya excavada en la que se aprecia el fuerte contraste entre el contenido y la tierra circundante

Cuando llevábamos poco más de diez días de excavación, por necesidades del parque de vehículos del Ayuntamiento de Madrid se nos suspendió el servicio de Land Rover que nos permitía acudir todos los días a la excavación y quedó reducido a un único día a la semana. Ante esta circunstancia planificamos el trabajo de la excavación asignándoles a los obreros especialistas de la Brigada Arqueológica un número de fosas, que previamente habíamos situado en el plano, de las que debían excavar en niveles convencionales de 10 cm cada uno la mitad sur. A la semana siguiente se dibujaban los perfiles de las fosas excavadas y se recogía el material; quedaban entonces listas para ser excavadas las mitades norte y se les asignaban nuevas fosas para la siguiente semana. (Figuras 14 a y 14 b).

De las fosas con mayor abundancia de materia orgánica se tomaron abundantes muestras para carbono 14, análisis edafológicos, granulométricos y palinológicos. Las muestras se enviaron al Laboratorio de Geología de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense, a los laboratorios de palinología y de metalografía del Instituto Español de Prehistoria y las muestras de carbo-

no 14 a los laboratorios Teledyne Isotopes de Estados Unidos. Los resultados de los análisis realizados se muestran en los correspondientes anexos. El número de muestras tomadas fue tan numeroso que no se pudieron analizar todas. Quedan aún bastantes muestras depositadas en el Museo de San Isidro por si en el futuro se considera necesario realizar nuevos análisis de contraste.

Para determinar la posible extensión del yacimiento se realizaron catas fuera de las cuadrículas planteadas. En una de las catas situada al sureste del yacimiento apareció una mancha bastante extensa que en el diario de excavaciones considerábamos como una cabaña. En el capítulo III se analizan en extenso y con detalle los diferentes tipos de estructuras.

El material recuperado en la excavación y las muestras tomadas fueron trasladados al Instituto Arqueológico Municipal donde fue lavado, siglado y dibujado lo más importante y la cerámica fue procesada para su tratamiento estadístico. Parte del material fue restaurado y llevado a la exposición permanente del Museo Municipal Este trabajo se venía realizando en el Instituto Arqueológico hasta el año 1992 en que los titulares del permiso



Figura 14 b. Mitad de la fosa 12 en la que se aprecian los materiales arqueológicos en el perfil

de excavación fuimos destinados a otras tareas en el Museo Municipal de Madrid.

Tras la inauguración del Museo de San Isidro en mayo de 2000 y el consiguiente traslado de los fondos del antiguo Instituto Arqueológico y del Museo Municipal al mismo, la profesora Concepción Blasco planteó un equipo de investigación que retomara los trabajos nunca interrumpidos sobre el yacimiento y con nuevos medios y nuevas orientaciones se pidió la financiación de dos proyectos (Refs. n.º 06/0001/2003 y 06/HSE/0059/2004)

dentro del *Plan de Promoción General del Conocimiento* de la Dirección General de Investigación de la Comunidad de Madrid.

El estudio de este interesante yacimiento no se agota con la memoria que aquí presentamos, pues los materiales siguen accesibles y a disposición de los investigadores que los requieran para nuevos estudios y análisis no sólo de estos materiales, sino también de las numerosas muestras de tierras que aún quedan por analizar.

CAPÍTULO III

Análisis de las estructuras

J. F. Blanco, C. Blasco, C. Liesau, J. García, M. Sanz y E. Carrión

III.1. CARACTERÍSTICAS Y TIPOS DE RELLENO

Como se ha indicado más arriba, los “hoyos” de La Fábrica se excavaron por planos artificiales, no por estratos arqueológicos. A cada uno de esos planos los excavadores le dieron la denominación de *Nivel* y en la mayor parte de las ocasiones el perímetro de los diferentes niveles del “hoyo” fue dibujado con el objeto de mostrar el desarrollo que iban experimentando en profundidad las modificaciones respecto al trazado y a las dimensiones de la boca. Sin embargo, la atención que se puso en registrar las posibles variaciones en el desarrollo vertical de cada “hoyo” contrasta con el hecho de que, debido a la premura con que se llevó la intervención, no se pudieran dibujar planos de nivel detallados en los que se nos mostraran tanto los materiales muebles que en cada uno de ellos quedaban al descubierto como las características del sedimento. Esta circunstancia hipoteca en cierto modo cualquier intento de conocer de forma exhaustiva los aspectos físicos que tiene el relleno de los “hoyos”, pues disponemos de una documentación, en general, poco detallada y reducida a las alusiones que se hacen en el propio *Diario de Excavaciones* –salvo excepciones, muy generales– y a las notas escritas que suelen adjuntarse a los dibujos de las secciones y en las que a veces se dan indicaciones sobre el tipo de sedimento, también bastante vagas. Esta es la situación que presentan 134 de los 163 “hoyos”, pues para 29 de ellos tenemos una carencia absoluta de datos.

Si exceptuamos algún que otro “hoyo” cuyo proceso de colmatación podría haberse producido de forma natural, pues no han dado restos muebles y el sedimento parece de origen eólico, la gran mayoría de los documentados muestran rellenos indudablemente antrópicos.

Por otra parte, y como puede colegirse fácilmente de lo dicho en el párrafo anterior, al hablar de tipos de contenido en este apartado nos referiremos exclusivamente a las variaciones de sedimentos que colmatan los “hoyos”, a las matrices en las cuales se encuentran los restos propiamente arqueológicos, independientemente de la naturaleza, número y posición que ocupen estos últimos en cada estructura concreta.

En el momento de comenzar los trabajos arqueológicos, las estructuras negativas se encontraban a unos 30/35 cm. por debajo de la superficie de ese momento, pues estaban cubiertas por un manto de tierra vegetal que podría inducirnos a pensar que actuó de protector de las mismas contra el paso del tiempo, sin embargo, no fue así. Realmente, esa capa de tierra vegetal es de formación reciente y estaba en parte ocupando la posición que en su día perteneció a la superficie de la terraza en la cual levantaron sus cabañas y excavaron sus “hoyos” las gentes de la Edad del Bronce. La erosión y los trabajos agrícolas desarrollados en determinados momentos son los responsables del arrasamiento que han sufrido los “hoyos” en su zona más alta y nos impide conocer a ciencia cierta la profundidad real que cada uno de ellos alcanzó. Sabemos por el *Diario* de la excavación que una vez retirada la capa de tierra vegetal quedaban visibles las manchas negruzcas de los “fondos”, cuyas formas generalmente eran circulares u ovaladas, de coloración algo más oscuras que la matriz sedimentaria en la que se encontraban. Reiteradamente se señala en el *Diario* que el relleno de las bolsas era de características casi idénticas a las de la propia terraza pero que la diferencia residía en la presencia de cenizas, más o menos densas, en la mayor parte de ellas. También en las anotaciones que acompañan a los dibujos de las plantas y perfiles de los

“hoyos” se insiste una y otra vez en que el relleno habitual es la misma arena natural, a la que ellos denominan “arena de miga”, pero asociada a cenizas. Ya de forma esporádica, como cuando describen los “hoyos” 36 ó 127, por ejemplo, se alude a la presencia en algunos rellenos de un tipo de arcilla que convive con arenas y cenizas a la que denominan “de canutillo”, también existente de forma natural en las terrazas del Manzanares. Esta nomenclatura que podríamos tildar de “popular” no es algo nuevo en la bibliografía sobre la Prehistoria de las cuencas fluviales madrileñas y, muy particularmente, en la que versa sobre el Manzanares, es frecuente encontrar referencias a los sedimentos utilizando la terminología que de forma habitual emplean los responsables de las extracciones de áridos y, en general, la que se usan en el mundo de la construcción. Si a esto añadimos el hecho de que en el caso concreto de La Fábrica varios de los empleados estaban en contacto directo con los operarios de ese campo laboral, se explica aún mejor cuál es el origen de los términos usados en la documentación de la excavación.

Basándose en Pérez de Barradas (1922) y en Pérez de Barradas y Wernert (1921), Javier Baena recientemente ha recogido las definiciones de los términos más usados en la descripción de los sedimentos de las terrazas del Manzanares, tres de los cuales afectan al enclave de La Fábrica de Ladrillos (Baena, 2002: 92, nota 1):

- La *tierra de canutillo* es un tipo de arcilla muy silíceica que aparece descrita como “...una arcilla arenosa fina, muy humífera, que se deseca, afectando la forma de prismas alargados por cuya razón los obreros conocen este estrato con el nombre de ‘canutillo’ o ‘muñequilla’...”.
- La *arena de miga* es un tipo de arena compacta de colores ocres claros muy empleada en la construcción y de grano algo grueso.
- Las *arenas rubias* son más sueltas que las anteriores, amarillentas y de grano más fino.

Más dificultad tenemos para definir las cenizas a las que se hacen constantes referencias en la mayoría de los rellenos de los “hoyos”. Por regla general, se indica que aparecen mezcladas con las arenas, y es esto lo que permite deslindar en superficie las bolsas del sedimento natural, pero en ocasiones se mencionan “paquetes” de cenizas que los excavadores no dudan en asociar a restos de fogatas e incluso a auténticos “hogares”, como ocurre en el Fondo 39, calificado como “hogar central”, en realidad una pequeña cubeta de sección Tipo V (*vid. infra*) rellena de tierra carbonosa.

Lo cierto es que los análisis edafológicos confirman que la mayoría del contenido del fondo analizado es arena de fracción gruesa (alrededor del 80%), mezclada

con arena más fina (alrededor del 15%) y porcentajes más minoritarios de limos y arcilla. Se trata de arenas fel-despáticas ya que domina el sílice, con cantidades elevadas de potasio y algo menos de sodio (*vid. anexo II*).

Sobre otros tipos de formaciones menos frecuentes los datos que tenemos son más deficientes. Así, en espacios libres situados en algunas zonas en las que hay una particular concentración de “hoyos” se pudo documentar la existencia de superficies de tierras endurecidas y de guijarros que los excavadores interpretaron como restos muy alterados de posibles suelos y pavimentos. En ambos casos se trataba de restos sin forma definida. En relación con esto, donde los excavadores no parecían tener muchas dudas de que estaban ante los restos de un pavimento de guijarros era en el espacio que mediaba entre los “hoyos” 27 y 28.

Hechas estas consideraciones, hemos agrupado los rellenos en cinco tipos básicos, dos de ellos con sendas variantes:

TIPO 1

Es de carácter homogéneo, generalmente formado por arenas gruesas, y de coloración grisácea o negruzca debido a que se encuentran mezcladas con cenizas y/o humus (Figura 14.1). Este tipo de relleno se ha formado como consecuencia de un proceso de sedimentación uniforme ocurrido, aparentemente, en un breve lapso de tiempo. Es el predominante en La Fábrica, pues lo encontramos en 87 de los 134 “hoyos” de relleno conocido, lo que constituye el 64,92%. En campos de hoyos del Bronce Medio y Final como el nuestro, así como en muchos que son de cronología anterior –calcolíticos y del Bronce Antiguo–, también este es el tipo de relleno más corriente (*Vid.*, p. ej., para el área madrileña, Blasco, 1982: 107; Blasco, Calle y Sánchez, 1991; Baquedano *et al.*, 2000: cuadros 1 y 2; y para la cuenca del Duero, Rodríguez Marcos, 1993: 65; Arranz Mínguez *et al.*, 1993: 77; Sanz García *et al.*, 1994: 75; Rodríguez Marcos y Abarquero Moras, 1994: 36; Misiego *et al.*, 1998: 40).

TIPO 2

La característica más representativa de este tipo de relleno es la de estar formado por dos estratos bien diferenciados, dispuestos en posición prácticamente horizontal y con la zona de contacto definida no de forma brusca sino matizada. Más que a diferencias en la granulometría de los sedimentos, la heterogeneidad entre ambos reside en la densidad de las cenizas o del humus, lo que a simple vista se traduce en diferencias de coloración y de textura. Aunque a mucha distancia del tipo anteriormente referido, este es el segundo más frecuente en La Fábrica puesto que a él podemos adscribir 26 “hoyos” (el 19,40%). No obstante, se han distinguido dos variantes: aquella en la que las arenas oscuras, cuencien-

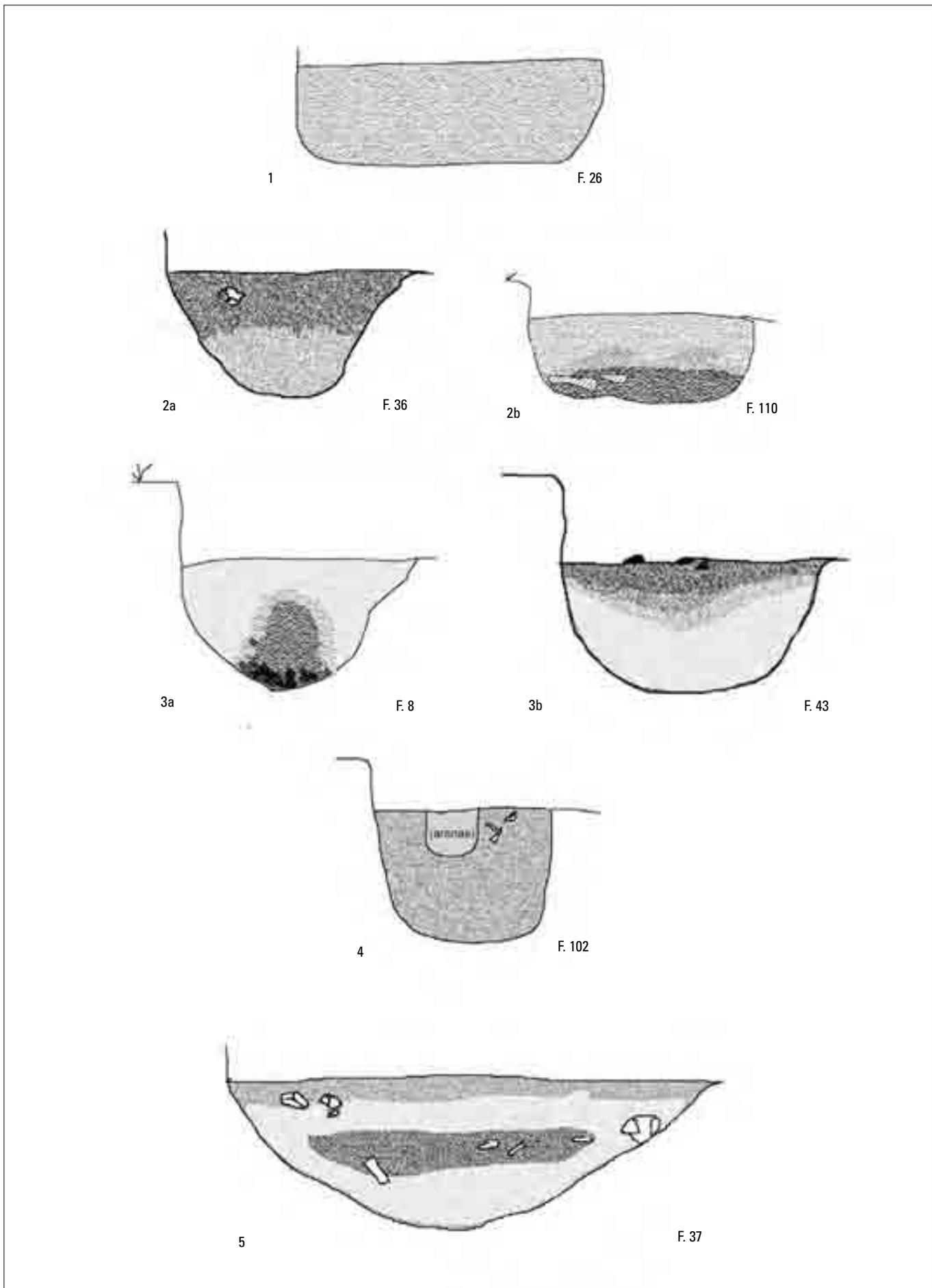


Figura 14. Tipos de sedimentación de los fondos

tas, constituyen la zona superior del sedimento cubriendo otras más claras y limpias (variante 2a), y aquella otra en la que la situación se invierte (variante 2b), como puede verse en los ilustrativos “hoyos” n.º 36 y 110, respectivamente (Figura 14, 2a y 2b). De la variante 2a tenemos 12 “hoyos” y de la 2b, 14. Globalmente, en yacimientos coetáneos suele ser también este un tipo de relleno bastante habitual e incluso en algunos el predominante, como se observa, por ejemplo, en el de El Cogote, en Ávila (Caballero, Porres y Salazar, 1993: 95).

TIPO 3

En este caso el relleno es homogéneo en casi todo el “hoyo” pero bien en el centro de la base o de la zona superior se encuentra una acumulación de cenizas y carbones quizá procedente de hogares, aunque no suelen aparecer piedras mezcladas con estos restos que nos indiquen que, efectivamente, son hogares vertidos a los “hoyos”. Si, como decimos, esas cenizas se encuentran en la base entonces hablamos de la variante 3a y si se acumulan en la parte alta, de la 3b, siendo mucho más frecuente la primera que la segunda. Es uno de los tipos de relleno menos corrientes en La Fábrica, pues sólo se han registrado siete casos: el 5,22% de los 134 conocidos. Quizá los que mejor representan las dos variantes señaladas sean los “hoyos” n.º 8 y 43, respectivamente (Figura 14, 3a y 3b).

TIPO 4

También en este caso la mayor parte del “hoyo” está relleno de arenas cenicientas más o menos homogéneas pero en el centro de la zona superior se encuentra una bolsada de arenas claras generalmente estériles (Figura 14, 4). Curiosamente, en la mayor parte de las ocasiones esa bolsada no es, como cabría esperar, de sección con forma de casquete esférico o hemisférica, sino cuadrangular. Siete son los “hoyos” de estas características, que representan el 5,22% de la totalidad. No descartamos que la coloración clara de la parte superior sea producto de actividades agrícolas muy posteriores al yacimiento y, por tanto, se trate de una alteración intrusiva.

TIPO 5

Es el más complejo desde el punto de vista arqueológico y el que cabría esperar con mayor representación numérica en cualquier “campo de hoyos” si partimos del hecho de que la colmatación de la mayor parte de estas estructuras con basuras heterogéneas se llevaría a cabo no de golpe sino poco a poco, en forma de sucesivas cargas, de lo cual resultarían estratos heterogéneos (Figura 14, 5). Sin embargo, no es así. Sólo nueve de los “hoyos” podemos decir que presentan una estratigrafía compleja, lo que constituye el 6,71% de los de relleno conocido. Pero nada de anormal tiene este rasgo si lo comparamos

con la que se observa en otros asentamientos similares del valle del Tajo: entre El Negrlejo, en el que ninguno de los 35 “hoyos” excavados tiene su contenido estratificado (Blasco, 1982: 107), y La Loma del Lomo, donde son mayoría los depósitos complejos, tanto en su fase calcolítica como en la de la Edad del Bronce (Valiente Malla, 1987, 1992a y 2001), en casi todos los restantes hasta ahora conocidos siempre están presentes los de estratigrafía compleja, si bien en porcentajes modestos.

III.2. TIPOLOGÍA DE SECCIONES Y PLANTAS

De las 163 estructuras identificadas y excavadas –si sumamos “fondos de cabaña”, “manchas” y tumbas–, únicamente 133 son las válidas para acercarnos al problema de si existieron o no patrones de ejecución a la hora de excavarlas por parte de quienes habitaron en el solar de La Fábrica durante el Bronce Medio y Final. Esto significa que de treinta estructuras no tenemos ni referencias escritas ni dibujo de sus secciones, lo que constituye un 18,4%. Puesto que tanto La Fábrica como cualquier otro yacimiento de “campo de hoyos” ha sufrido, en mayor o menor medida, un arrasamiento en su superficie a lo largo de los siglos, las secciones documentadas por los investigadores son sólo parciales, de forma que se puede decir que los “hoyos” han llegado hasta el momento de la excavación mutilados en su parte superior y en ocasiones también en algún lateral (aquellos que han sido cortados por la pala mecánica). ¿Qué grado de mutilación han sufrido los “hoyos” de La Fábrica en su superficie? Por comparación con yacimientos similares del mismo ámbito madrileño o de comarcas vecinas (p. ej. el de La Loma del Lomo), nos da la impresión de que en el nuestro ese arrasamiento ha sido considerable, lo que quiere decir que, una vez más, hemos de conceder un valor relativo a las conclusiones que se puedan extraer del análisis de las secciones que en las próximas páginas se haga y, lógicamente, del relativo a las capacidades. Baste un ejemplo: hay “hoyos” de pequeño tamaño documentados como de sección rectangular que en origen la debieron de tener cuadrangular (n.º 59, 98, 115, etc.), a pesar de lo cual, siempre habremos de atenernos a lo registrado por los excavadores y no a lo que pudo haber sido en su día si bien cuando se considere oportuno haremos algunas apreciaciones en este sentido.

A estas alturas de la investigación en asentamientos meseteños de este tipo casi se puede decir que, con independencia de la función o funciones que cada “hoyo” haya tenido, los tipos básicos de secciones son los mismos en todos los lugares. Es una cuestión de extensión del yacimiento, de número de “hoyos” documentados y de funcionalidad primaria para la que cada uno de ellos

se ha excavado el que predominen unos tipos sobre otros. Ni siquiera considerando como elemento discriminante el factor cronológico se pueden advertir diferencias sustanciales de unos periodos a otros salvo, si acaso, en lo que se refiere a sus tamaños y, en consecuencia, a sus capacidades. Esta es la razón por la que no hemos considerado significativo hacer una diferenciación entre “hoyos” de Protocogotas y “hoyos” de Cogotas I en cuanto a sus secciones: nada hay en ellas que los haga distintos, nada que nos permita advertir comportamientos culturales diferenciados. En este sentido, el yacimiento de La Fábrica es un caso más de algo que resulta habitual, pues lo mismo se ha observado en otros yacimientos en los que se documentan estructuras de ambas fases como, por ejemplo, en el Caserío de Perales del Río (Blasco, Calle y Sánchez, 1991), en La Dehesa (Macarro y Silva, 1996) o en el vallisoletano de La Macañorra (Arranz Mínguez *et al.*, 1993: 75), e incluso en los que existen evidencias de periodos anteriores, como vemos, por citar un par de ejemplos, en el asentamiento alcarreño de La Loma del Lomo (Valiente Malla, 1987, 1992a y 2001) o en el palentino de La Huelga (Pérez Rodríguez *et al.*, 1994). Si acaso, en algún enclave se observa una cierta predilección por las bases completamente planas, horizontales, como ocurre en El Negrlejo (Blasco, 1982: 106). En síntesis, se individualizan en La Fábrica diez tipos básicos de secciones y uno más, el undécimo que hemos reservado para aquellos que se caracterizan por presentar un perfil irregular, no reducible, *grasso modo*, a figura geométrica alguna. Las características y representatividad de cada uno de estos tipos son las siguientes:

TIPO I

Son “hoyos” de paredes prácticamente verticales y base casi plana en los que los diámetros de la planta de superficie son similares a los de la base. De estas características resulta una figura geométrica cilíndrica y una sección cuadrangular, con independencia del lugar por el que la misma se practique y de que la boca o el fondo sean de planta circular u ovalada. El contacto entre la pared y la base es más o menos redondeado y el “hoyo” que mejor representa este tipo es el n.º 118, adscrito por sus materiales cerámicos a la fase Protocogotas I (Figura 15, I). Seis son los “hoyos” clasificados con este tipo. Por tanto, representa el 4,51% de las 133 secciones conocidas.

TIPO II

La nota más destacada de esta sección es que posee mayor desarrollo en profundidad que en superficie, sus paredes y bases son también más o menos rectilíneas, como en el Tipo I. Estamos, por tanto, ante un modelo de sección rectangular. Atendiendo a las diferencias de

tamaño, dos son los “hoyos” que se pueden seleccionar como prototípicos: el n.º 125 por el gran desarrollo en horizontal que tiene y el n.º 103 por sus dimensiones más modestas (Figura 15, II) –razón por la que los excavadores lo interpretaron como auténtica cabaña–, ambos pertenecientes a la fase Protocogotas. A pesar de ser éste un tipo de sección que tiene cierta representatividad, conviene insistir en que algunos “hoyos” que se encuadran dentro de esta variante en origen no fueron de sección rectangular sino cuadrangular, pero el fuerte arrasamiento los ha reducido a la mitad y su sección ha quedado rectangular. A este tipo sólo pertenecen seis “hoyos”, que en conjunto representan el 4,51% de los de sección conocida, lo cual no es mucho, pues en algunos yacimientos de nuestro entorno, como el de El Negrlejo, por ejemplo, este es el tipo de sección más habitual (Blasco, 1983: figs. 3 y 4).

TIPO III

Con forma de artesa, es un tronco de cono invertido con las paredes simétricas, pues cuenta con mayor extensión en la parte superior que en la base y esas paredes se van cerrando en profundidad de forma más o menos equidistante respecto a un eje central imaginario. Por lo general, las bases son planas y a veces ligeramente inclinadas hacia un lado. Al igual que ocurre con el Tipo II, registramos dos variantes: los que adquieren cierta extensión superficial pero escasa profundidad y aquellos otros cuya superficie es menor pero relativamente profundos. Representativo de la primera variante sería el “hoyo” n.º 125 (Figura 15, III) y de la segunda el n.º 11, aquél de la fase Protocogotas y éste de Cogotas I. En ambos casos, estamos hablando de uno de los tipos más habituales en La Fábrica de Ladrillos, bastante más frecuente que los dos anteriores, pues los diecisiete casos registrados representan el 12,78% de todos. En yacimientos coetáneos estas secciones en artesa suelen ser muy poco comunes (p. ej., en La Aceña sólo son el 3,44%: Sanz García *et al.*, 1994: 75).

TIPO IV

Similar al anterior, el rasgo que nos obliga a individualizarlo como tipo nuevo es que una parte de su pared está más inclinada que la opuesta. Practicada la sección a través de estas dos paredes de diferente verticalidad, el perfil resultante se inscribe también en la figura de tronco de cono pero sus paredes son asimétricas (Figura 15, IV), si bien de haber tomado dicha sección perpendicularmente estaríamos ante un Tipo III. Nuevamente encontramos una variante de superficie dilatada pero poco profunda (p. ej., los “hoyos” n.º 52B y 80) y otra en la que estas proporciones se invierten (p. ej., los “hoyos” n.º 20 y 23). Las bases de este Tipo IV suelen ser planas pero en ocasiones las encontramos algo inclinadas y

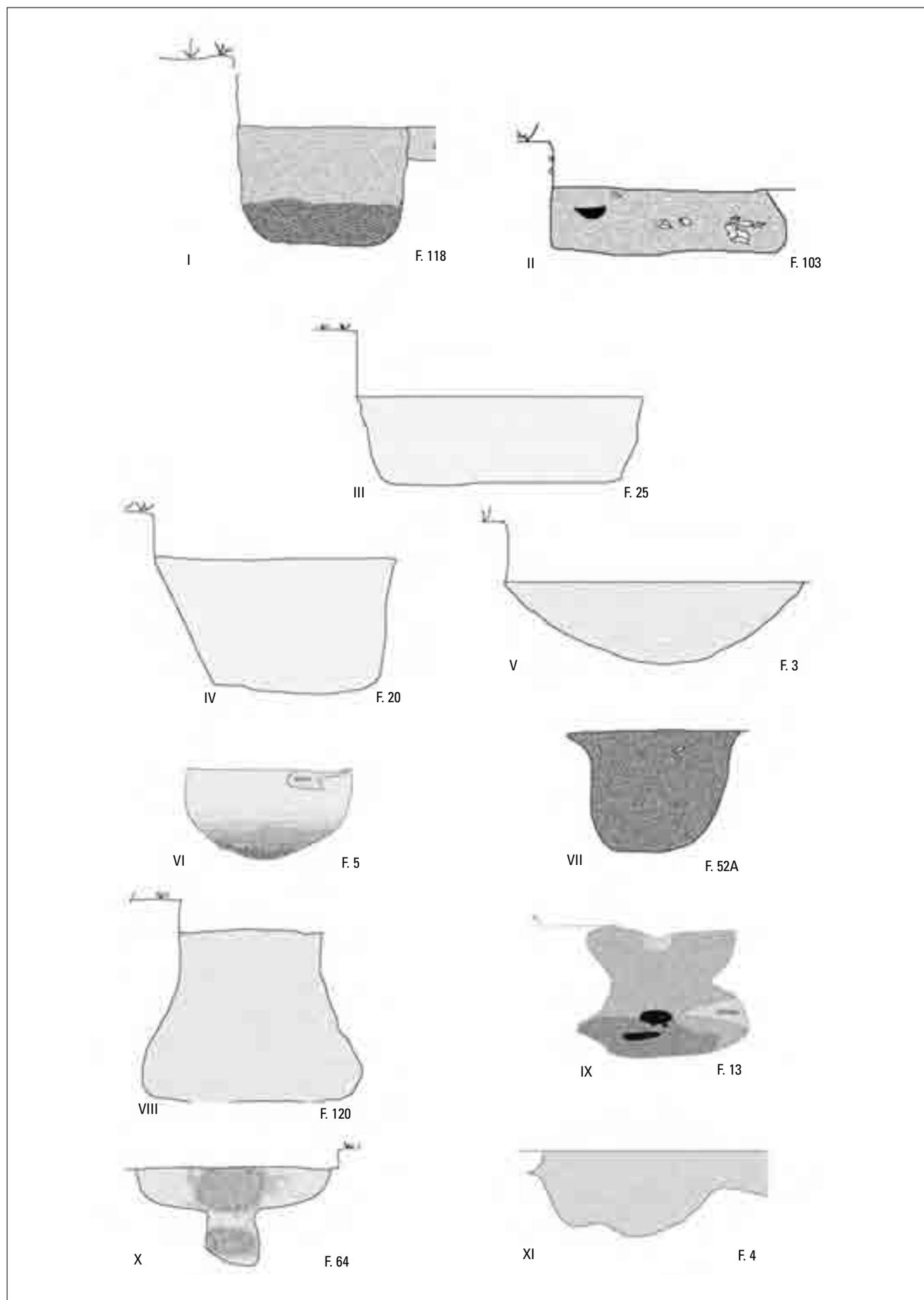


Figura 15. Tipología de los perfiles de los fondos

también cóncavas. Veintiuno son los “hoyos” pertenecientes a este tipo y dos más se encuentran a caballo entre él y el V o el VI, respectivamente, por lo que constituyen entre un 15,78% y un 17,29%.

TIPO V

Agrupar secciones con forma de casquete esférico, por lo que los hoyos que tienen esta característica presentan un diámetro en superficie siempre superior al doble de su profundidad, como bien ilustra el n.º 3 (Figura 15, V). Estas cubetas poco profundas en las que la base no es más que la prolongación natural de las paredes cóncavas constituyen el tipo de estructura más corriente en La Fábrica, rasgo este también presente en otros destacados yacimientos meseteños como, por ejemplo, el palentino de La Huelga (Pérez Rodríguez *et al.*, 1994: 12). Por otra parte, los “hoyos” con este perfil son los que más se oponen a ser interpretados como silos por las evidentes dificultades existentes para poder ser cerradas por la parte superior. Bien es cierto que no sabemos cuántos centímetros se han perdido en esa zona superior debido al arrasamiento, pero no puede haber sido tanto como para que pudieran cerrar en cuello. Como máximo es posible que algunos de ellos pudieran haber sido en origen “hoyos” de sección hemisférica y dicho arrasamiento los haya reducido a casquetes, pues como en algunos se pudo observar (p. ej., los n.º 10, 40, 77 ó 122) se ha perdido nada menos que los 2/3 de la profundidad que tuvieron. Veintisiete y dos posibles más son los “hoyos” asimilables a esta sección, lo que significa que cuenta con una representatividad oscilante entre el 20,30% y el 21,80%, en cualquier caso la más elevada del conjunto.

TIPO VI

Se trata de una sección hemisférica, a veces algo asimétrica, con la base generalmente cóncava por ser prolongación natural de las paredes pero en ocasiones algo aplanada en el centro. Uno de los “hoyos” que mejor representa esta variante es el n.º 5, adscrito a la fase Protocogotas (Figura 15, VI). La planta es circular en la mayor parte de los casos pero también la encontramos ligeramente ovoide, teniendo la anchura máxima en la zona superior. Es muy probable que los “hoyos” documentados con esta sección tuvieran en origen la boca no amplia y abierta como ahora los vemos, sino cerrada en distinto grado, que fueran de perfil globular y debido al arrasamiento esa boca se haya perdido. De ser así, este sería uno de los tipos que mejor cumplirían esa función habitualmente atribuida a parte de estas estructuras subterráneas como “almacén” de alimentos o de materias primas (Bellido, 1996: 27-40), y la razón principal por la que es uno de los perfiles que nunca falta en cualquier “campo de hoyos”. En La Fábrica a este tipo corresponden veinticinco “hoyos” y uno más que se encuentra a

caballo con el tipo V, por lo que porcentualmente se sitúa entre el 18,79% y el 19,54%, lo que le vale ser el segundo perfil más corriente en este yacimiento.

TIPO VII

La sección de campana invertida que presenta este tipo viene determinada por el suave exvasamiento de las paredes del “hoyo” en su tercio superior, cerca ya de la superficie. La base suele ser ligeramente cóncava pero en algunos casos el centro de la misma es plano, como se observa en el n.º 52A, elegido como representativo del grupo (Figura 15, VII). A pesar de no ser un perfil muy frecuente en La Fábrica, sí lo es en otros yacimientos meseteños del Bronce Medio y Final, por lo que debemos suponer que algunos de los que más han sido arrasados pudieran haber pertenecido en origen a este conjunto. Sólo seis “hoyos” con este tipo de sección, lo que representa el 4,51%.

TIPO VIII

El característico perfil en “S” que presentan algunos “hoyos” de La Fábrica da cuerpo a este tipo que no es muy común en el yacimiento, pues sólo lo tenemos documentado en tres casos y un cuarto que sería la Tumba I –si bien ésta es una variante por ser asimétrica en la base–, lo que en total supone sólo el 3,00% de todas las secciones conocidas. Mientras la mitad inferior es globular –con la base prácticamente plana–, la zona intermedia se va cerrando para formar un cuello cilíndrico amplio y la superior de nuevo se abre suavemente a modo de campana. Es uno de los tipos de “hoyos” más profundos en los que, a buen seguro, la medida de ancho de boca sería, en su día, inferior a la de profundidad. Quizá la estructura en la que mejor se encuentran representados estos rasgos sea la n.º 120, cuyo relleno ha dado fragmentos cerámicos propios del *horizonte Cogeces* (Figura 15, VIII).

TIPO IX

Viene definido por unas paredes cóncavo-convexas, casi con forma de 8 irregular, en ocasiones con el cuello bastante desarrollado, y por lo general poco simétrico. Obviando estas distorsiones en la simetría, es un tipo de estructura bitroncocónica: tanto la parte superior como la inferior son cóncavas –aunque se abren en direcciones opuestas– y a la mitad de las mismas se registra una especie de convexidad que estrecha considerablemente el espacio útil. Uno de los “hoyos” en el que mejor se encuentran materializadas estas características es el n.º 13 (Figura 15, IX), pero participan de las mismas también los n.º 13, 51, 84 y 114, entre otros, si bien estos últimos poseen secciones algo más irregulares que aquél. En ocasiones, este tipo de perfil es referido como “acampanado” (Arranz Mínguez *et al.*, 1993: 76), designación que

nosotros hemos reservado para el Tipo VII. Cinco son los “hoyos” que muestran este tipo de sección, lo que constituye un 3,75% del total de las conocidas.

TIPO X

A pesar de no ser muy frecuente este tipo, pues sólo los “hoyos” 32, 35 y 64 (Figura 15, X) que suponen el 2,25% se clasifican en este grupo, sí que parece obedecer a una circunstancia nada extraña en yacimientos de las mismas características que el de La Fábrica: da la impresión de que son dos fondos excavados el superior –de tamaño medio o grande–, sobre otro preexistente, bastante más pequeño. El perfil resultante es compuesto, en forma de copa con pie. Estratigráficamente está claro que el superior, de cronología más reciente, ha “descabezado” al inferior, que es más antiguo, pero esto no significa que, puesto que en La Fábrica se constatan dos fases aquél pertenezca a la de Cogotas I y éste a la de Protocogotas. Los materiales recuperados en el caso del “hoyo” 32 son todos de Cogotas I y en el 35 son todos Protocogotas. Esto podría querer decir que en cada una de las dos fases los “hoyos” que les estamos adscribiendo no son coetáneas, sino que corresponderían al menos a dos momentos, pues cuando se excava el “hoyo” superior sus ejecutores no tienen memoria de que lo están haciendo sobre otro previo que, además, fue excavado por gente de su misma filiación cultural.

TIPO XI

En este último grupo hemos querido reunir todos aquellos perfiles irregulares que no pueden ser adscritos a una figura geométrica concreta y, por tanto, no encuentran acomodo en ninguno de los diez descritos anteriormente. La irregularidad se manifiesta tanto en las paredes –con entrantes y salientes– como en la base –raramente plana o cóncava–, teniendo la mayoría más desarrollo en superficie que en profundidad. El “hoyo” en el que mejor se dan cita todas estas características es el n.º 4 (Figura 15, XI), perteneciente a la fase de Protocogotas. Siempre presentes en cualquier “campo de hoyos”, estos perfiles cuentan con una cierta representatividad en La Fábrica, pues se registran diez casos, lo que constituye el 7,51% de todas las secciones. No descartamos que en algunos casos las irregularidades que muestran estas estructuras se deban a que no se trata de un único “hoyo” sino de varios que se cortan en un espacio muy restringido formando un todo y por esta circunstancia, a veces difícil de discernir, se han excavado en conjunto y los materiales se encuentran todos con una única etiqueta. También es posible que esta irregularidad o escalonamiento (p. ej., el n.º 53) fuera intencionado, para facilitar el acceso a la base de la estructura, tal como ha sido interpretado uno de los “hoyos” de Las Carretas, en Casaseca de las Chanas (Misiego Tejeda *et al.*, 1998:

54), si bien resulta de difícil demostración, y como también vemos en algún “hoyo” de El Negrlejo (Blasco, 1983: fig. 4, G).

Hecha la caracterización de los tipos de sección, proceden ahora algunas precisiones sobre los diversos trazados que muestran nuestros “hoyos” en superficie, aspecto este del que no hay mucho que comentar por ser los habituales. Debido a que existen sensibles diferencias entre la forma con la que han sido dibujados algunos “hoyos” en la planimetría general del yacimiento y la que muestran en los planos sectoriales o individuales de cada uno de ellos –realizados en papel milimetrado y a escala 1:20–, hemos considerado que eran más fiables estos últimos y de los mismos se ha obtenido la información. Únicamente en un “hoyo”, el n.º 48, para el que no existía plano alguno, como mal menor hemos aceptado como buena la planta que en la planimetría general se dibujó.

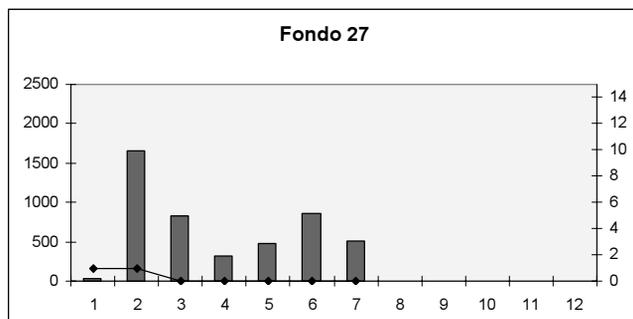
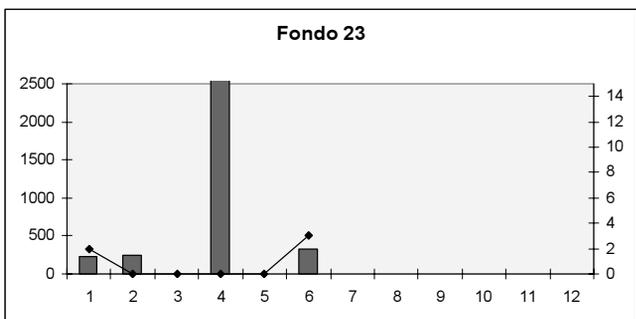
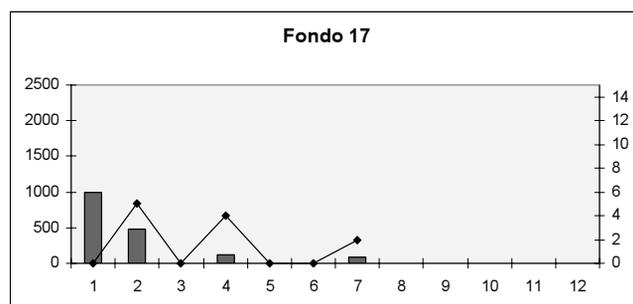
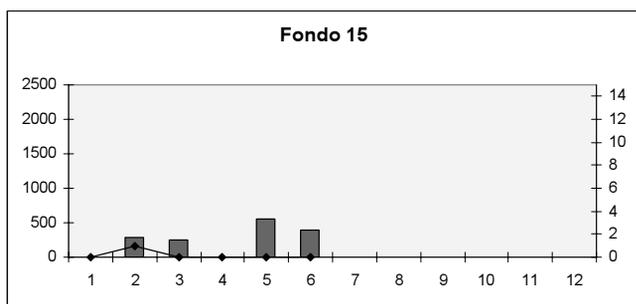
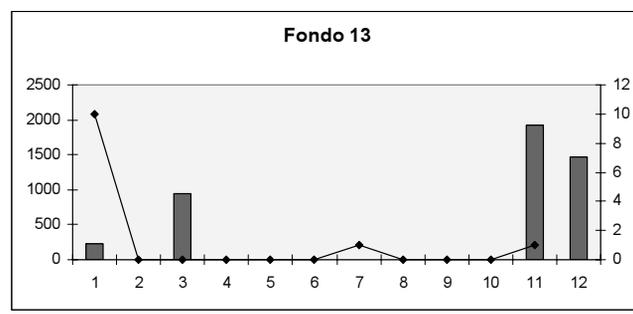
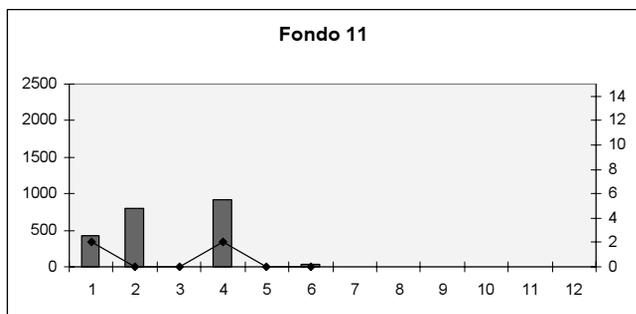
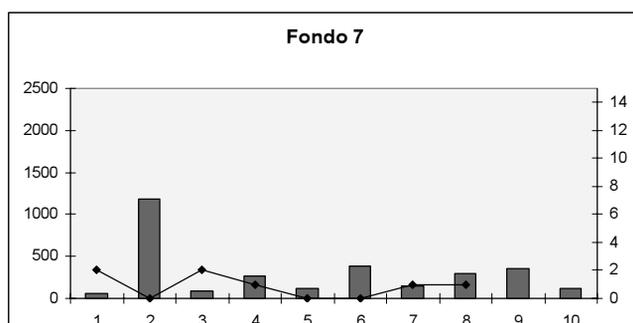
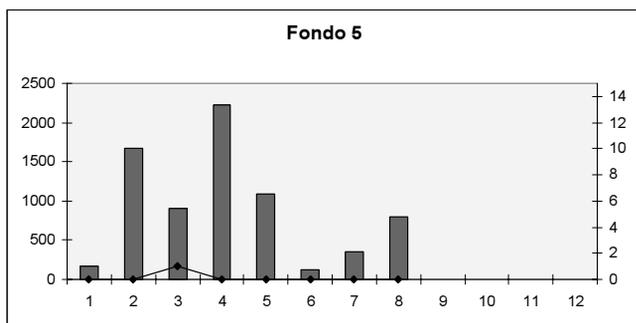
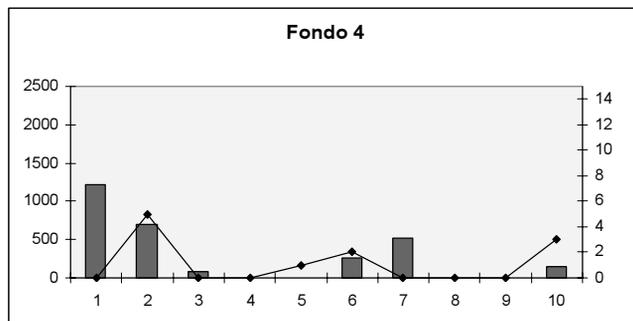
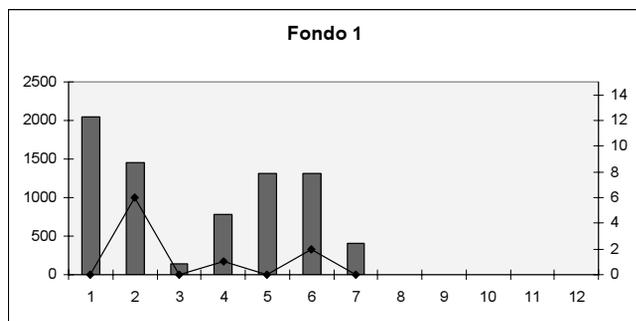
En definitiva, de los 163 “hoyos” excavados conocemos la forma que en superficie tenían 158. De éstos, 93 son de planta más o menos circular, lo que supone un 58,86%; 53 son ovalados y representan un 33,54%; de boca casi rectangular sólo tenemos un “hoyo”, lo que supone un 0,63%; subrectangulares son sólo 2, esto es, un 1,26%; lobulados son 4, que representan un 2,53%; y de forma irregular son otros 4, por lo que suponen otro 2,53%.

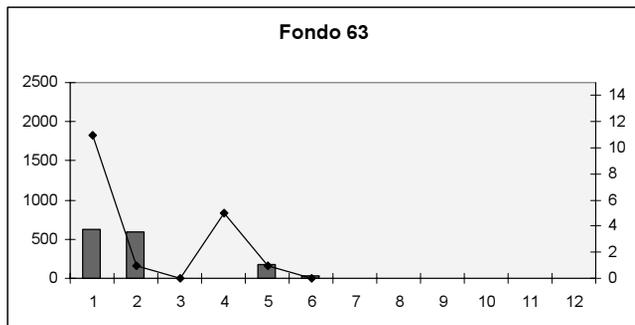
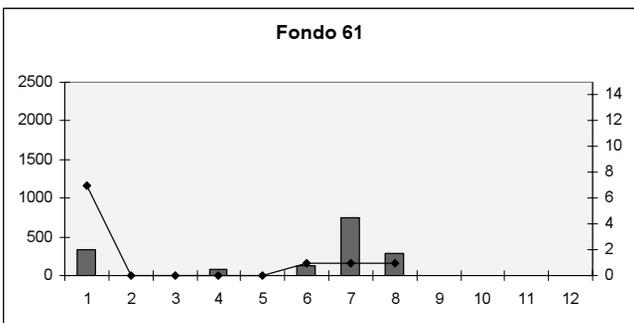
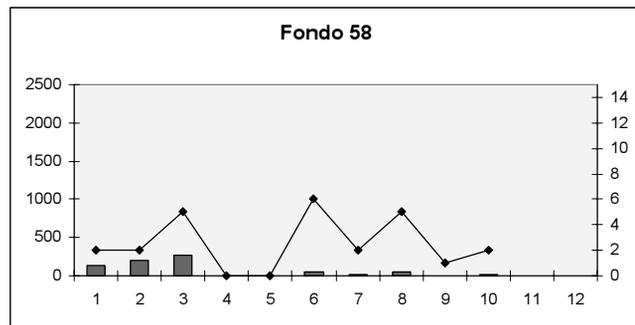
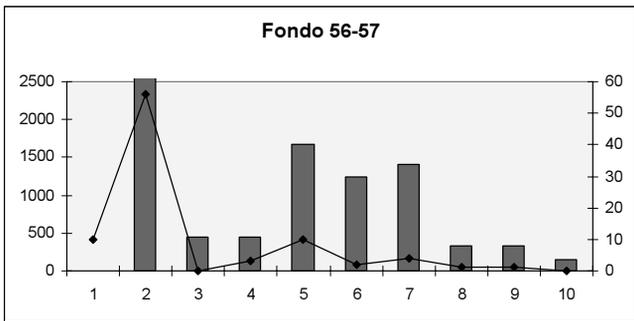
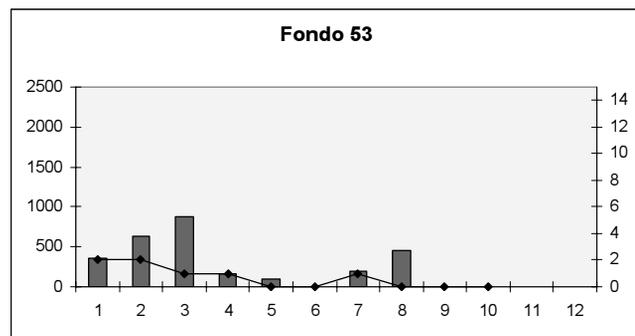
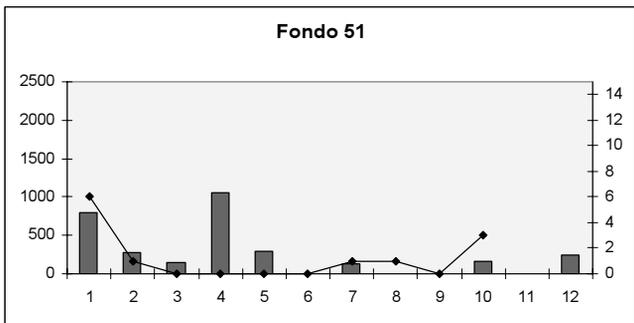
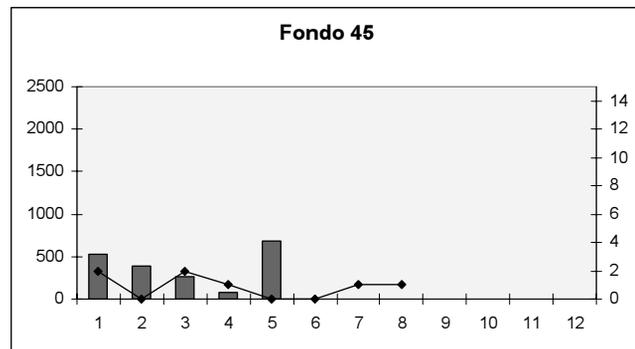
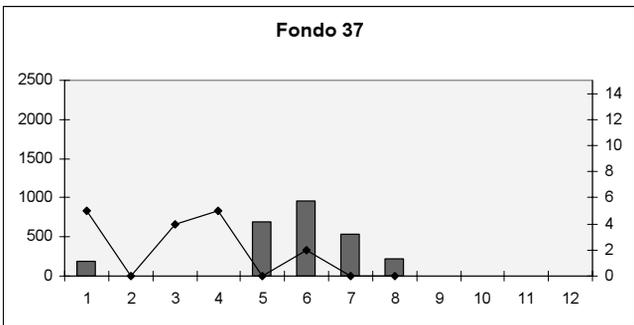
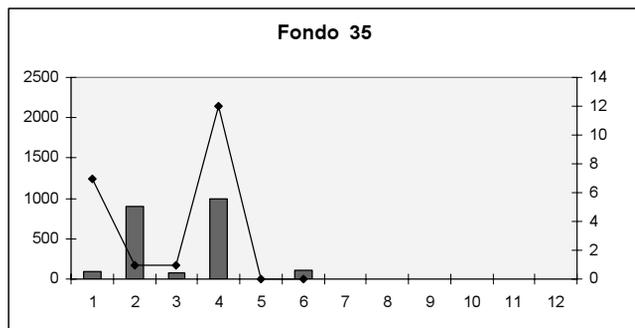
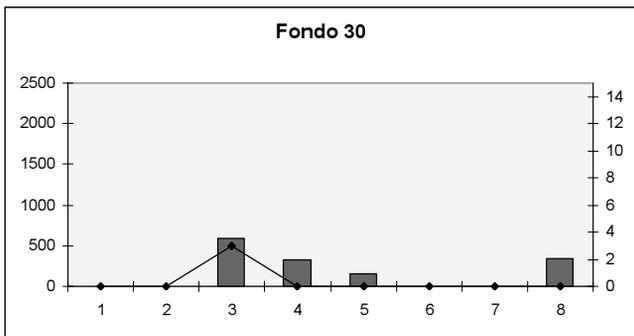
III. 3 LA DISTRIBUCIÓN DE LOS MATERIALES MUEBLES EN EL INTERIOR DE LOS HOYOS

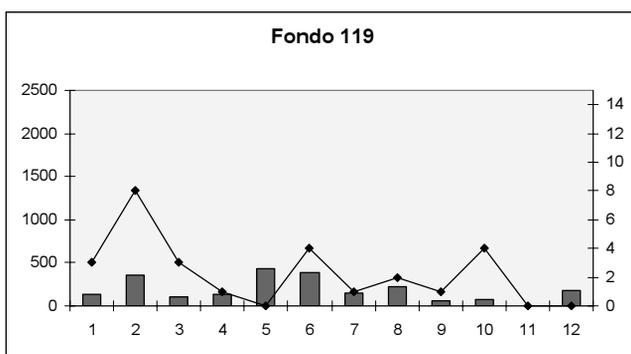
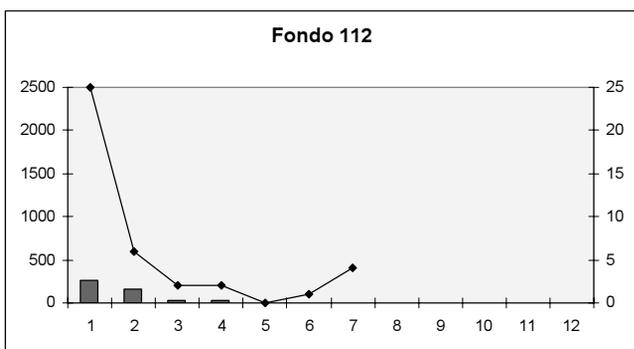
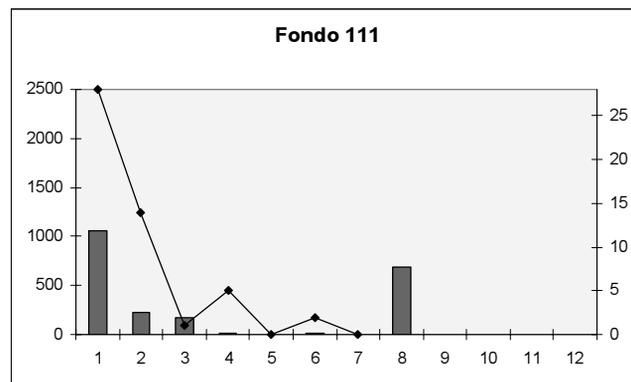
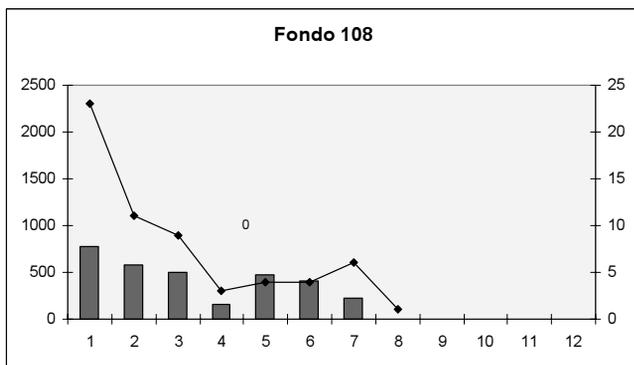
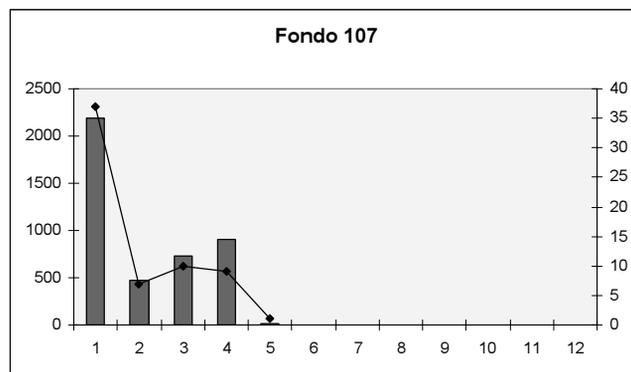
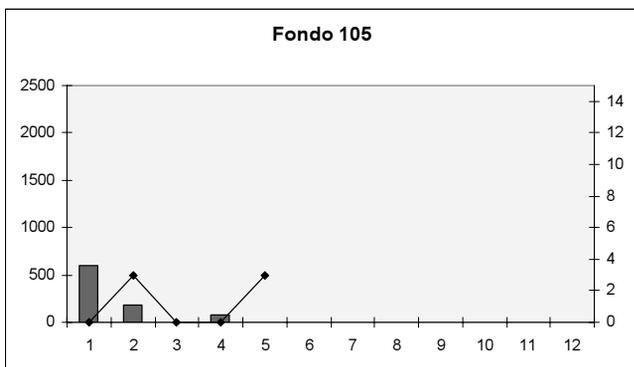
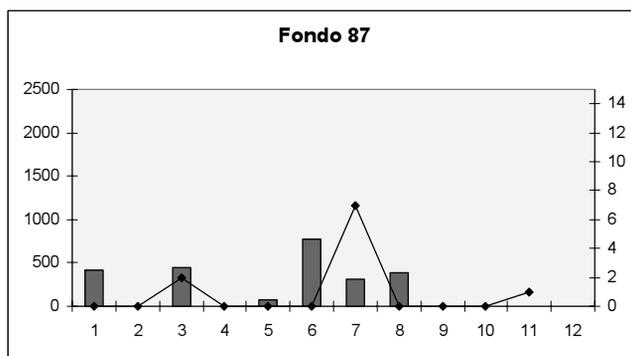
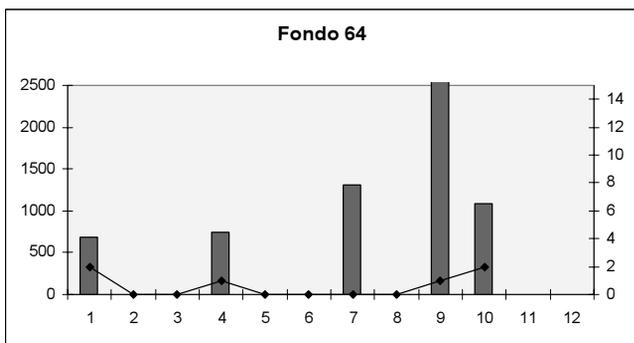
A pesar de que en la mayoría de los hoyos no se advierte una clara estratificación y, por tanto, da la sensación de que su colmatación se ha producido de manera relativamente rápida se ha hecho una valoración general de dónde se acumula la mayor parte de los restos muebles. Para ello hemos confeccionado una serie de histogramas con los fondos que contienen un volumen de material suficientemente significativo para hacernos una idea de cómo pudo producirse el proceso de relleno. En dichos histogramas hemos superpuesto los restos cerámicos, expresados en barras y los restos líticos representados en una línea, y se ha indicado en la zona de la izquierda el material cerámico en gramos y en la derecha los restos líticos en número de piezas, mientras que en la zona inferior se reflejan los niveles en donde se recuperaron los materiales.

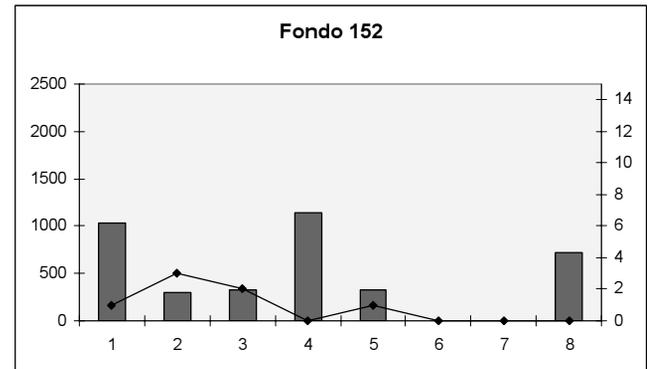
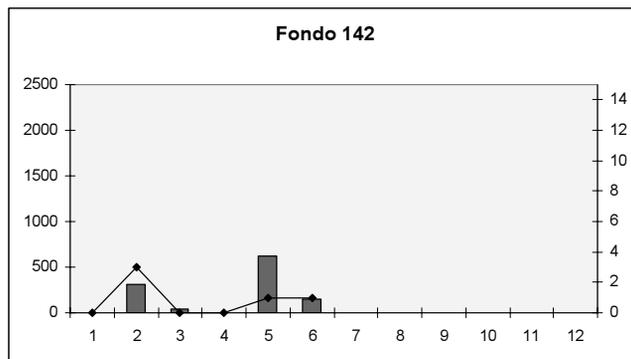
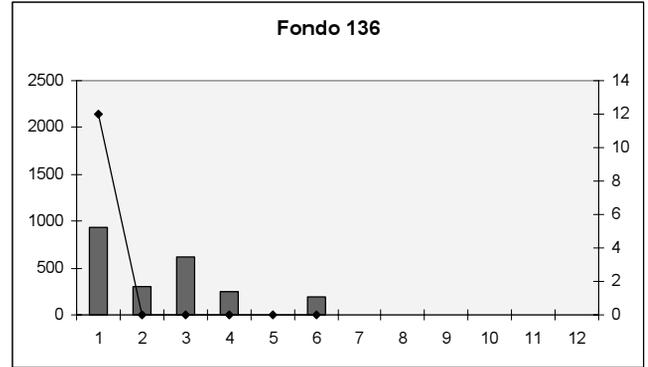
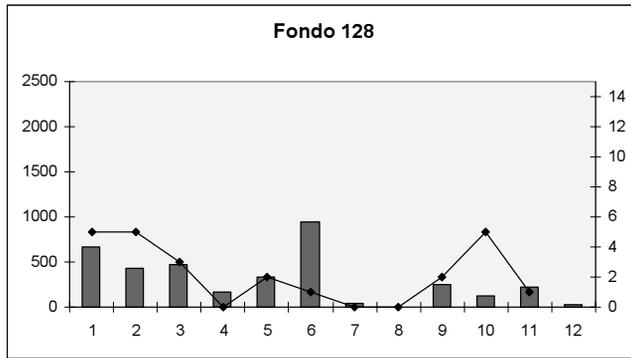
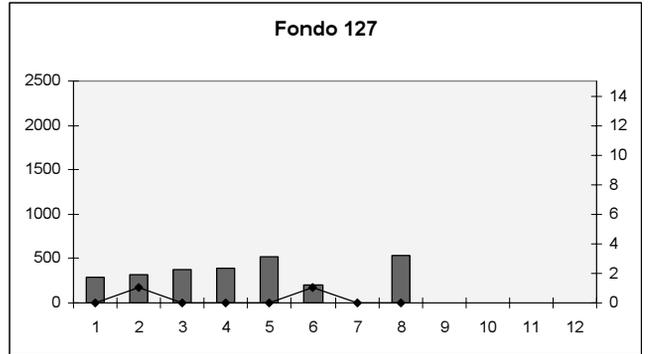
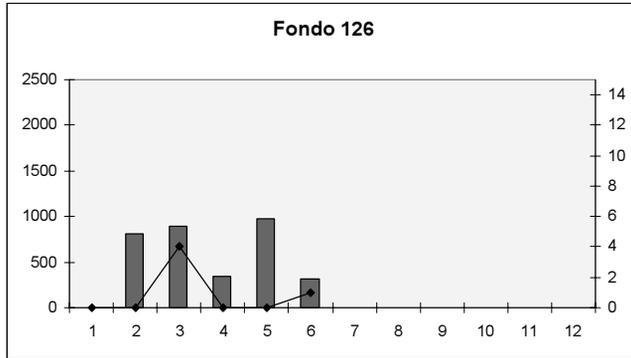
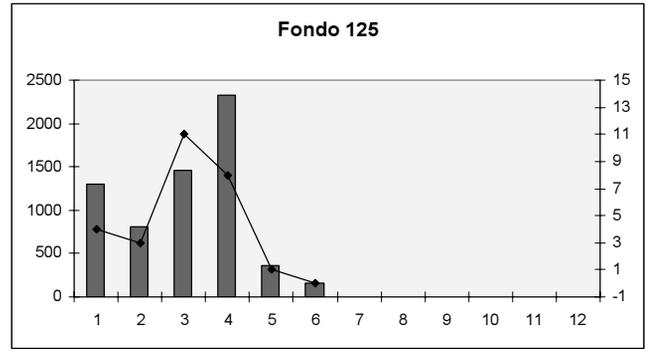
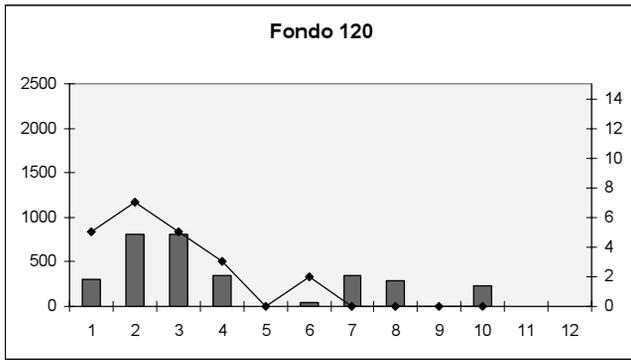
La primera conclusión que se desprende de esta representación gráfica es la coincidencia de concentración del material lítico y cerámico, lo que significa que ambos formaban parte de restos de los suelos y se introducían conjuntamente, posiblemente, cuando se efectuaban limpiezas de suelos.

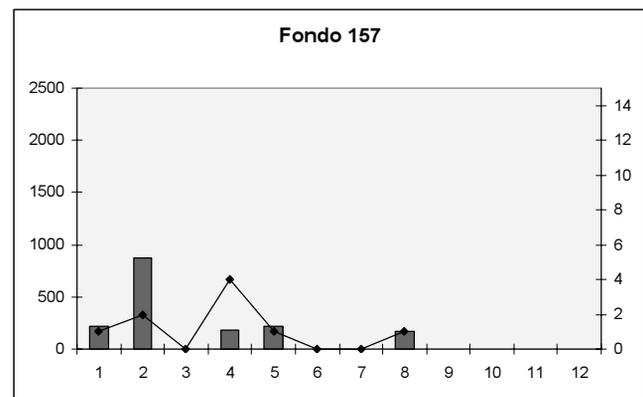
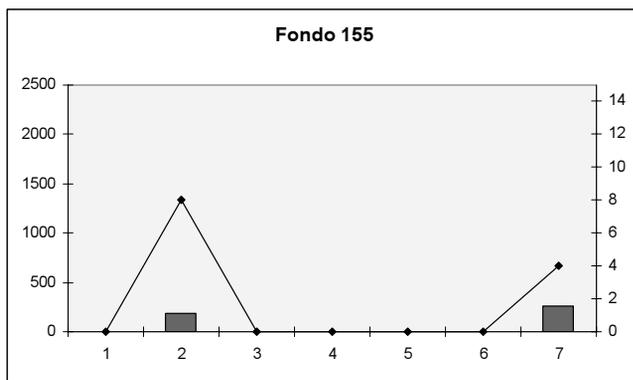
Tabla 1. Distribución del material cerámico y lítico en el interior de los fondos











Así mismo se observa una cierta concentración en los niveles superiores, en especial en -20 centímetros, dando la sensación de que, en ocasiones, se rellenaban para evitar accidentes y ya casi colmatados recibían los restos que se producían en el nivel de ocupación. Tampoco es infrecuente la relativa concentración tanto en los niveles más profundos como en los superiores.

Estas tendencias no expresan, sin embargo, el proceso de colmatación de todos los fondos pues lógicamente los valores se alteran cuando se introduce un recipiente completo o una parte importante del mismo o cuando se vierten posibles restos de actividad de talla.

Entre las excepciones hay que mencionar el fondo 5 donde el material dominante es claramente la cerámica o el 13 donde lítica y cerámica se concentran en niveles diferentes.

Solo puntualmente podemos encontrar cierta intencionalidad, por ejemplo, en el caso de los fondos 56-57 donde hay una importante cantidad de cerámica en todos los niveles junto a restos de molinos completos depositados en la parte inferior. Pero desconocemos el porqué de esta concentración en unos hoyos donde también se recuperó un fragmento óseo humano.

No obstante, el resultado de este ensayo parece confirmar, una vez más, que la función última de estos fondos siliformes fue la de concentrar restos procedentes de desechos domésticos, bien de manera intencionada para higienizar las áreas de habitación, bien de forma accidental al ir cayendo durante el tiempo que estuvieran abiertos que, en este caso, no llegó a formar depósitos geológicos estratificados, sino únicamente bolsas de coloraciones diferentes fruto del mayor o menor contenido orgánico o de la presencia de restos de fuegos. La excepción la constituyen aquellos hoyos donde existe material más completo cuyo depósito ha sido intencionado como ocultaciones que, sin duda, se realizaron por causas bastante diversas, como veremos a continuación. No obstante, también se observa que, incluso en algunos de los hoyos donde se producen dichos depósitos la clausura de los hoyos se realiza con dos fórmulas diferentes: utilizando los sedimentos de los suelos más pró-

ximos que arrastran consigo también restos muebles y materias primas amortizadas, o bien, haciendo una selección de sedimentos vírgenes para cerrar los depósitos, como en el fondo 100, donde se utilizó arena de miga bastante limpia, este segundo sistema es, al menos en La Fábrica de Ladrillos el más utilizado.

III. 4. UNA APROXIMACIÓN DISCRIMINANTE A LAS CAPACIDADES

En este apartado se abordan las estructuras desde el punto de vista de sus capacidades. De este modo, pasamos a concebirlas como figuras tridimensionales que entre sus paredes albergan un espacio que podemos medir y que es una variable más de las que tradicionalmente se han tenido en cuenta en el estudio de los "hoyos".

Dicha aportación no es una novedad, pues ya se viene aplicando en casos concretos como el de Moncín (Harrison et al., 1987) o de forma más genérica en el estudio de los campos de hoyos en la Submeseta Norte (Bellido, 1996: 34). En este último caso, el estudio se planteó para analizar las capacidades exclusivamente de los que se podían considerar por sus dimensiones como silos, desechando el resto de hoyos contabilizados. En el nuestro sólo hemos desestimado las estructuras insuficientes en datos. Así, pretendemos ver si la combinación de todas las variables que ofrece cada hoyo puede darnos otras pautas para clasificarlos y establecer hipótesis sobre la funcionalidad de los mismos.

Para recoger los datos realizamos dibujos de las secciones a escala 1:1 con el programa *Autocad 2000* que permite mediante un comando denominado "revolution" pasar de figuras bidimensionales a tridimensionales. De este modo, conseguimos convertirlas en espacio y obtener mediante otro comando toda la información disponible de estas estructuras. Sin embargo, si observamos los "hoyos" al tomar las secciones y trazar un eje secante en la mitad vemos que no siempre coinciden las secciones. Por ello, planteamos trabajar con 2 a 4 perfiles, con mita-

des o por cuartos, para su reconstrucción tridimensional, dependiendo de la planta que presentase y siempre limitados por la información disponible.

Además de estos casos contamos con “hoyos” que, en la documentación recogida, no aparecían con perfiles dibujados, aunque sí conocíamos sus dimensiones y su morfología por lo cual se realizó una reconstrucción ideal de los mismos. Son los casos de los “hoyos” 100, 146, 147 y 153. El número 1 es especial ya que hemos tenido que restituir parte de su volumen. Conservamos la mitad y la otra parte, que teóricamente faltaría, se ha calculado doblando el volumen de la que conservamos.

Análisis del volumen de las estructuras

De las 163 estructuras de La Fábrica, entre “hoyos” y manchas, sólo permiten una aproximación a su capacidad 130 “hoyos”. Las capacidades van desde los 61 litros del “hoyo” 132 hasta los 4.884 litros del “hoyo” 13. La mayoría de las estructuras se encuentran por debajo de los 1.000 litros, concretamente el 58,33% y hasta los 1.800 litros se concentra el 83,33%. La media de las capacidades de las 130 estructuras es de 1.098,038 litros¹. El grupo que en las variables estudiadas se representa hasta el 50% o más del total es el de los “hoyos” entre 100 y 1.100 litros. Presentan diámetros entre 1 a 1,7 metros y profundidades de entre 0,4 a 1 m. El grupo que se representa con más del 75% de la muestra abarca estructuras con volúmenes entre 100 a 1.100 y de 1.300 a 1.900 litros, con diámetros de 1 a 2,1 m y profundidades de 0,2 a 1,2 m.

Hemos realizado un análisis de las estructuras de Cogotas I y de Protocogotas calculando los intervalos de confianza de las medias poblacionales con varianzas desconocidas considerando un nivel de confianza del 95%. De tal modo podemos determinar la presencia de una muestra de volúmenes con menos variación en los hoyos considerados como Protocogotas respecto a los de Cogotas I. Obtenemos para el caso de las estructuras Protocogotas 1.198,821 litros de media y para el caso Cogotas I 1.026,662 litros de media. Por lo tanto, podemos evidenciar que al observar las capacidades en estas estructuras de la Fábrica observamos algunas diferencias entre el momento Protocogotas y Cogotas I con una capacidad ligeramente superior para los primeros.

Respecto a los tipos establecidos según la sección de los mismos podemos decir que los intervalos de confianza con mayor variabilidad de volúmenes se dan en los tipos I, VIII, IX y XI mientras que el resto son menores. La coincidencia de todos los tipos se da en el intervalo de 800 a 1200 cc.

Con todo esto sólo podemos concluir la dificultad de encontrar homogeneidad en las capacidades de los fondos. En general, los intervalos de confianza de los diámetros y las alturas reflejan que sobre los primeros sí hay una menor variabilidad y un alto de grado de coincidencia en torno a valores similares tanto por tipo de fondos como por cronologías. Sin embargo, esto no ocurre con las profundidades que son las que reflejan principalmente la variabilidad de los volúmenes². De esta manera podemos concluir la dificultad de encontrar homogeneidad tanto en la configuración como en las capacidades de los fondos.

Ya que no contamos con vestigios del posible uso de cada uno de los fondos, que podría ser útil para poder establecer clasificaciones de las estructuras, tomaremos como referencia otros estudios al respecto. Así, sí podemos decir por ejemplo, que las estructuras que presentan menos de 0,40 m. de profundidad no parecen estar relacionadas con un uso como silos, y sin embargo presentan capacidades que sí se dan en las que pueden interpretarse como tales. Sus dimensiones les acercan más a su función como hogares/cubetas o posibles postes de cabaña.

Por otro lado, Bellido por ejemplo indica que las que excedan de 2 metros de profundidad o de diámetro podrían desestimarse como silos (Bellido, 1996: 40). En nuestro caso no tenemos “hoyos” con más de 2 m. de profundidad aunque sí con más de 2 m. de diámetro. Sus capacidades son de más de 1.200 litros, aunque de nuevo, los “hoyos” que sí podemos considerar por sus dimensiones y morfologías como silos, pueden presentar volúmenes similares. Y por último, el caso de las tumbas, cuya función constatada es la de enterramiento, presentan volúmenes que podrían aparecer en estructuras que consideramos como posibles silos, pero que desestimaríamos por ser demasiado altos.

Para determinar los “hoyos” que fuesen silos discriminamos de la muestra los que presentasen dimensiones de menos de 25 cm. de profundidad, de menos de 20 cm. de diámetro y los que presenten índices de relación altura/radio mayores de 1: 2 (Bellido, 1996: 34). Así, las estructuras que sí consideramos como posibles silos presentan dimensiones de alrededor de un metro a 1,75 m. de diámetro, con profundidades de 0,4 a 1,25 m. y volúmenes de entre 200 a 1.800 litros. Junto a estos criterios podemos agregar otros como las morfologías de los fondos. De los “hoyos” que hemos estudiado los tipos IV, VI, VII, VIII y IX son los que presentan morfologías más cercanas a lo que podría ser un silo de almacenaje.

Conocemos algunas estimaciones que se han realizado en lugares como el yacimiento Calcolítico de Bulgaria, Goljamo-Delcevo. Los niveles de habitación permitieron establecer una capacidad de almacenaje de cereal de unos 20.000-24.000 Kg. que se obtendrían en

¹ La muestra fiable da una media de 1.054,188 litros por lo cual se corrobora la cifra general.

² Ya que la variable volumen depende de la altura, la profundidad y la morfología de los “hoyos”.

una superficie de cultivo de unas 16 Has³. Dicha cantidad permitiría la subsistencia de una comunidad compuesta por unas 20 familias de entre 80 y 120 miembros cada una (Dan Monah, 1996:81). En el caso del yacimiento de Gatas 2 (Turre, Almería), en las distintas fases (fases II-VII⁴) documentadas se ha propuesto, a la luz de los datos, una estimación de la dieta vegetal (cebada, trigo y leguminosas) diaria de cada individuo. Proponiendo la práctica del barbecho⁵ para que las tierras recuperasen su productividad y sirviesen de alimento al ganado, estiman una superficie cultivada anual para el consumo de una población de 400 individuos supuesta para la fase III de unas 200 Has y del triple para la fase IV (tierras cultivadas + tierras en barbecho) (Castro *et al.*, 1999: 150, 166).

En nuestro caso y dada la estimación de las estructuras que podrían ser silos podríamos calcular una capacidad de 23.516 litros en los fondos Protocogotas y 11.290 litros en los Cogotas I. La estimación de la proporción en kilos de la materia que se pudiese almacenar en los “hoyos” identificados como silos pasaría por el empleo de la fórmula de la masa (masa = volumen x densidad). De tal modo tomamos los siguientes datos:⁶ la densidad del trigo 750-840 Kg/m³ (795 Kg/m³ de media) y la cebada en 550-690 Kg/m³ (620 Kg/m³ de media) y para las leguminosas en 750-850 Kg/m³. Podemos ver los resultados en esta tabla:

Tabla 2

	CAPAC. TOT (L.)	TRIGO (KG.)	CEBADA (KG.)	HABAS (KG.)
PROTOCOGOTAS	23.516	18.694	14.579	18.812
COGOTAS I	11.290	8.974	6.999	9.031

Sin embargo, nos falta conocer algunas variables necesarias como por ejemplo la productividad de los campos⁷, los productos cultivados y almacenados y la composición de la dieta de los individuos. Respecto al tamaño de los grupos se suele señalar que tanto por la extensión de los yacimientos (no más de 3 Ha, normalmente en torno a una) como por el tipo de economía que desempeñan podríamos suponer la presencia en cada ocupación de sólo unas decenas de individuos, lo cual facilitarían su movilidad (Recuero, Blasco y Baena, 1996: 55). No obstante, y por probar cómo resultaría una aproximación de este tipo, suponiendo un consumo de cereales y leguminosas en la dieta diaria de estas gentes estimando unas 700 Kcal. para cada individuo por día en estos productos, lo que equivaldría aproximadamente unos 300 gr. de producto (contando con el desecho). Si suponemos la existencia de un grupo de unas 16 ó 20

personas podríamos estimar un consumo diario de unos 5 ó 6 kilogramos, lo que supondría unos 2000 kilogramos al año, por lo que una ocupación como la de Cogotas I en este yacimiento podría ser fruto de sólo 3 ocupaciones (contando con 1000 Kg. más de producto para la siembra) y la de Protocogotas I unas 6. Sin embargo, no debemos tomar estos datos como fiables, se trata de una aproximación sin ningún tipo de pretensión demográfica o productiva ya que como ya hemos dicho anteriormente nos faltan muchos datos para poder llevar a cabo este tipo de estimaciones, entre ellos, si las estructuras que hemos determinado como silos lo fueron realmente. Quizás el almacenaje de cereales, leguminosas u otro tipo de producto destinado al consumo de la población durante la estancia en el yacimiento debería realizarse con una cantidad aproximada a tal fin, pues los silos excavados en el suelo no permiten su continua apertura y lo mismo podríamos suponer en el caso de la cantidad necesaria para la siembra. Sin embargo, este tipo de necesidades variarían en función del tamaño de la población asentada (consumo/fuerza de trabajo) con lo cual tampoco se reflejaría en forma de estructuras con capacidades fijas y tampoco se podría estimar con cálculos.

Reiterando la ausencia de un grupo de estructuras con capacidades o dimensiones similares, podemos pensar que quizás la variabilidad en los “hoyos” sea debida precisamente a que no se planifica su uso, sino que se consigue o se reforma en función de la necesidad inmediata. Y esto tendría a su vez mucho que ver con los datos que hemos observado en la muestra. Los diámetros presentan una cierta homogeneidad, pero no las profundidades. De tal modo, en función de la necesidad de una mayor o menor capacidad ésta se podría conseguir reutilizando la planta del fondo existente y buscando la profundidad necesaria para el contenido. Dichas actuaciones tendrían sentido en los modos de vida de estas gentes, con un alto grado de movilidad y un aprovechamiento estacional de los recursos.

Un estudio sobre estructuras mejor documentadas y con análisis de contenidos de los “hoyos” nos permitiría apoyar y enriquecer un análisis como el que aquí ofrece-

³ Esto hacía suponer la productividad de unos 1.250-1.500 Kg. Por Ha. (Dan Monah, 1996:81)

⁴ I, fase Calcolítica (Beta-92590: c.2750 cal ANE) (Castro *et al.*, 1999: 84-86), II-IV fases argáricas (c. 2250-1950 cal ANE; c. 1950-1700 cal ANE y c. 1700-1500 cal ANE) (Ib-Id. 86-88), V-VI fase post argárica (c. 1500/1480 - 1300 y 1300 a 1000?) (Ib-Id: 88-90) y VII época andalusí (ss X y XI de nuestra era) (Ib-Id: 90-91).

⁵ Según los autores “sistema de barbecho limpio”, es decir, dos años de descanso tras uno de cultivo (Castro *et al.*, 1999: 150, 166).

⁶ Estimaciones establecidas a partir de los datos recogidos en Anexo 2 tabla de densidad aparente en <http://www.fao.org/docrep/X5041S/x5041S09.htm>

⁷ En función del tipo de agricultura que practicasen estos grupos, la presencia o no de abonos y las variables climáticas y otros factores que podrían alterar las cosechas.

mos y conocer mejor los modos de vida y subsistencia en los grupos de Protocogotas y Cogotas I.

Tabla 3: Distribución de los intervalos de confianza de las medias poblacionales de los fondos de la Fábrica de Ladrillos según cronologías de los mismos.
(CI= Cogotas I; PCI= Protocogotas I)

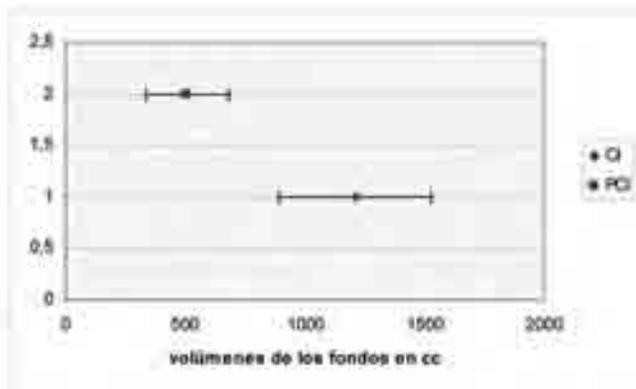
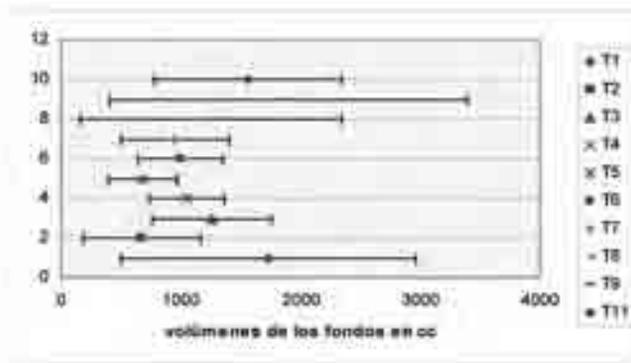


Tabla 4: Distribución de los intervalos de confianza de las medias poblacionales con un nivel de confianza del 95% de los volúmenes de los fondos de La Fábrica de Ladrillos en función de los tipos existentes



III. 5. ESTRUCTURAS SINGULARES O CON ESPECIAL SIGNIFICACIÓN

Hay una serie de “hoyos” que por las características especiales que presentan los restos muebles recuperados en ellos requieren un análisis detallado. Concretamente, nos vamos a referir en este apartado a los n.º 12, 56-57, 76-78, 100 y a la denominada “Tumba” 2, pero diferenciados según orientaciones presumiblemente distintas.

III 5.1. “HOYOS”: LOS DEPÓSITOS DE MOLINOS

– El “hoyo” 100

En el denominado corte Este, no lejos de donde se localizaron las dos fosas con enterramientos de inhumación (Tumba 1 y Tumba 3) y uno de los depósitos de cerámicas (Tumba 2), se excavó un “hoyo” en el que el relleno

geológico conformaba un único estrato homogéneo de arena de miga (Tipo 1) cuya singularidad reside en los materiales muebles que contenía. Sus dimensiones eran de 1,20 m de diámetro de boca, 0,40 m de profundidad, base plana de 0,80 m de diámetro y sección de Tipo VII.

Según se comenta en el *Diario*, y se dibuja como complemento del texto (Figura 16, 1), este hoyo contenía tres molinos de granito, aunque uno de ellos se encontraba totalmente descompuesto, lo que hizo imposible su recuperación. Junto a estos molinos se habían depositado dos grandes bloques de cuarcita sobre los que descansaban varias pesas de barro sin cocer, de forma cilíndrica, con orificio central, muy fragmentadas y que, a juzgar por los trozos que hemos podido revisar en los fondos depositados en el Museo, podrían pertenecer a tres ejemplares que, en conjunto, pesan 718 gramos.

Los dos molinos recuperados pesan 2.344 y 8.946 gramos respectivamente, al que hay que sumar el del tercer molino, imposible de calcular por su estado de descomposición, y el de los dos bloques de cuarcita de los que sólo sabemos que eran “de grandes dimensiones”, lo que hace pensar que todos estos bloques podrían alcanzar un peso global aproximado de 30.000 gramos. Peso y volumen considerables particularmente si tenemos en cuenta que es un material acarreado desde el área de la Sierra distante de nuestro yacimiento varias decenas de kilómetros.

La posición de todos estos materiales en el fondo de la fosa, la escasa presencia de otros objetos muebles –que en conjunto se reducen a 224 gramos de pequeños fragmentos cerámicos a los que se suma una lasca simple–, la ausencia de restos faunísticos y la homogeneidad de la arena de miga que sella el conjunto, hace pensar que nos encontramos ante un depósito intencionado. Todo parece indicar que se excavó una fosa *ex profeso*, de escasa profundidad, se practicó el depósito y, hecho esto, se selló, no volviendo a reabrirse después. Sin embargo, desconocemos la intención y finalidad de la ocultación ya que no tenemos datos para saber si se trata únicamente de un almacenamiento de enseres y materia prima que, en un momento determinado, pudieran ser recuperados para la elaboración de nuevos útiles o para una nueva puesta en servicio o si, por el contrario, estamos ante un depósito que suponía la definitiva amortización del conjunto al entregarse como ofrenda o simplemente con el fin de dejar útiles y materias primas fuera de circuito.

Sea como fuere, lo cierto es que no estamos ante una situación totalmente nueva, pues en Caserío de Perales se exhumaron varios “hoyos” en los que, como en este caso, se habían depositado, igualmente en la base del “hoyo”, dos y hasta tres molinos (figura 16 2 y 3), todavía aptos para su uso. Sin salir del área madrileña, en el asentamiento Protocogotas y Cogotas I de La Desea-

da (Rivas-Vaciamadrid), se recuperaron fragmentos de molino en la base de un “hoyo” de sólo 0,38 m de profundidad (Martín Bañón y Várseda Sanz, 2005: 190). Como aquí, al otro lado del Sistema Central, en el Valle del Duero, esto es algo que resulta conocido desde antiguo, pues no hay más que fijarse, por ejemplo, en el Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca), para comprobarlo (Martín y Jiménez, 1989; Bellido, 1996: 115). La similitud de los conjuntos de molinos en estos yacimientos hace pensar que puede haber una causa común que propiciara los ocultamientos.

Entre los motivos que pueden esgrimirse para explicar este hecho habría que valorar la posibilidad de que estos enseres pesados se abandonaran cuando se producía el despoblamiento del lugar, pero concentrados en puntos fijos con la intención de poder ser recuperados y reutilizados en caso de que se produjera la reocupación del sitio por las mismas gentes, del mismo modo que muchas de las viviendas de arquitectura en duro de diversos yacimientos de la Edad del Bronce se abandonaron dejando los molinos en el lugar en el que habían sido utilizados. Si bien esto resulta factible, no podemos descartar que, como se ha apuntado, tengan un significado no funcional y puedan estar relacionados con otras manifestaciones culturales, entre ellas las funerarias, pero desgraciadamente en este caso desconocemos si alguna de las tumbas localizadas en este sector del hábitat estaba próxima a este fondo o si en su entorno existió alguna otra ocultación singular.

En suma, este fondo 100 es una excepción que hace difícil determinar si es la expresión de prácticas cotidianas o de actividades simbólicas que, en cualquier caso, nos resultan menos accesibles aún. Por otra parte, sería necesario explicar también la presencia de los otros elementos asociados que componen el depósito y que fueron colocados, seguramente, a la vez que los molinos, las pesas y los bloques de cuarcita. Las primeras son ejemplares únicos en el yacimiento y desconocemos si se trata de elementos de telar o, por el contrario, sirvieron como tensores para otra finalidad. Los bloques de cuarcita parecen constituir una reserva de materia prima, seguramente para la elaboración de utensilios, como manos de moler y otros. De haber sido así, molinos y bloques sin trabajar podrían estar relacionados con la molienda y sólo las pesas resultan ajenas a esta actividad sin que podamos explicar el porqué de la asociación.

No hay elementos muebles que nos permiten adscribir el hallazgo a una de las dos fases de ocupación del yacimiento, aunque sí puede apuntarse que, hasta el momento, estas pesas cilíndricas de orificio central en Caserío de Perales (Figura 16, 4) se asocian a materiales de la etapa inicial y también en esta fase de Protocogotas son más frecuentes los molinos completos, mientras que en la etapa de Cogotas I de Plenitud lo habitual es

recuperar tan sólo fragmentos relativamente pequeños de piezas totalmente amortizadas.

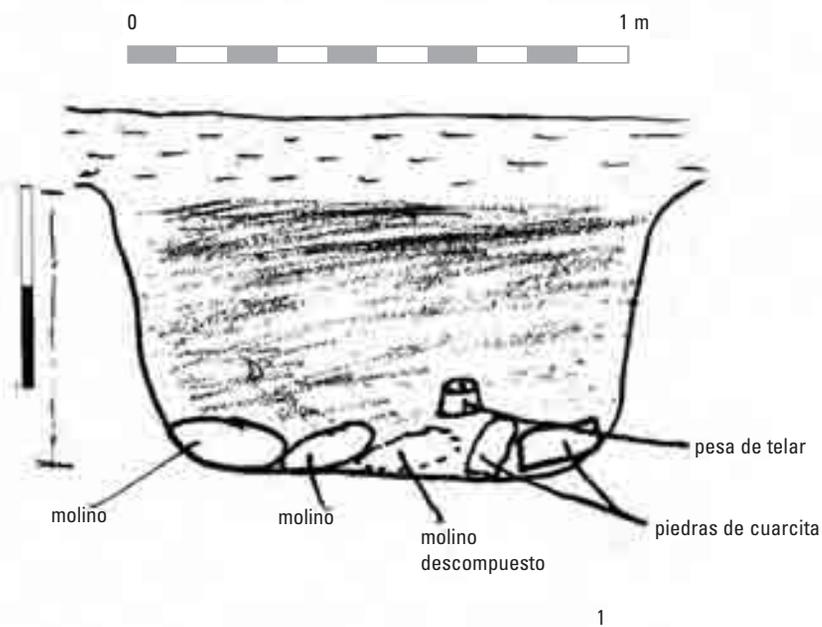
– Los “hoyos” 56-57 (Figura 17)

Por la referencia del *Diario* de excavaciones, se trata de dos “hoyos” geminados de los que no se pudo determinar si eran coetáneos o no y si sus depósitos formaban un todo o eran independientes, razón por la cual en nuestro inventario los presentamos con datos comunes en lo que se refiere a los restos muebles, no en lo referente a la descripción de las estructuras puesto que contamos con los datos particulares de cada uno de ellos (*vid.* Inventario). En ambas fosas se colocaron sendos molinos, en el fondo 56 se encontraba en el nivel 1, con la superficie de molienda hacia abajo y asociado a dos elementos de hoz, mientras que el molino del fondo 57 estaba en el nivel 8 junto a restos faunísticos. Sabemos que uno de los dos ejemplares alcanza los 4.112 grs., pero no tenemos referencia del peso y volumen del otro ejemplar. Además, se recuperó un lote de fragmentos cerámicos cuyo peso total alcanza los 10.539 grs., y está concentrado, sobre todo, en el fondo 57. De este voluminoso conjunto destacan 18 fragmentos, uno de ellos perteneciente a un colador y el resto a recipientes, de los cuales, ocho son lisos y los otros nueve están decorados con incisiones e impresiones en forma de medias cañas, círculos, líneas discontinuas, zigzags o líneas cosidas. Tomado globalmente, este lote de materiales muebles es adscribible a la *fase de formación* o Protocogotas, pues tan sólo en el nivel de superficie hay un fragmento que podría adscribirse a la *fase de plenitud* pero no se tiene la certeza de que formara conjunto con el resto.

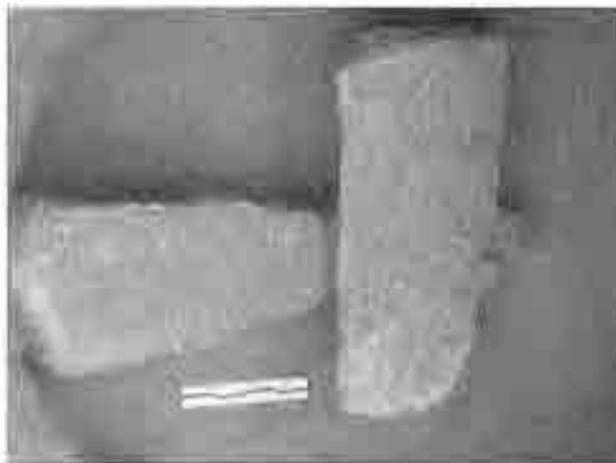
A la cerámica hay que sumar la presencia, en el nivel 2, de un importante lote de lascas y piezas líticas retocadas así como pellas muy quemadas y restos de suelos de arcilla que se encuentra apisonada y cocida, la cual se desprende en “peltas” o bloques planos con círculos. El nivel 3 proporcionó un gran bloque de arcilla quemada que los excavadores ponen en relación a las pellas de barro.

No sabemos si la singularidad de este depósito tiene o no relación con la presencia en estos fondos de un fragmento de parietal humano, o se trata, como en otros casos, de un resto introducido de manera accidental.

En definitiva, nuevamente los molinos aparecen asociados a un contexto en el que resulta difícil determinar si se trata de piezas abandonadas en su lugar de utilización o hay otra intencionalidad. De haber sido aquello, cobraría explicación la existencia de dos ejemplares juntos, de las pellas de barro y de restos de áreas de suelos enlucidos en los que poder dejar el grano o los frutos secos que se iban a triturar o bien en los que recoger con mayor limpieza la materia ya triturada. En este contexto, lo difícil sería explicar el porqué de la presencia de recipientes cuidados o la gran concentración que hay de materiales cerámicos.



1



2



3

Figura 16. 1.-Croquis del perfil del fondo número 100 según el diario de las excavaciones. 2.- Fondo del Caserío de Perales con un depósito de molinos. 3.- Pesa cilíndrica procedente de Caserío de Perales

Si de nuevo tomamos como referente los hallazgos de Caserío de Perales, cabe mencionar que los depósitos de molinos se concentraban en un sector concreto del yacimiento, lo cual puede estar indicando que tal vez era un área de molienda y, a diferencia de los asentamientos con arquitectura en duro –en los que es frecuente que se localicen uno por vivienda, formando parte de los enseres domésticos–, en los hábitats de cabañas efímeras algunas faenas relacionadas con la preparación de los alimentos pudieron llevarse a cabo en un sector concreto del poblado, quizás para compartir entre varias unidades familiares estos elementos pesados, justificándose así la concentración de varios de ellos en un mismo “hoyo”, pues aunque en este yacimiento de la Fábrica de Ladrillos el mapa de dispersión de molinos no presenta una concentración tan evidente como la observada en Caserío de Perales, no hay que olvidar que la sucesión de asentamientos enmascaran la planimetría de una determinada ocupación. En esta forma de proceder en la que varias familias se pueden reunir para mejor realizar una actividad cotidiana, recordemos cómo es práctica habitual entre muchas de las sociedades tradicionales, “de pequeña escala” (*face-to-face societies*) el reunirse cada cierto tiempo para elaborar los recipientes cerámicos que necesitan.

III.5.2. LOS DEPÓSITOS DE CERÁMICAS SINGULARES

Tres son los “hoyos” en los que se depositaron sendos conjuntos de recipientes completos o casi completos cuyo relativo buen estado de conservación no permite calificarlos como materiales de desecho, amortizados. Éstos son el “hoyo” 12, el 27 y el identificado por los excavadores como Tumba 2.

– La denominada Tumba 2

A la vista de las circunstancias que se describen en el *Diario* y de la revisión de los restos exhumados que se conservan en el Museo, creemos que no se trata de una tumba, pues no hay datos que confirmen que se recuperaran en esta estructura restos óseos humanos inhumados o cremados, sino más bien de un cuidadoso depósito de recipientes. A pesar de ello, y por fidelidad a la documentación generada por los propios excavadores, en nuestro *Inventory de los Fondos* así como en la *Tabla General de Datos Cuantitativos* que hemos elaborado se ha mantenido la denominación original con el fin de no crear futuras confusiones.

Se trata de una fosa de planta circular, sección de paredes rectas paralelas de 1,50 m de diámetro pero que se va cerrando algo hacia la base y 1,20 m de profundidad. En los 0,50 m más próximos a la superficie presenta un relleno de “arena de miga y ceniza”, mientras que en los 0,70 m restantes los sedimentos están formados

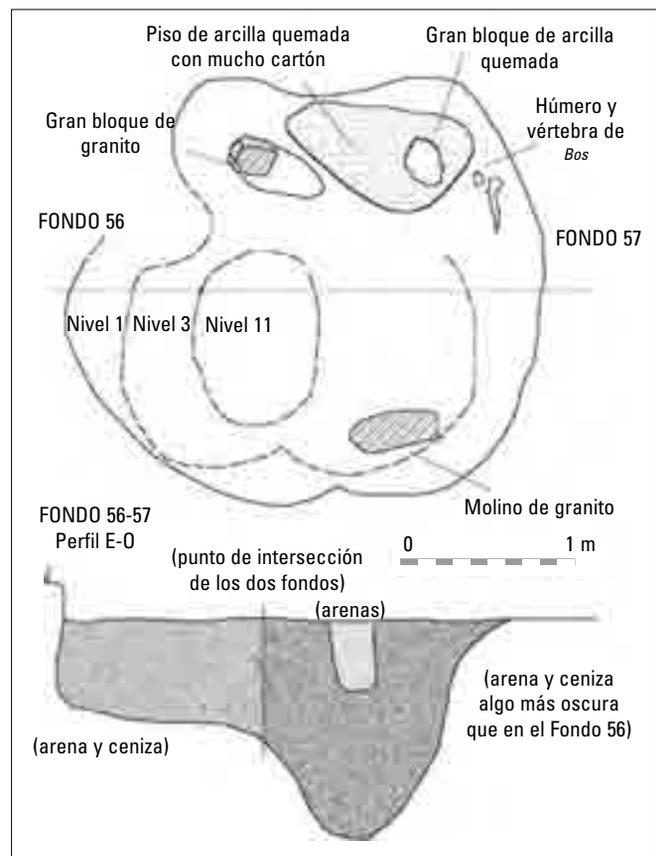


Figura 17. Planta y alzado de los fondos 56-57 con indicación de la posición de los molinos, según el diario de las excavaciones

por “arena de canutillo y ceniza”. En la base ni hay piedras ni se habla que fuera objeto de algún tipo de preparación especial. La mayoría de los vasos completos que proporcionó este “hoyo” se encontraban en la parte alta, a tan sólo unos 0,30 m de profundidad (Figura 18, 1).

La singularidad del contenido de esta fosa viene propiciada no sólo por la cantidad de materiales cerámicos recuperados sino también y, sobre todo, por el hecho de que muchos de los recipientes estuvieran completos o casi completos. A esta circunstancia cabe añadir el especial cuidado que se puso en la colocación de cuatro de los que se hallaron completos, pues formaban un conjunto que, a todas luces, se depositó en un mismo acto y de forma premeditada y cuidadosa (figura 18, 2).

Este conjunto está formado por una singular cazuela profusamente decorada que tuvo asa de sección circular pero que se había desprendido, si bien se conservaban los orificios donde había estado acoplada (Figura 18, 5); dentro de ella se había colocado un cuenco liso de perfil parabólico que contenía un segundo cuenco más pequeño todavía (Figura 18, 3), con la boca hacia abajo. El conjunto lo completaba un tercer cuenco, también liso y de reducidas dimensiones, de base umbilicada (Figura 18, 4), asentado sobre la boca de la cazuela ornamentada que hemos descrito al principio.

A este conjunto topográficamente relacionado hay que sumar la presencia, en la misma fosa, de dos recipientes completos más y fragmentos bastante grandes pertenecientes al menos a otros siete de los que sólo uno de ellos estaba decorado. Entre estos ejemplares destacan trozos cerámicos pertenecientes a una segunda cazuela decorada, de tamaño y características ornamentales semejantes a la integrada en el conjunto antes descrito.

Las características formales, las dimensiones y la variedad de capacidades útiles que constituyen el conjunto referido nos permiten sospechar si no estaremos ante un auténtico servicio de bebida, del que la cazuela sería el recipiente en el que se presentaba a los participantes en la ceremonia o ritual el líquido a consumir, el cuenco de paredes altas, el elemento de distribución y los dos cuencos o tacitas de paredes más bajas y abiertas los recipientes individuales que se utilizarían para ingerir la bebida en cuestión.

La fauna hallada en este fondo es muy exigua pues, se trata de seis fragmentos óseos de huesos apendiculares de vacuno y de ovicaprino.

– El “hoyo 27”

Se trata de un fondo de planta ovalada de 1,40 x 1,00 metros de ejes y una profundidad de 0,81 metros, pese a la singularidad de su contenido no tenemos datos ni de su sección ni del tipo de relleno que tenía. Hemos calculado una capacidad aproximada de 938 litros.

Contrastan los pocos datos que nos han llegado de las características de la subestructura con la cantidad y calidad de las cerámicas que contenía (Figuras 161 a 164). Pesa 4.671 grs. y destacan fragmentos pertenecientes a, al menos, catorce recipientes de los que se puede reconstruir gran parte de sus secciones. Cuencos hemisféricos y carenados, ollas y una jarra son las formas documentadas. Las decoraciones que en algunos de ellos aparecen están realizadas mediante boquique, excisión, incisión e impresión; guirnaldas, líneas cosidas, reticulados, puntas de sierra rellenas de puntos impresos, son algunos de los diseños reproducidos. Desgraciadamente no tenemos noticia tampoco de la relación topográfica que estos recipientes mantenían dentro del fondo y, por tanto, si responden a un depósito único o a varios. Lo cierto es que, la mayoría de estas piezas estaban ya usadas y totalmente amortizadas, de manera que eran ya inservibles para nuevos usos.

Lo que sí podemos constatar es que, al igual que en la llamada “tumba 2”, conviven en este depósito los recipientes ricamente ornamentados con los que no lo están y que en el conjunto se asocian grandes platos o fuentes abiertas con jarras y pequeños cubiletes para la bebida individual. Estas semejanzas nos inducen a pensar que podemos estar ante un lote de piezas que pudo haber tenido el mismo uso que los de la “tumba 2”: banquete u

otra actividad ceremonial que quizás implicaba su definitiva amortización.

Coincide también con la “tumba 2” en no contener apenas otros materiales ya que los dos fragmentos líticos y los 220 grs. del depósito de restos óseos animales que se extrajeron del hoyo, bien pudieron haber caído con las tierras que se emplearon para el sellado del depósito.

Los excavadores anotaron en el Diario (27-05-82) que “los fondos 27 y 28 forman una unidad con el suelo de piedras que existe en el ángulo inferior derecha del cuadrante. Este suelo parece corresponder al “*umbral*” de la cabaña”. Desconocemos los argumentos que tenían para esta interpretación, pero descartamos que puedan ser restos de alguna preparación donde se llevara a cabo alguna actividad.

Es importante recalcar que todos estos depósitos de cerámicas corresponden a la etapa de plenitud de Cogotas I mientras que, como veremos, el depósito de fauna se inscribe dentro de la etapa Protocogotas.

– El “hoyo” 12

Aunque en el *Diario de Excavaciones* no se hace especial mención a este fondo, el conjunto de materiales exhumados de su interior hace pensar que se trata de un depósito intencionado y no de un contenido correspondiente a una mera limpieza de suelos. Los únicos datos que nos proporciona dicho texto es el de las medidas, a las que se refiere apuntando que tiene un diámetro “aproximado de unos 2’70 metros” y una “potencia de unos 20 centímetros”. Algo más explícito es el dibujo de campo (Figura 19, 1) donde comprobamos que presenta una planta, tanto en la base como en la boca, de tendencia circular y una sección en forma de casquete esférico en la que se hace mención a un contenido geológico de arena oscura que se interpreta por la presencia de “cenizas”.

En el propio perfil se representa también la presencia de cuatro recipientes colocados de dos en dos boca abajo y, en cada una de las parejas, una vasija dentro de otra, sin que sea posible determinar si en esta disposición se agrupaban por una parte las dos vasijas más cuidadas y decoradas con diseños complejos y por otra el ejemplar liso y el que presenta únicamente impresiones y mamelones en el labio.

La colocación de recipientes completos y, por tanto, todavía en uso, con la boca hacia abajo, no es un hecho insólito, pues tiene paralelos muy próximos en yacimientos coetáneos de la misma área geográfica y círculo cultural, aunque no siempre la disposición y características de los contenedores sean las mismas. Así, en La Muela de Alarilla (Guadalajara) se documentó un “fondo”, el número 6 (Figura 19, 2), delimitado por grandes piedras, quizás para dotar de una sólida protección al conjunto, (*vid.* Méndez y Velasco, 1984: 7) que “contenía en su interior seis recipientes cerámicos completos,

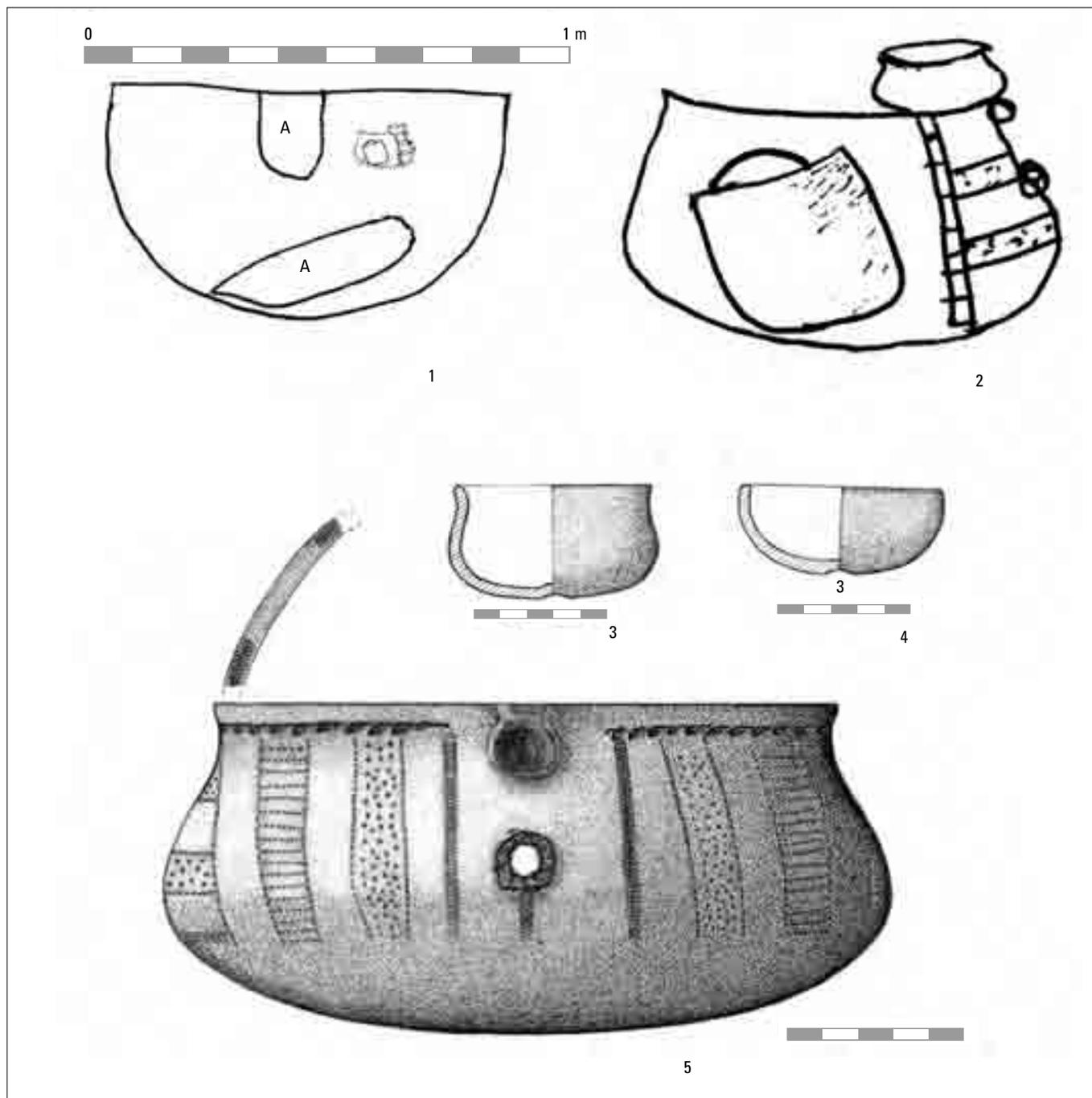


Figura 18. 1.- Croquis del perfil de la denominada “tumba 2” según el diario de las excavaciones. 2.- Esquema de la posición de los recipientes recuperados en “tumba 2”. 3 y 4.- Pequeños recipientes lisos procedentes de “tumba 2”. 5.- Recipiente decorado que contenía en su interior otros de menor capacidad

depositados cinco de ellos boca abajo, esperando posiblemente una siguiente utilización” (Méndez y Velasco, 1988: 186). Tres de ellos son comunes, presentan sencillas decoraciones y por su tamaño pueden considerarse recipientes de almacenaje, mientras que de los otros tres uno podrían haber tenido un uso culinario y los dos restantes haber pertenecido a un servicio de mesa ya que se trata de piezas de superficies cuidadas, una de ellas con pequeñas impresiones en el labio.

La escasa profundidad de la fosa en la que se alojó el lote de recipientes hace pensar, como propusieron sus excavadores, en la posibilidad de que existiera un deseo

de recuperar estos enseres una vez reocupado el lugar en un momento posterior, en consonancia con la explicación esgrimida para justificar la presencia de varios molinos en otros “hoyos”. En ambos casos, estamos ante materiales de costoso y delicado transporte, bien por su peso, en el caso de los molinos, bien por su volumen y fragilidad, en el de los recipientes, lo que invitaba a no trasladarlo de manera continua por el evidente esfuerzo y riesgo que habría que asumir.

Algo parecido pudo constatarse en la finca de La Torrecilla, sita en las inmediaciones del propio yacimiento de La Fábrica de Ladrillos. En ella se excavaron

tres “hoyos” con materiales pertenecientes a la fase Protocogotas, de los que uno de ellos, que “tenía unas dimensiones de 1,65 m. de diámetro y 0,95 m. de profundidad proporcionó material abundante ya que se han podido reconstruir siete vasijas completas de diversos tamaños y formas (Figuras 20 y 21), pero completamente vacías y sin ningún tipo de restos óseos, metálicos o de otra índole, dándose la particularidad de que todas ellas aparecieron boca abajo, excepto la número 2, que apareció tumbada” (Cerdeño *et al.*, 1980: 220). A estas siete vasijas completas se suma otra a la que sólo le falta el labio y pequeños fragmentos de recipientes menores, algunos de ellos con decoraciones incisas o impresas dispuestas en zigzags y ondas. De nuevo nos encontramos ante un fondo que se encuentra prácticamente lleno de recipientes, algunos de los cuales debían de estar muy cercanos a la boca de la fosa. Son piezas bastante voluminosas y de ejecución poco cuidada que pudieron servir para el almacenamiento de víveres o líquidos, cuyo traslado quizás no compensaba, como hemos apuntado, por el riesgo que entrañaba y la relativa facilidad que suponía su elaboración. Estas características, unidas al hecho de que también se trata de cierta cantidad de ejemplares concentrados, nos permiten suponer que podrían tener un significado similar al del conjunto de La Muela de Alarilla.

Pero esta práctica no es privativa de las poblaciones de la Edad del Bronce del centro peninsular. En algunos campos de “hoyos” de la periferia en los que se han excavado decenas de estructuras no es raro que una o varias de ellas, siempre de tamaño mediano o pequeño, se destinasen a la guarda de recipientes, sirviendo de este modo bien como almacenes bien como depósitos para posteriores reutilizaciones. Así es como se interpretan las evidencias, por ejemplo, de Can Roqueta, en Sabadell (González Marcén y Masvidal Fernández, 1999: 81). Al hilo de esto, nos interesa señalar una última cuestión: dado que en todos los casos conocidos los recipientes almacenados poseen evidentes muestras de haber sido usados durante un tiempo más o menos prolongado (rozaduras, golpes, huellas de desgaste, etc.), no hay razón para pensar que estamos ante “excedentes de hornada”, ante eso que denominamos stocks de producción alfarera (*vid. infra*), destinados a servir para la reposición de los recipientes que se fueran rompiendo.

De todas formas en el caso que nos ocupa, las características de los recipientes, tanto por su tamaño como por la profusa ornamentación de cuatro de los seis ejemplares completos, nos permite suponer que estamos ante un depósito similar a los practicados en la “tumba 2” y en el hoyo 27. La datación por TL obtenida sobre un fragmento cerámico de este conjunto: 2964 ± 258 B.P. puede aproximarnos al momento en que se generaliza este tipo de prácticas de amortización de cerámicas profusamente decoradas.

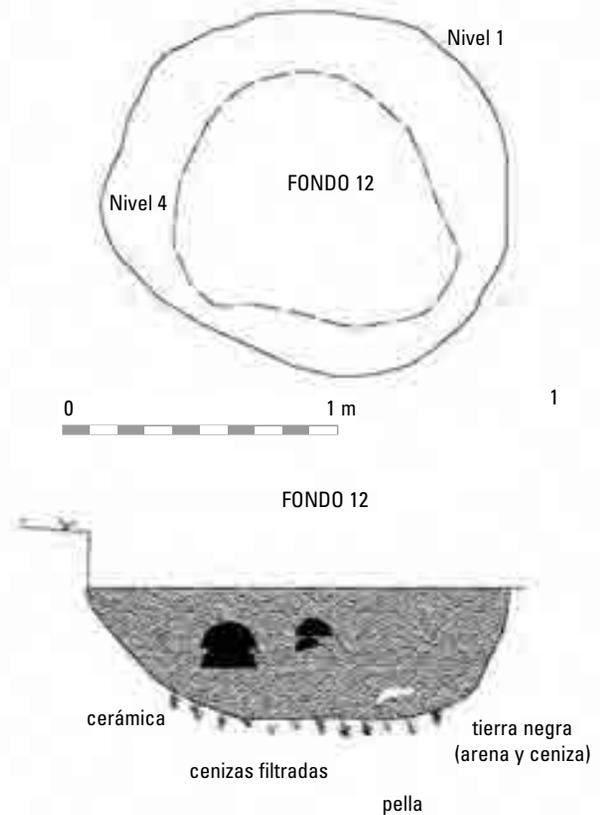


Figura 19. 1.– Croquis del perfil del fondo número 12 según el diario de las excavaciones

III. 5.3 EL DEPÓSITO DE FAUNA DE LOS FONDOS 76 Y 78

Estos dos fondos en planta se evidencian como una mancha lobulada –posiblemente fruto de la superposición de dos “hoyos”– de unos dos metros de diámetro y una potencia máxima de 0’60 metros. En sus proximidades, en dirección oeste, se habían abierto hoyos de dimensiones más reducidas cuyos escasos materiales parecen indicar que corresponden a la misma cronología, aunque no tenemos datos para conocer la posible relación entre todas estas subestructuras. La singularidad de los fondos 76-78 se debe a que concentraban una importante cantidad de restos óseos animales (Figura 21).

De los dibujos y fotografías realizadas durante el proceso de excavación los arqueólogos reconocieron numerosos huesos de vacuno en conexión anatómica que, por un esqueleto axial hallado en tres secciones, se identificaron inicialmente como pertenecientes a tres individuos. Un exhaustivo estudio de los materiales depositados en los fondos del Museo de San Isidro ha permitido contabilizar más de un millar de huesos entre ambos fondos, siendo éste uno de los hallazgos más significativos por la intencionalidad del depósito.



Figura 19. 2.- Gran depósito de recipientes de la Muela de Alarilla (Según Méndez y Velasco 1984)

El elevado grado de fracturación de la muestra, especialmente postdeposicional hace que el número total de piezas óseas se encuentre suprarrepresentado, al igual que los restos no identificados. En estos últimos advertimos numerosas fracturas en hueso seco del tipo W, X según Morales (1988), que han ralentizado y dificultado el proceso de identificación, asignación de individuos así como el estudio tafonómico. Teniendo en cuenta estos aspectos, resulta también de especial interés valorar adecuadamente otros parámetros arqueozoológicos como son el NMI y los valores relativos del peso para cada uno de los taxones. Tan sólo tres taxones están representados en ambos fondos: el vacuno, el ovicaprino y una especie silvestre, el conejo.

El vacuno, con el 99 % de los restos representados y el 99,7% de la tanatomasa domina abrumadoramente en el conjunto faunístico y está representado por, al menos, 5 individuos. Una pieza dentaria de ovicaprino y tres huesos apendiculares de conejo apenas alcanzan el 1% del total identificado y el 0,3 % de la tanatomasa (Tablas 6 y 7). Teniendo en cuenta que los huesos de los dos últimos son de reducido tamaño y su representatividad esquelética evidencia, en el primer caso, una ausencia de masa cárnica y en el segundo, una desconexión anatómica, no parecen haber sido objeto de un depósito intencional evidente según los criterios de Gautier (1987). Más bien dichas piezas reflejan los clásicos rellenos pos-

deposicionales intrusivos de los fondos que se van colmatando con detritus y sedimento.

Otro aspecto que merece destacarse desde la perspectiva tafonómica, es la escasa incidencia de agentes biológicos y ambientales, generalmente frecuentes en cualquier depósito de fauna de un contexto arqueológico. Entre ellos destacamos las erosiones radiculares, exfoliaciones, craqueladuras, fracturas y piezas roídas prácticamente ausentes en los huesos. Tan sólo merece destacarse algunas huellas puntuales de huesos mordidos por carnívoros como los perros, también documentados en otros registros del poblado. Estas observaciones parecen indicar exposición a la intemperie muy breve del conjunto óseo, además de una sedimentación con suficiente entidad como para proteger este peculiar depósito de estos agentes.

Pasando a realizar un estudio pormenorizado de los restos de vacuno hallados en estos fondos, destacamos cierta dificultad en la determinación y asignación esquelética de los diferentes individuos. En algunos casos, durante el proceso de excavación y posterior almacenaje no se han contextualizado las piezas en conexión anatómica por no haberlas reconocidos *in situ*. Aún así, tenemos que destacar un depósito de animales desarticulados con un elevado número de individuos, es decir, de al menos cinco vacas. Esta circunstancia junto con las porciones esqueléticas depositadas y las edades de sacrificio de estas reses inducen a pensar en una asociación

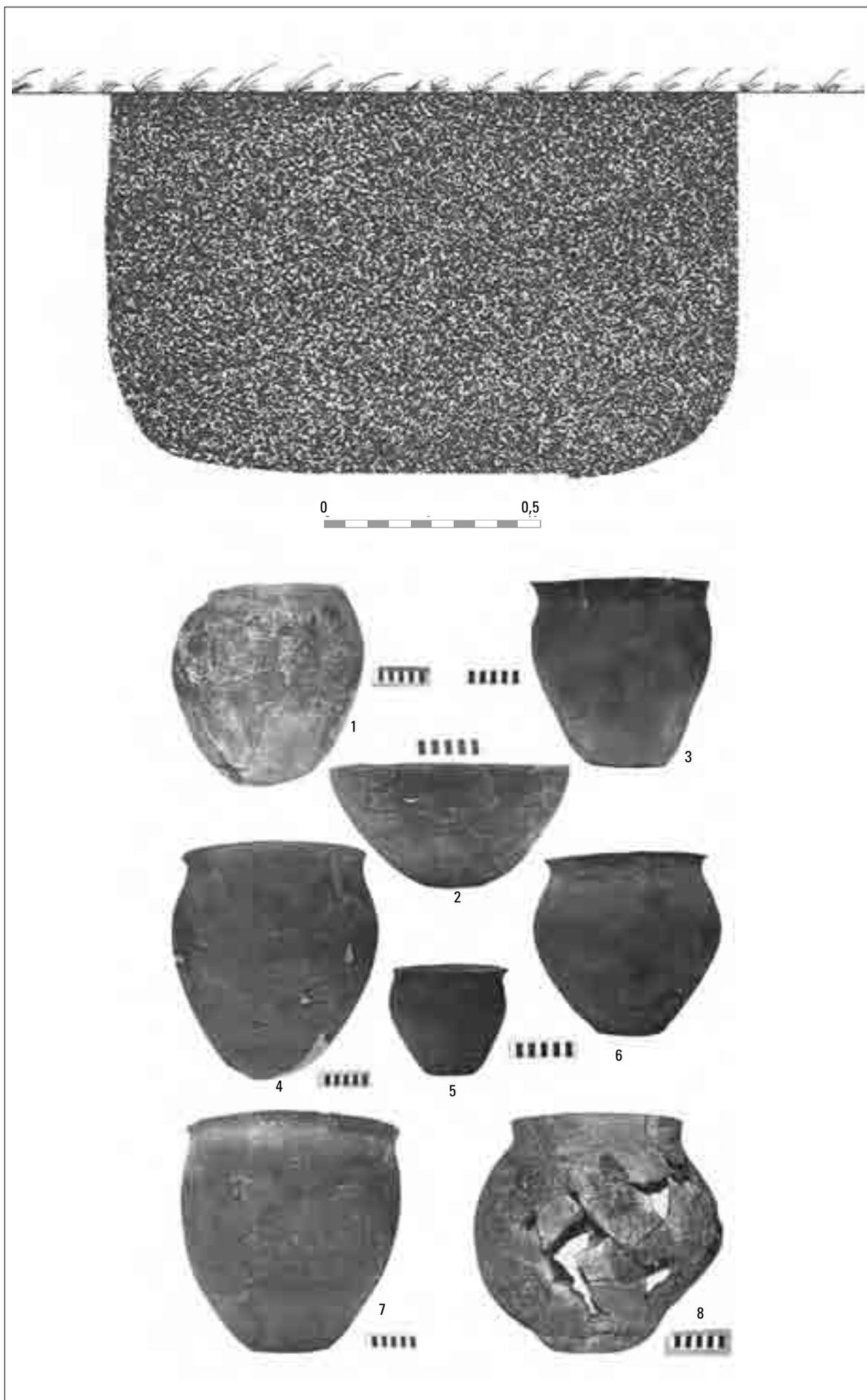


Figura 20. Depósito de recipientes localizado en el yacimiento Protocogotas de La Torrecilla (Según Cerdeño et al., 1980)

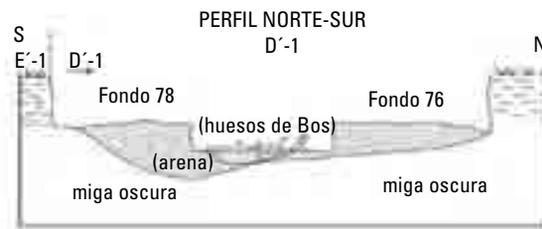
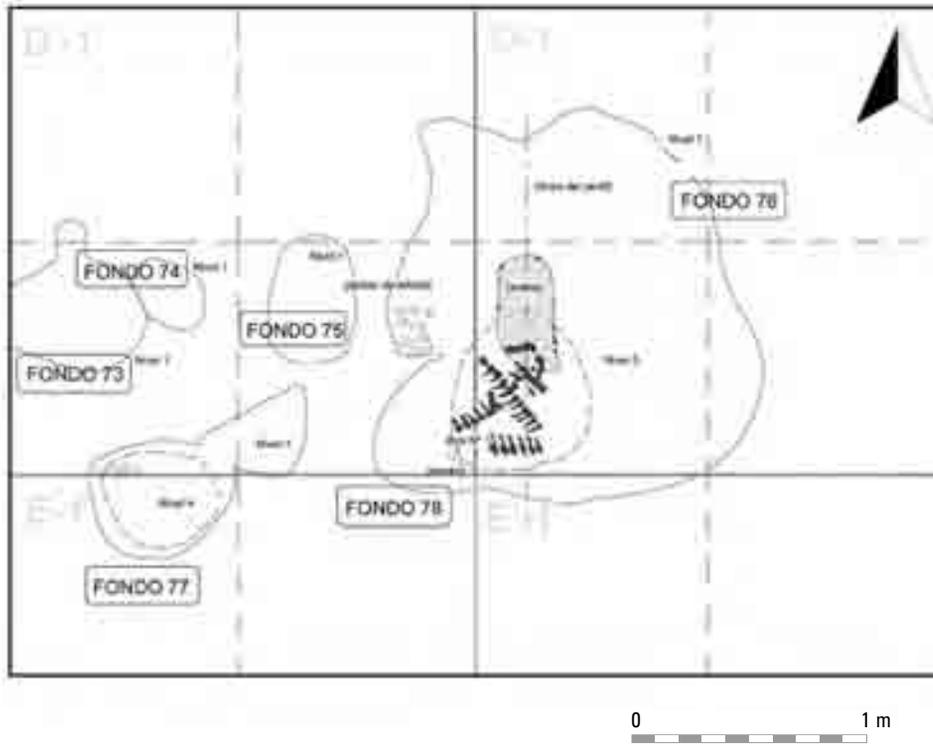


Figura 21. Fondo 76-78 (Dibujo y foto archivo del Museo de los Orígenes, Casa de San Isidro)

de piezas con unas características que no se corresponden con acumulaciones de meros desechos alimentarios.

Como se desprende del intento de reconstrucción de la representatividad esquelética y, con las debidas reservas ante la dificultad de asignación de algunos elementos óseos, exponemos en la Tablas 7 y 8 de forma sintética las diferentes porciones depositadas en ambos fondos.

La ausencia generalizada del esqueleto craneal y de las porciones distales de las patas, los denominados *autopodios* (carpales/tarsales, metapodios y falanges) permite llegar a la conclusión de un característico patrón de despiece y deposición de tan sólo algunas porciones en ambos fondos. Los huesos recuperados representan porciones anatómicas con una importante masa cárnica, desde el axial; cuello, costillares; costillas y lumbares; lomo, solomillo y falda, además de los miembros anteriores; pecho y morcillo así como miembros posteriores; tapa, babilla, falda gruesa y pierna.

Las huellas de origen antrópico son testimoniales, tan sólo se han constatado 4 piezas que suponen el 0,4% del registro faunístico. Tres de ellas revelan trabajos de despiece y otra una posible preparación de algunas porciones para un posible asado. En la Figura 22 se ubican anatómicamente, tanto las huellas de carnicería (1, 2, 3) y los huesos expuestos a focos de calor (9), así como las piezas mordidas (4, 5, 6, 7, 8).

Las incisiones documentadas se relacionan con el despiece primario (Figura 22.1) destinado al desollado y a separar el cráneo de la columna vertebral, además del despiece terciario, concretamente sobre las porciones distales de un radio-ulna destinados para la preparación previa al consumo (Figura 22.2 y 3), según (Rixson, 1988).

Del estudio de la fauna del fondo geminado 76-78 se desprenden una serie de aspectos a destacar:

Para este tipo de contextos singulares, los animales protagonistas destinados a cumplir con una determinada práctica deposicional proceden de las cabañas consumidas habitualmente.

Tabla 5: *Relación absoluta y relativa del número de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y peso (gr.), según los taxones identificados en los Fondos 76-78*

TAXONES	NR	%	NMI	%	PESO	%
VACUNO	406	99	5	71,4	3924	99,7
OVICAPRINO	1	0,2	1	14,3	6	0,2
CONEJO	3	0,7	1	14,3	4	0,1
IDENTIFICADOS	410	39,8	-	0	3934	75,4
SIN IDENTIFICAR	621	60,2	-	0	1282	24,6
TOTAL	1031	100	7	100	5216	100

Un elevado número de piezas óseas –muchas en conexión anatómica– de al menos cinco vacas suponen el principal componente del depósito.

El perfil de edades estimadas de, al menos, cuatro individuos no es óptimo de cara a obtener un buen rendimiento cárnico, dato que acentúa aún más el valor que suponía un sacrificio temprano de reses a la comunidad prehistórica.

Las porciones esqueléticas depositadas revelan huesos con abundante contenido de masa muscular (axial y apendicular), destacando además la ausencia de piezas craneales y porciones distales de las patas.

Aunque no podemos descartar un descarnado previo de algunas porciones, las huellas que reflejan despices terciarios se nos antojan demasiado exiguas como para ser concluyentes.

Los restos óseos hallados en los fondos 76-78 de la Fábrica de Ladrillos resultan de especial interés por presentar características similares con otros yacimientos del Horizonte Protocogotas y Cogotas I como Perales del Río (Blasco *et al.*, 1991), o la Loma del Lomo, de cronología más antigua, (Valiente, 1993). En estos casos la interpretación de este tipo de asociaciones faunísticas se relacionó con rituales funerarios, banquetes u ofrendas (Blasco, *et al.* 1991, Misiego *et al.*; 1992, Valiente, 1993 y Montero, 2002). Los protagonistas entre las ofrendas faunísticas vinculadas a inhumaciones humanas son los de suidos y de canes, aspecto interesante al tratarse de especies que también se conocen en depósitos aislados que, a priori, no parecen estar en relación directa con enterramientos cercanos (¿cenotafios?).

Otra característica a destacar de este tipo de depósitos es que suelen aparecer más o menos completos, dato que no coincide con los depósitos de macromamíferos como el vacuno. Los resultados obtenidos de los fondos 76 y 78 de la Fábrica de Ladrillos parecen obedecer más a un esquema deposicional en el que priman cuartos delanteros, traseros de vacuno o el esqueleto axial, patrón que se puede vincular a depósitos similares como un fondo geminado de la Torrecilla, del que también destaca un esqueleto axial y un cuarto delantero de vacuno asociado a otra fauna doméstica (Blasco *et al.*, 1984-85; Blasco y Lucas, 2000), así como otro fondo de Perales del Río de fase Cogotas I con un esqueleto parcial de vacuno, los cuartos traseros de un bóvido en la Loma del Lomo (Valiente, 1993), al igual que el Fondo 319 recientemente excavado en el yacimiento de Camino de las Yeseras (San Fernando de Henares) (Liesau y Blasco, 2006).

Aunque queden todavía muchos aspectos rituales por investigar y la entidad y frecuencia de este tipo de depósito siga siendo una gran desconocida por la parcialidad de la mayoría de las excavaciones, estamos ante un ejemplo que permite un mejor conocimiento acerca

Tabla 6: Relación de restos identificados y sin identificar de los fondos 76 y 78 según representatividad esquelética

ESPECIE	VACUNO	O/C	CONEJO	TOTAL	%
DIENTE SUP.	-	1	-	1	0,2
MANDÍBULA	1	-	-	1	0,2
DIENTE INF.	6	-	-	6	1,5
E. CRANEAL	7	1	0	8	2
ATLAS	3	-	-	3	0,7
AXIS	1	-	-	1	0,2
V. C.	20	-	-	20	4,9
V. COST.	25	-	-	25	6,1
V. L.	48	-	-	48	11,7
SACRO	3	-	-	3	0,7
VÉRTEBRA	38	-	-	38	9,3
COSTILLA	173	-	-	173	42,2
ESTERNÓN	3	-	-	3	0,7
E. AXIAL	314	0	0	314	76,6
ESCÁPULA	18	-	-	18	4,4
HÚMERO	13	-	-	13	3,2
RADIO	8	-	-	8	2
ULNA	10	-	-	10	2,4
CARPALES	8	-	-	8	2
METACARPO	3	-	-	3	0,7
PELVIS	1	-	1	2	0,5
FÉMUR	17	-	-	17	4,1
TIBIA	5	-	2	7	1,7
CALCÁNEO	1	-	-	1	0,2
TARSALES	1	-	-	1	0,2
E. APENDICULAR	85	0	3	88	21,5
STILOPODIUM	30	0	0	30	7,3
ZYGOPODIUM	23	0	2	25	6,1
AUTOPODIUM	13	0	0	13	3,2
TOTALES	406	1	3	410	100
PESO (g)	3924	6	4	3934	
	NR	PESO			
S.I. (MACRO)	614	1276			
S.I. (MESO)	7	6			
TOTALES	621	1282			

de unas prácticas deposicionales de estos horizontes. Sin duda alguna, el sacrificio de terneras y el depósito parcial de porciones esqueléticas con un alto rendimiento cárnico debieron formar parte de unas prácticas culturales habituales en un marco cultural bien conocido y extendido. El sacrificio del vacuno que, además resulta ser el principal proveedor cárnico del poblado de La Fábrica de Ladrillos, no hace más que enfatizar también su empleo en facetas que trascienden al mero consumo y al uso funcional como animal de tiro o de transporte.

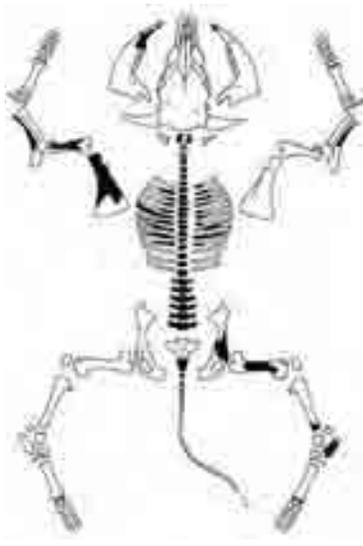
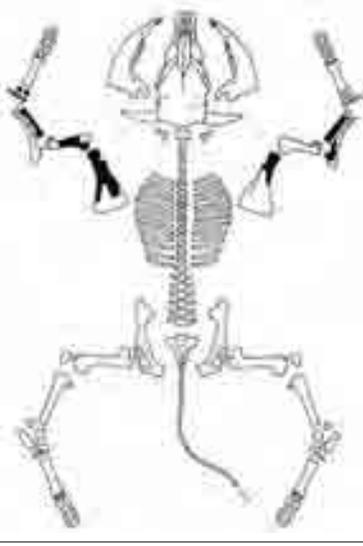
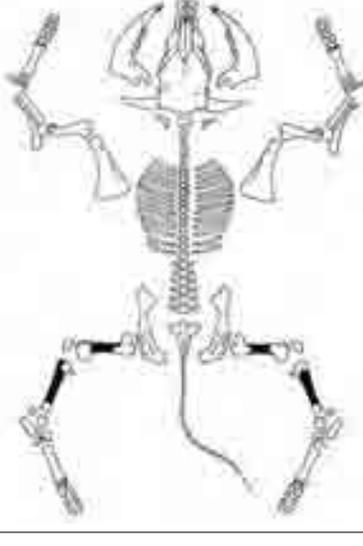
Con el fin de conocer con mayor precisión en qué momento se había producido el importante depósito de carne se seleccionó una muestra entre el material óseo

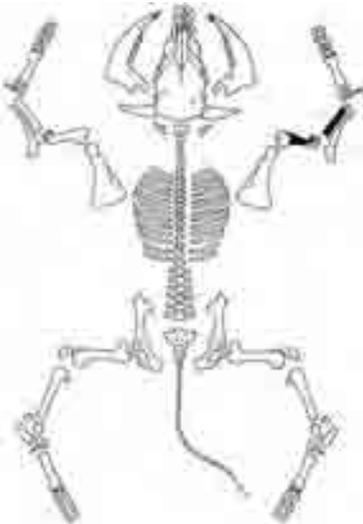
procedente del fondo, para realizar una datación radio-carbónica por acelerador de masas, los análisis han ofrecido el siguiente resultado:

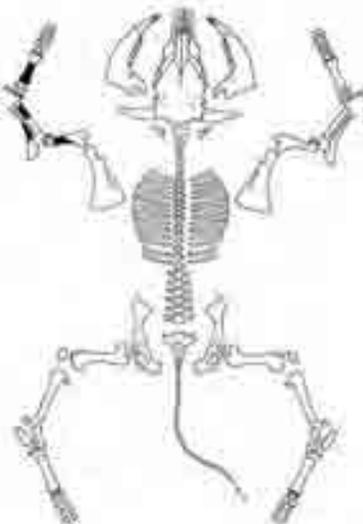
Beta-184835 = 3340 ± 70 BP; cal BC 1620 (cal BP 3580) con un intervalo cal a 2? Cal BC 1700 - 1520 (Cal BP 3650 - 3470) (Stuiver *et al.*, 1998).

Es la primera datación con la que contamos para conocer los inicios de este yacimiento de la Edad del Bronce de la Fábrica de Ladrillos y coincide con precisión con los resultados obtenidos para el inicio del asentamiento del yacimiento de Caserío de Perales, con las

Tabla 7: Porciones esqueléticas y edades determinadas en los diferentes individuos recuperados de los fondos 76-78 (D: derecho, S: izquierdo). La mayoría de las porciones son incompletas por el alto grado de fracturación postdeposicional y la corta edad de los individuos (ausencia de la fusión epifisaria)

PORCIÓN ESQUELÉTICA/EDAD						
VACA N.º 1	EDAD	CRANEAL	AXIAL	APENDICULAR:		
				CUARTO DELANTERO	CUARTO TRASERO	
	JUVENIL-SUB-ADULTO	1 frag. Mandíbula	Casi completo	1 S Incompleto	1 D incompleto	
PORCIÓN ESQUELÉTICA/EDAD						
VACA N.º 2	EDAD	CRANEAL	AXIAL	APENDICULAR:		
				CUARTO DELANTERO	CUARTO TRASERO	
	JUVENIL-SUB-ADULTO (menor talla que vaca 1)			1 S y 1 D incompletos		
PORCIÓN ESQUELÉTICA/EDAD						
VACA N.º 3	EDAD	CRANEAL	AXIAL	APENDICULAR:		
				CUARTO DELANTERO	CUARTO TRASERO	
	INFANTIL-JUVENIL (menor talla que vaca 2)			1 S y 1 D incompletos		

PORCIÓN ESQUELÉTICA/EDAD						
VACA N.º 4	EDAD	CRANEAL	AXIAL	APENDICULAR:		
				CUARTO DELANTERO	CUARTO TRASERO	
	INFANTIL JUVENIL			Incompleto		

PORCIÓN ESQUELÉTICA/EDAD						
VACA N.º 5	EDAD	CRANEAL	AXIAL	APENDICULAR:		
				CUARTO DELANTERO	CUARTO TRASERO	
	NEONATO-INFANTIL			Incompleto		

mismas características cronoculturales y que proporcionó un 1629 + 68 cal BC (Blasco, Calle y Sánchez Capilla, 1995), un horizonte temporal que también es coincidente con yacimientos de la Meseta Norte de idéntico contexto material, como es Los Tolmos de Caracena (Jimeno, 1982), argumentos que nos permiten aceptar como válido el resultado obtenido en esta medición y fijar en ese momento el inicio de estos establecimientos de la etapa Protocogotas, así como corroborar que estas prácticas de “ofrendas animales” y, en especial, las deposiciones de bóvidos fueron especialmente frecuentes en dicha fase.

A diferencia del contenido de otros hoyos, en el denominado fondo 76-78, los restos cerámicos se reducen a un lote constituido por material amortizado y muy fragmentado que apenas aporta información sobre tamaño y características de los recipientes de los que forma-

ron parte. Se trata, no obstante de un conjunto que supone un peso total de 1422 gramos, un volumen que incluso, resulta alto para la capacidad del fondo.

Además, conviene destacar que casi todo este material cerámico, se encontraba en los 20 centímetros más superficiales del fondo, ello nos induce a suponer que podía haber habido una intencionalidad en cubrir los restos animales con una tierra más o menos limpia y sobre ella, echar restos de recipientes (¿Utilizados en algún ritual o para el transporte de alimentos u otras sustancias orgánicas?).

Los únicos restos cerámicos que aportan alguna información sobre las características de los recipientes son dos fragmentos de sendos cuencos lisos, troncocónicos de pequeño tamaño y tres reducidos fragmentos ornamentados, dos de ellos con impresiones en forma de segmentos de círculo y el tercero con incisiones que

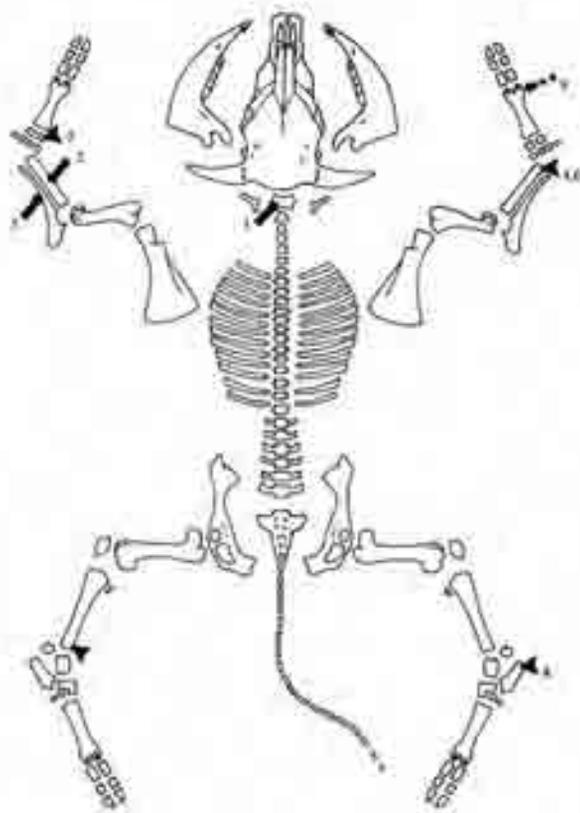


Figura 22. Ubicación anatómica de los diferentes procesos tafonómicos observados en los huesos de vacuno procedentes de los fondos 76 y 78: (1) Incisiones sobre ala del atlas. (2) Incisiones mediales sobre diáfisis proximal de radio (+) izquierda. (3) Incisiones sobre diáfisis dorsal de ulna izquierda. (4, 5, 6, 7 y 8) Mordeduras sobre diáfisis distal de radio derecho, sobre diáfisis distal de tibia izquierda, sobre diáfisis distal de radio derecho, en un carpal izquierdo, y en el tubérculo de un calcáneo derecho, respectivamente. (9) Metacarpo distal derecho quemado

crean dientes de lobo con entramado oblicuo, de los que no es posible conocer las sintaxis compositivas. No obstante, las características de estas decoraciones, tanto técnicas como temáticas, nos invitan a pensar que se trata de materiales pertenecientes al Horizonte Protocogotas un supuesto que parece confirmarse por la industria lítica y por la datación de C14.

La colección lítica de este fondo está compuesta por un pequeño lote de 8 piezas en el que no ha primado ninguna categoría, por lo que contamos con una buena representación porcentual de todos los productos de fabricación a excepción de los elementos de menor formato, (inferiores a 1 cm.: lasquitas de talla o retoque). En las categorías de núcleos del lote dominan las morfologías poliédricas, que muchas veces deben entenderse como aprovechamiento residual final de explotaciones piramidales o prismáticas previas. Esta circunstancia se asocia de forma preferente al momento Protocogotas y aluden a esta perduración de la intención laminar en los materiales líticos del periodo más antiguo del yacimiento.

La categoría *lasca* es el soporte dominante en el conjunto, muchas veces resultado de esta amortización final de los núcleos laminares reconvertidos cuando el tamaño disminuye hacia estrategias de producción multidireccionales (morfologías poliédricas), mediante la lateralización de la producción y las búsqueda de planos no ordenados, imprimiendo en los anversos de los productos una acusada multidireccionalidad.

Entre los escasos materiales del Fondo 76 encontramos las variedades gris, gris rojiza, gris claro y gris amarillados, así como variedades translúcidas. Ello indica procedencias nodulares distintas, y por tanto, una escasa correspondencia de las acumulaciones con actividades de producciones específicas y puntuales. En cuanto a la dispersión horizontal, observamos una escasa concentración de las categorías de producción que pueden entenderse como singulares (por ejemplo, núcleos, láminas, elementos retocados, dientes de hoz), como ocurre en cada uno de las unidades estratigráficas.

III.5.4 LAS "TUMBAS" Y OTROS RESTOS HUMANOS SIN CONEXIÓN ANATÓMICA

Si hasta hace unas décadas las manifestaciones funerarias de la Península Ibérica durante II milenio a. C se reducían casi exclusivamente a los datos que habían proporcionado los yacimientos argáricos, hoy comenzamos a tener una información más completa al incorporarse al panorama general las aportaciones procedentes de otros círculos culturales de distintas áreas geográficas y, muy especialmente, de La Mancha. Pero incluso, tal como hemos expuesto anteriormente (Blasco, 1997), en otras regiones de las que poseemos menos datos sobre la Edad del Bronce, caso de la Cuenca del Tajo, son cada vez más abundantes los indicios que nos permiten sospechar que la costumbre de inhumar los cuerpos en tumbas individuales o familiares, en los espacios domésticos o en sus inmediaciones, heredada de algunos grupos del Horizonte Campaniforme y mantenida en el círculo del Argar, debió de ser también relativamente frecuente, al menos entre algunos de los grupos meseteños contemporáneos pertenecientes al horizonte de las cerámicas lisas del Bronce Antiguo que se enmarcan en la primera mitad del II milenio, tal como lo avala el yacimiento alcarreño de Loma del Lomo (Valiente, 1992), si bien dicha práctica sólo se ejecutó con muy pocos individuos.

Con el avance del II milenio en todas las regiones peninsulares se observa una reducción de estas manifestaciones funerarias que practican la inhumación y en ese contexto, el círculo de Cogotas I en su área nuclear de las cuencas del Duero y Tajo, no es una excepción, de forma que a lo largo de su desarrollo la práctica de la inhumación tiende a ser cada vez más esporádica afectando a una proporción de la población progresivamente

te más escasa lo que se traduce en una presencia casi constante, pero puntual, de enterramientos en la mayoría de los yacimientos excavados en extensión y pertenecientes a la *fase formativa* de Cogotas I y en una casi total ausencia en la *fase de plenitud* de dicha cultura.

No obstante, esa disminución de las inhumaciones en contextos domésticos debe de estar, en parte, compensada por la práctica de otros rituales y por la elección de otros emplazamientos para el depósito de los cuerpos inhumados, si nos atenemos a la compleja casuística que encontramos en contextos funerarios enmarcados en este círculo (Esparza, 1990). Estas circunstancias, que no han pasado inadvertidas a varios autores que se han aproximado al tema, se explican alegando que “las evidencias de inhumación del Bronce Medio/Final en la Meseta son indicio, únicamente, de uno de los modos de tratamiento del cadáver en el seno de este ambiente cultural” (González Tablas y Fano, 1994: 101).

En este aspecto, el yacimiento de La Fábrica de Ladrillos representa un buen ejemplo de la dinámica de los usos funerarios durante las fases del Bronce Medio y Final en la cuenca media del Tajo, aportando dos enterramientos de inhumación individuales practicados en pozo, pertenecientes a la *fase formativa* de Cogotas I y con ausencia total de indicios funerarios entre los restos pertenecientes a la *etapa de plenitud*. En efecto, dentro del volumen total de “hoyos” excavados y recuperados en los trabajos realizados en las campañas de 1982 y 1983, 163 en total, si desdoblamos los n.º 16 y 52, sólo dos de ellos cumplieron la función de tumbas y ambos, a juzgar por los restos muebles entregados, pertenecen a la etapa Protocogotas, pues el tercero de los fondos denominado inicialmente por los excavadores como tumba, analizando su contenido y los datos que aporta el *Diario*, pensamos, como ya hemos apuntado, que corresponde a un depósito intencionado de recipientes, no sabemos si de carácter votivo o funcional.

Desgraciadamente, las dos posibles tumbas del yacimiento de La Fábrica de Ladrillos no se encontraban dentro de la superficie excavada, sino que se localizaron “colgadas” en el corte Este del arenero, en el curso de los trabajos de extracción de áridos, y su contenido fue vaciado por las máquinas aunque, inmediatamente, fue recuperado por los arqueólogos que se encontraban realizando los trabajos. En el caso de la denominada Tumba 1 fue posible realizar un esquema de su morfología (Figura 23.1) y tomar las dimensiones de la misma e incluso comprobar la localización de los restos humanos dentro del fondo. Pero de la Tumba 2 únicamente se tomaron las medidas (puestas por escrito en el *Diario*, junto a un sencillo dibujo de la sección) y se recogieron algunos restos humanos y del ajuar, con seguridad muy parciales, que se habían precipitado al pie del corte abierto por las máquinas extractoras de áridos. Las circunstancias en las

que se realizaron los hallazgos que acabamos de describir nos obligan a tomar con toda prudencia las consideraciones que aquí hacemos, pero no renunciamos a su registro, dado el interés del tema y la escasa proliferación de este tipo de hallazgos.

– Tumba 1

Como se ha apuntado, fue localizada por el operario que manejaba la máquina extractora de áridos, a quien llamó la atención la presencia de una acumulación de huesos humanos bien conservados que se habían precipitado a la parte basal del corte abierto en la explotación. La proximidad de los técnicos arqueólogos permitió la recuperación del conjunto de materiales y la realización de un esquema con las características y medidas del “hoyo”, así como con la posición probable que debieron de ocupar los restos humanos, pues con mucha pericia pudieron reubicarlos en la parte más baja de la fosa habida cuenta que “...*tienen pegado la arena de miga algo quemada del nivel de base.*” (página 1 del día 9.09.82).

Las indicaciones que se hacen en el *Diario* sobre las características del contenido geológico de la fosa parecen indicar que se trata de un relleno de arena, de la que se dice que en la mitad superior era de miga y en la zona inferior lo era de canutillo. Igualmente, se indica que había diferencia de coloración, pues era oscura en la parte inferior –con una potencia de unos 0,60 m– y más clara en la zona próxima a la boca –de unos 0,40 m de potencia–, circunstancia esta que quizá habría que interpretar en el sentido de que la de la base era más oscura debido al mayor contenido orgánico acumulado por causa de la descomposición del cuerpo depositado.

Se trata de una tumba de pozo con chimenea cuya parte inferior o cámara es claramente más ancha y se encuentra ligeramente abovedada (Figura 23.2). La insistencia en la descripción que de ella se hace acerca del claro ensanchamiento de la zona inferior del pozo nos permite presumir que podría tratarse de una tumba con covacha ancha situada en la zona baja de las paredes de la cámara donde seguramente se depositó el cuerpo, del que se insiste estaba colocado en la base de la fosa. Desconocemos si, como ocurre en muchos de los conjuntos mejor documentados, se utilizaron grandes piedras para sellar la covacha o incluso la fosa, pero lo cierto es que no hay referencias en el *Diario* a la presencia de piedras en las inmediaciones de la estructura.

Este tipo de tumbas de chimenea con covacha es relativamente frecuente en contextos similares y tiene claros precedentes en los enterramientos del Bronce Antiguo de la zona, aunque bien es cierto que sus más antiguos referentes pueden remontarse a horizontes anteriores ya que posiblemente se trata de una modalidad inspirada en las fosas/covachas que se abren en las paredes de algunas cabañas calcolíticas pertenecientes a las

Horizonte Campaniforme, como se observa, por ejemplo, en el no muy lejano yacimiento de Camino de las Yeseras (San Fernando de Henares, Madrid) donde hemos documentado dos tumbas con estas características (Blasco *et al.*, 2005). No obstante las concomitancias estructurales, existen notables diferencias en los ajuares de ambas fases, pues mientras los Campaniformes de esta zona centro suelen ser conjuntos completos y estar normalizados, los de la Edad del Bronce o bien brillan por su ausencia o bien son esporádicos y exiguos.

Independientemente de este telón de fondo, es innegable que las verdaderas tumbas de fosas en forma de pozo con un ensanchamiento a modo de cámara realizado mediante una pequeña covacha u hornacina como la que nos ocupa las encontramos por primera vez en la zona del Valle del Tajo durante Bronce Antiguo, momento en el que son bastante habituales. Un buen exponente lo constituye el yacimiento alcarreño de La Loma del Lomo (Figura 23.3) (Valiente Malla, 1992a: 57, fig. 40). Sin embargo, no estamos ante un modelo exclusivo de estos grupos, sino que está presente también entre las variantes de tumbas utilizadas por algunos grupos argáricos, como es el caso de las cuatro recuperadas en el yacimiento granadino de La Cuesta del Negro de Purullena en el transcurso de la campaña realizada en 1971 y pertenecientes a una fase avanzada del Argar (Molina y Pareja, 1971: 19-20). En todos los casos el cuerpo se acopla al reducido espacio que ofrece la covacha disponiéndose en él en posición fuertemente contraída, pautas que posiblemente se siguieron también en esta tumba de La Fábrica de Ladrillos. La diferencia entre los enterramientos argáricos y los del área del Tajo se encuentra, sobre todo, en los ajuares, habituales en los primeros y excepcionales en los segundos, aunque en ambos círculos existen ejemplos de ausencia total de ellos.

Según se recoge en el *Diario* de la excavación, y como también se desprende de una revisión preliminar de los restos depositados en el Museo, los fragmentos óseos recuperados en la denominada Tumba 1 pertenecen a un único individuo (Figura 23.5). Es muy probable que el esqueleto, debido a las circunstancias accidentadas del hallazgo, no esté completo, pero en cualquier caso parece tratarse de un depósito primario. A falta de prácticamente todo el cráneo –a excepción de algunos fragmentos de frontal y parietal– y de numerosas porciones axiales y huesos apendiculares, los criterios para la determinación de la edad y sexo resultan ser muy limitados. Las características que presenta el escaso registro óseo recuperado –fusión epifisaria concluida en el húmero (derecho) y de la cresta ilíaca de un fragmento de coxal– indicarían, al menos, un adulto joven. Aplicando los criterios de Buikstra y Ubelaker (1994), para la morfología de la escotadura ciática mayor, ésta se corresponde con la del tipo 3 y, que a pesar de no ser del todo

concluyente, parece indicar la inhumación de un varón.

No hay, en cambio, ninguna referencia a la relación espacial del cuerpo con respecto al resto de los objetos recuperados, por lo que nos queda la duda de si los materiales cerámicos entregados forman parte de una verdadera donación intencionada, colocada junto al cuerpo del difunto, o estamos, como es bastante frecuente, ante materiales amortizados que iban mezclados con las tierras con las que se selló la fosa funeraria.

Como se ha relacionado en el *Inventario de los Fondos* anejo, los restos muebles recuperados son los siguientes: un núcleo de cuarcita de 482 grs. utilizado como percutor, un lote de fragmentos cerámicos cuyo peso total asciende a 3163 grs., entre los que destacan los restos pertenecientes a, al menos, 5 recipientes decorados, uno de ellos con aplicaciones de mamelones geminados de perfil cilíndrico y los otros cuatro con decoraciones realizadas a base de incisiones y/o impresiones. Entre estos últimos –los más interesantes porque justifican la adscripción de la tumba a la fase Protocogotas–, destacan dos fragmentos de una cazuela de carena alta sobre la que se desarrolla una secuencia de triángulos encadenados incisos rellenos con entramado de líneas oblicuas, también incisas, y una banda de pequeños puntos impresos bajo el labio externo. Es de destacar que se trata de un recipiente con perforaciones para lañas, lo que está indicando su reutilización tras la rotura y además constituye una prueba clara del aprecio que tenía su usuario al recipiente, certificado al ser depuesto como elemento de ajuar una vez amortizado. Otros tres fragmentos pertenecen a sendas cazuelas, también carenadas y decoradas. Una de ellas fue engalanada bajo el labio externo con una banda de espiguilla impresa y en la parte interna con banda doble de espiguilla incisa. La segunda pieza se ornamenta con impresiones de pequeños arcos de círculo o medias lunas dispuestas en dos hileras superpuestas en el labio interno, en una sola hilera en el externo y una más sobre la línea de carena pero de la que cuelgan tramos discontinuos dispuestos en dos nuevas hileras.

Menos información aportan los dos fragmentos restantes, correspondientes el primero a un galbo de tendencia globular y decoración de espiguillas incisas dispuestas en banda vertical y el segundo a un borde vuelto de olla que ha sido decorado con una secuencia de cortos trazos incisos oblicuos.

En general, la cerámica fina recuperada en esta tumba muestra una decoración de gran calidad en cuanto a la ejecución y muy equilibrada en cuanto a la distribución que de la misma se ha hecho por el campo decorativo. Este conjunto de materiales está formado exclusivamente por fragmentos pertenecientes a piezas amortizadas, por lo que, como ya se ha apuntado, no está claro que debamos considerarlo como elementos de ajuar, ya que podría tratarse de material rodado que cayó

en la fosa de manera aleatoria en el momento de su cierre. Por otra parte, y como ya se ha indicado, sus características formales y ornamentales nos llevan a incluir el conjunto en la fase Protocogotas, momento en el que estas manifestaciones son más frecuentes, pero conservando muchos de los rasgos que caracterizan a las prácticas del Bronce Antiguo.

En el caso de que sean, realmente, parte del ajuar, el grado de fragmentación en que se encontraron nos impide aproximarnos al significado del mismo, máxime si, como resulta claro, no sabemos si los datos que manejamos son los del conjunto completo o sólo los de parte del mismo. Independientemente de esto, lo que sí podemos apuntar es que las cazuelas carenadas –el tipo de recipiente más característico y frecuente entre los ornamentos– son piezas que están casi siempre presentes en los ajuares funerarios y en los depósitos votivos de esta *fase de formación* de Cogotas I, tal como, por ejemplo, indican el recuperado en la contigua finca de La Torrecilla o el perteneciente a la última fase de ocupación del yacimiento de Camino de Las Yeseras (Liesau y Blasco, 2006). Es posible que, dada su abundancia, este tipo de cazuelas, además de otros usos, tuvieran el de formar parte de un servicio de mesa en determinados rituales y banquetes.

A todos estos materiales cerámicos, pétreos y antropológicos hay que sumar un exiguo lote de restos óseos pertenecientes a fauna. Se trata de un total de 18 piezas óseas que corresponden mayoritariamente a porciones apendiculares de vacuno, oveja y dos piezas dentarias de ovicaprino. El estado fragmentario de los huesos, además del registro tafonómico que presentan –mordeduras de carnívoros– no permiten asegurar en ningún caso que pudieran formar parte de algún depósito intencionado relacionado con la inhumación del individuo. Sin embargo, tenemos que destacar como posible ajuar la recuperación de un artefacto óseo realizado a partir de una diáfisis distal de una tibia de ovicaprino. Mientras que la porción proximal presenta una fractura irregular, la distal que coincide con el extremo activo presenta –aparte de desconchado reciente en la cara interna de la diáfisis– una fractura oblicua sobre la que se observa un destacado pulimento de uso (Figura 23.4).

El término de comparación más próximo en el tiempo y en el espacio para este contexto funerario lo encontramos en el cercano yacimiento de Perales del Río (Getafe), situado a escasos 3 kms. de La Fábrica, donde se exhumaron un total de cinco tumbas de fosa en dos de las cuales se había abierto un nicho o covacha lateral en la parte baja de la pared. Cada una de ellas contenía una inhumación individual, perteneciente a un varón joven (20 a 25 años), la primera, y una mujer adulta (30 a 35 años), la otra. Esta última contaba con el acompañamiento de una cazuela lisa de perfil carenado, dispuesta junto al parietal (Blasco *et al.*, 1991: 58, 68 y fig.

4, n.º 3). El resto de las piezas recuperadas en los dos casos eran simples fragmentos cerámicos pertenecientes a vasos amortizados que se encontraban en puntos muy dispersos de la fosa dando la sensación de que se trataba de materiales que habían caído en ella de manera aleatoria junto con las tierras vertidas para sellar el conjunto.

Tanto estas dos fosas con nicho lateral, como las otras tres restantes, consistentes en simples “hoyos” de planta circular –en dos casos– u oval –las restantes–, localizadas en el mencionado yacimiento madrileño, tenían unos diámetros de boca entre 1,20 y 1,30 m, llegando a alcanzar los 2,00 m el eje mayor de la única que presentaba una planta oval. Estas dimensiones del diámetro de boca de las fosas de planta circular resultan bastante estandarizadas, pues son similares a las que ofrecen también las tumbas-fosa con o sin covacha lateral exhumadas en el yacimiento alcarreño de Loma del Lomo (Blasco, 1997a: fig. 3.2). Dicha anchura de fosa resulta suficiente para poder efectuar las maniobras necesarias para depositar el cuerpo, y no resulta lógico invertir más trabajo en una fosa abierta para una función concreta que no requiere posteriores aperturas. Por ello, estas medidas nos han servido de referencia para el cálculo del posible diámetro de la fosa-tumba de la Fábrica de Ladrillos entendiendo que el esquema que se ofrece en el *Diario* recoge tan sólo la referencia a las características del relleno de tierras, pero no guarda proporcionalidad en sus dimensiones.

– Tumba 3

Todos los datos disponibles parecen indicar que, también en este caso, nos encontramos ante una segunda tumba de inhumación. Desgraciadamente, son menos los datos con los que contamos sobre este conjunto que los que teníamos sobre la Tumba 1, pues tan sólo fueron entregados a los excavadores algunos restos óseos humanos (Figura 24) y un pequeño lote de piezas muebles que formaban parte del ajuar –o todo él–, pero una vez más desconocemos su relación topográfica con respecto a la estructura del enterramiento e incluso su asociación hay que tomarla con la prevención que requiere una recogida sin ningún tipo de control.

Como refleja la Figura 24 los únicos huesos largos recuperados son dos diáfisis de húmero a falta de sus epífisis, un fragmento de coxal con la cresta ilíaca en trance de fusión, además de un fragmento de costilla. La exigua representatividad esquelética de este individuo no permite extraer más información que la de un individuo con una edad que apenas ha superado la veintena en su desarrollo. Entre los restos de fauna tan sólo se ha recuperado una ulna incompleta de équido, posiblemente caballo, de la cual desconocemos si pudiera haber habido una intencionalidad de este depósito. En caso afirmativo sería un hallazgo interesante por no ser habitual la incor-

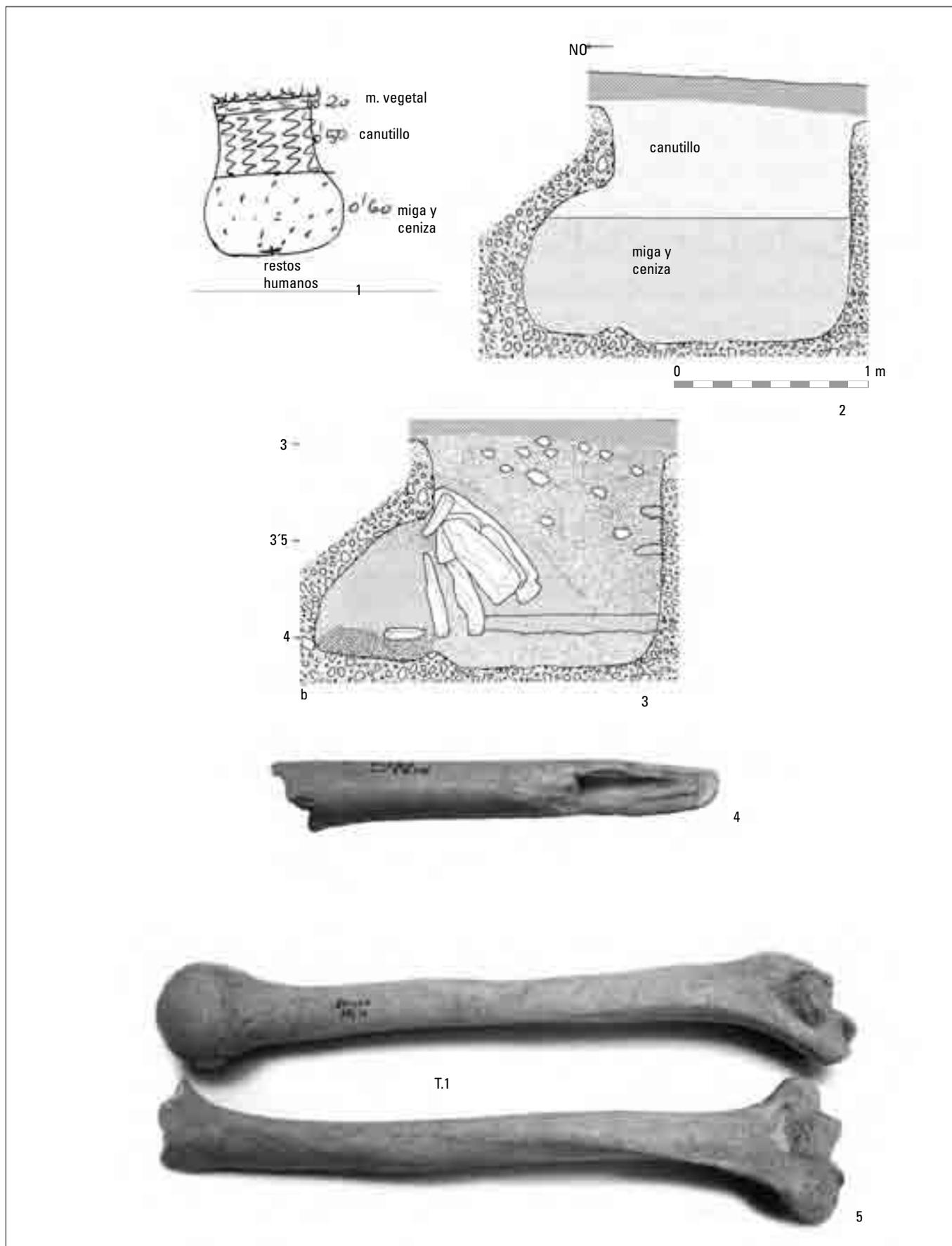


Figura 23. 1 Croquis de la tumba 1 realizado en el momento de su localización en el corte del arenero. 2. Reconstrucción de la misma tumba 1 a partir de la descripción del diario. 3: Hoya 11B-1, con enterramiento de inhumación, del yacimiento de Loma del Lomo de tipología similar a la tumba 1 (según Valiente., 1992, fig. 40). 4: Industria ósea: tibia de ovicaprino, con extremidad distal fracturada oblicuamente. La superficie de fractura presenta un pulimento de uso. Pieza recuperada entre los restos caídos de la tumba 1. 5: Húmeros izquierdo y derecho, vista posterior recuperados de la tumba 1

poración de restos de équidos en los contextos funerarios de la época.

El lote cerámico está formado por varios fragmentos cerámicos pertenecientes a diversos recipientes cuyo peso total asciende a 850 grs. Entre los fragmentos destaca un galbo decorado con dos bandas paralelas de incisiones y dos bordes lisos. Las circunstancias de la recuperación nos impide llegar a conclusiones válidas dado lo sesgado de la muestra que nos ha llegado y la dificultad que tenemos para saber qué parte porcentual del ajuar o del contenido de la fosa se recuperó y cuál fue la pérdida, pero teniendo en cuenta la escasa porción ósea recogida es posible intuir que se recuperó una parte reducida del contenido. Por otra parte, la ausencia generalizada de ajuares convencionales en los enterramientos de estos grupos de Cogotas I nos impide acercarnos al significado y representatividad de los fragmentos recopilados.

Los pocos datos que ofrecen los materiales asociados a esta segunda inhumación, y particularmente el fragmento decorado con una doble banda incisa, nos permiten sospechar que ambos enterramientos pertenecen a un mismo horizonte temporal que se corresponde con la primera fase de ocupación del yacimiento: la *fase formativa* de Cogotas I o Protocogotas.

La presencia de sólo dos posibles tumbas entre un total de 163 hoyos, entre los excavados y los localizados en el corte abierto en el arenero por las máquinas extractoras de arena, responden a unas proporciones bastante habituales en yacimientos pertenecientes a la *etapa de formación* de Cogotas I, momento en que se mantienen los usos funerarios tradicionales pero afectando, de manera progresiva, a un sector cada vez más minoritario de la población, posiblemente, como ya se ha comentado por su coexistencia con nuevas prácticas cuyas manifestaciones no nos han dejado evidencias tangibles y que en los momentos *de plenitud* de este horizonte terminarán imponiéndose para la práctica totalidad de la población, salvo excepciones muy puntuales.

En el área donde se situaban las tumbas se obtuvieron otros objetos y fragmentos cerámicos pero no resulta posible determinar su procedencia exacta y, por tanto, su condición de ser parte integrante de algunos de estos ajuares aunque sí parece que corresponde a un mismo horizonte cronológico. Estos materiales son: un pequeño cuenco liso en forma de casquete esférico y un borde de olla globular con el cuello vuelto que está decorada en su cuello con dos bandas de zigzag inciso. A ellos se suman otros dos objetos: una azuela pulimentada muy plana y un fragmento de quesera, así como una mano de moler de cuarcita y tres molinos de granito, uno de ellos partido en dos mitades. Los ejemplares completos presentan un acusado hundimiento en el centro, indicio de haber sido utilizados de forma prolongada.

El elemento más singular es la azuela, única pieza pulimentada completa de este tipo recuperada en el yacimiento, ya que en el resto de los fondos el único material pulimentado son los molinos y las piedras molederas o algunos fragmentos bastante pequeños de hachas o azuelas pertenecientes a ejemplares muy amortizados. Más frecuentes, en cambio, son “las queseras” o “vasos coladores” que se encuentran en otros muchos “hoyos” junto a materiales amortizados, en general más frecuentes en la *etapa formativa* que en la de *plenitud*.

Otros restos humanos sin conexión anatómica:

La presencia de miembros sueltos pertenecientes a restos humanos, como la mano documentada en el yacimiento del Arenero Soto (Getafe, Madrid) (Martínez Navarrete y Méndez, 1983) o sin ningún tipo de conexión anatómica (Blasco *et al.*, 1991), es un dato que encontramos puntualmente en las memorias de yacimientos Cogotas I, pero sobre el que apenas se ha llamado la atención, a pesar de que es un interesantísimo indicio para acercarnos al desconocido mundo funerario de este horizonte y, en general del Bronce Final peninsular. Su localización en hoyos colmatados con restos de materiales amortizados y huesos de fauna nos invita a plantearnos la duda de dónde proceden. ¿Formaron parte de cuerpos que estuvieron expuestos hasta su total descomposición y una vez desmembrados y dispersos se retiraron como el resto de los residuos orgánicos?, si fue así ¿dónde se localizaban estos expositivos? ¿Son restos de enterramientos en hoyos removidos al ser abiertos para nuevos usos en ocupaciones posteriores a la que practicó el enterramiento? ¿Qué otras fórmulas funerarias se desarrollaron además de las inhumaciones en fosas abiertas en el interior de los poblados?

En cualquier caso hay que apuntar que son muy escasos y no permiten justificar los ritos o costumbres fúnebres practicados a la mayoría de la población a pesar de que en casi todos los hábitats podría haber alguno/s de estos restos que generalmente no se identifican como tales.

En La Fábrica de Ladrillos los fondos en los que se han documentado son los siguientes:

Teniendo en cuenta la gran cantidad de fondos excavados en este yacimiento los restos humanos recuperados en contextos ajenos a un registro funerario son muy exiguos como se ve en la tabla adjunta. Esta lista queda aún más mermada en aquellos restos recuperados de los fondos 112 y 119 cuya asignación es, incluso, dudosa por el estado fragmentario de las piezas recuperadas. De los fondos restantes, tan sólo señalar que los huesos proceden fundamentalmente del horizonte Protocogotas, hallándose en niveles relativamente profundos. Estas circunstancias, junto al estado incompleto o muy



Figura 24. Húmeros izquierdo y derecho, vista posterior y ulna de équido con fractura reciente en su extremo distal, norma dorsal. Todo ello procedente de la tumba 3

fragmentado de las piezas óseas, no permite concluir una clara intencionalidad de dichos depósitos, sino más bien afirmar que se han incorporado al relleno de los fondos como cualquier otro material de desecho, caso de los fragmentos cerámicos, líticos y restos de fauna.

Destaca de este mínimo conjunto un fragmento de húmero distal recuperado del fondo 128. Esta pieza presenta evidentes huellas de mordeduras de carnívoro, lo más probable de algún perro. En caso de haber sido expuesto algún cadáver a la intemperie, el can pudo tener acceso a alguna pieza, –transportándola, incluso, de un lugar más lejano– para mordisquear la epífisis distal del húmero hasta eliminarla. Ello representaría un indicio para avanzar en la hipótesis de la práctica de expositorios, aunque faltan, por ahora, argumentos más contundentes.

Tabla 8

FONDO	FASE	NIVEL	DESCRIPCIÓN
56-57	Protogotas-Cogotas I	3	1 fragmento de neurocráneo ¿parietal?
112	Protogotas-Cogotas I	2	1 fragmento de neurocráneo ¿humano?
119	Protocogotas	8	1 posible resto humano s.p.
128	Protocogotas	4	1 fragmento de húmero distal con huellas de mordeduras de posible cánido
130	Protocogotas	9	1 fragmento de diáfisis de peroné
147	Protocogotas	3	1 fragmento de maxilar derecho a falta de dientes

III. 6: CARACTERÍSTICAS DE LOS FONDOS (*)

Fondo	Ø boca (m)	Ø base (m)	Profundidad (m)	T P	T S	T R	C (l)	P C (grs)	I L (pzs)	Fauna		Fase/s	Observaciones
										N R	Peso		
1	3,60x2,40	1,00	0,77	O	V	1	3.575	7.458	8	33	170	P	En el corte del arenero
2	2,08		0,67	C	VI	1	1.660	3.840	11	8	44	P	En el corte del arenero
3	1,90		0,51	C	V	1	781	100	5	5	12	I	
4	>2,60x1,85		0,78-0,94	O	XI	1	2.023	2.900	11	37	129	P	Delimitación incompleta
5	1,76		0,98	C	VI	1	1.865	7.330	1	26	817	P	
6								5.388	1			P y C I	Sin planta ni sección
7	3,15x2,25	1,00	0,96	O	XI	5		3.015	8	43	515	P y C I	Secante con el 1 y el 8
8	2,08x1,38		0,62	O	VI	3a	711	1.878	11	14	52	C I	Secante con el 7 y el 9
9	2,55x1,93		0,15-0,28	O	V		470	676	2			I	Secante con el 2
10	2,56x1,40		0,27	O	V	1	860	584	5			I	Junto a suelo empedrado
11	1,64x1,20	1,30x0,75	1,08	O	IV	1	1.235	2.178				C I	Secante con el 83 rep.
12	1,55	0,95	0,47	C	V	1	628	470	1			C I	Los excavadores lo interpretaron como incinerac.
13	2,25	2,50	1,47	C	IX	1	4.884	4.580				P	
14	2,89x2,15	1,52x1,20	0,72	O	IV/V	1	3.051					I	
15	1,32x1,18	0,50	0,63	O	XI	2b	370	1.472	1	7	97	P	
16	1,30	0,80	0,95	C	IV	1	1.046	210				P	Algunos datos son la suma de los dos fondos
16bis	0,90	0,40	0,50	C	VI	2b	450	756	15	38	168	C I	
17	1,60		0,50	C	V	2a	606	1.684	11	14	76	P	
18	2,19	1,89	0,83	C	IV	1	2.652	540	7			P	
19	2,91	1,80	0,90	C	III	2a	4.132					I	Constan pocos datos
20	1,52	0,95	0,84	C	IV	1	1.064					I	Constan pocos datos
21	1,59		0,80	C	VI	2a	1.060	928	1	6	75	P	
22	2,18x1,45	0,75	0,39	O	IV	1	683					I	
23	2,08x1,67	1,50x0,80	0,83	O	III	1	1.640	6.642	5	4	8	P	Secante con el 24
24	2,52x1,60	1,15x1,00	1,16	O	III	1	3.056	160	1			I	Secante con el 23
25	1,69x1,48	1,46x1,21	0,51	O	III	1	963	80	1			I	Secante con el 92
26	1,28 media	1,20	0,43	O	II	1	524	54				P	
27	1,40x1,00		0,81	O			938	4.671	2	20	220	C I	Document. deficiente
28	1,40x1,20	0,80	0,80	O	IV	2b	940	980	14	15	35	I	Secante con el 86
29	1,56 media		1,07	O	XI	1	1.707	1.504	3			P	Pella de barro. Cortado por el 89
30	1,75x1,30	0,90	1,07	O	I	1	842	1.402	3	48	292	C I	Secante con el 88
31	1,66x1,50	1,00	0,61	O	III	1	781	482	4			P	Secante con el 81
32	2,50x1,90	0,80	1,10	O	X	2b	1.380	2.031		5	52	C I	Secante con el 34 y el 80
33	2,00	0,66	0,27	O	IV	1	468					I	Secante con el 96
34	1,50	1,20	0,68	C	IV	5	944	1.638	9	10	98	P	Secante con 32, 79 y 80
35	1,50	0,54	0,91	C	X	4	675	2.178	18	30	88	P	Secante con el 83 rep.
36	1,00	0,34	0,52	C	III	2a	237	1.304				I	
37	2,00x1,20		0,64	S	V	5	1.029	2.594	16	22	632	I	
38	2,00		0,50	O		1	1.440	378	1	260	372	P	Es parte del 99 (mancha)
39	1,00	0,89	0,21	C	V	1	88	1.012	3	59	470	P	¿Hogar central?
40	1,20		0,27	C	V	2a	180	48				I	
41	1,80x1,36	0,30	1,38	O	III	5	1.665	2.384	12	102	437	P	Secante con el 42 y 103
42	1,10			C								I	Secante con el 41
43	1,12	0,42	0,50	C	VI	2a	305					I	Secante con el 102
44	1,20	0,80	0,34	C	V	1	269	1.384	11	17	53	P	
45	1,10	0,98	0,85	C	IV	5	726	2.238	11	47	176	P y C I	Secante con el 123
46	1,96		0,60	C	XI	1	741	816	37	35	72	P	
47	1,50			C								I	Consta como "mancha"

Fondo	Ø boca (m)	Ø base (m)	Profundidad (m)	T P	T S	T R	C (l)	P C (grs)	I L (pzs)	Fauna		Fase/s	Observaciones
										N R	Peso		
48				C								I	Consta como "mancha"
49	1,00		0,55	C		2b						I	Secante con el 48
50	2,00	0,70	0,94	C	VI	1	1.640	3.633	1	22	216	P y C I	
51	1,60	0,88	1,20	C	IX	5	1.302	3.124	12	29	199	P	Podrían ser dos fondos superpuestos
52A	1,65	0,52	1,10	C	VII	1	1.383	1.384	3	15	126	P y C I	Cuantificación conjunta de los materiales
52B	2,80	1,20	0,60	C	IV	1	2.336						
53	1,40	0,80	0,90	C	XI	2b	979	2.774	7	56	188	P	
54	1,50	0,60	0,46	C	V	1	407		1			P	Unido por "mancha" superficial al 55
55	1,50	0,56	0,70	C	III	1	1.051					P	Unido por "mancha" superficial al 54
56	2,60	1,10	0,60	C	I	4	612	10.539	88	298	701	P	Excavados como un único fondo
57			1,25	C	VII	4	911						
58	2,20x1,80	0,66	1,00	O	III	4	1.704	758	25	12	38	P	
59	0,90	0,60	0,30	C	V	1	145	2.400	3	3	10	P	Se interpretó como hogar
60	1,20 máx.			L								I	Consta como "mancha"
61	1,60x1,20	1,50	1,00	O	IX	4	1.109	1.574	10	6	12	P	Unido a "mancha" sup.
62	1,60	0,88	0,30	C	V	1	329	552	9			I	
63	1,72	0,50	0,72	C	VI	3a	1.091	1.412	19	8	4	P	Unido a "mancha" sup.
64	1,10 sup. y 0,20 inf.		0,18 sup. y 0,20 inf.	C	X	3a y 3a	147	7.828	6	28	144	P	Parecen ser dos fondos superpuestos
65												I	Consta como "mancha"
66	1,40x0,86			O								I	Consta como "mancha"
67	1,00			C								I	Dibujado parcialmente
68			0,10	O								I	Consta como "mancha"
69			0,10	O								I	Consta como "mancha"
70	1,40x0,70			I								I	Consta como "mancha"
71	1,30	0,80	0,40	C	III	1	390	82	2			I	Consta como "mancha"
72	1,30	1,00	0,15	I	V	2a	173	44	10			I	Consta como "mancha"
73				I				206	2			I	Consta como "mancha"
74	0,60			C				146	5			P	Sin sección
75	1,10x0,76			O								I	Consta como "mancha"
76	1,50x1,20		0,30	O	V	1	1.497	1.140	14	1.031	5.216	P	Forma conjunto con 78. Interpr. como "cabaña"
77	1,30	0,70	0,50	C	V	1	411	1.992	15	24	24	P	Unido a "mancha" sup.
78	1,80x1,30		0,40	L	V	1		326	8	la del 76		P	Forma conjunto con 76 Interpr. como "cabaña"
79	1,80	1,20	0,50	C	IV	3b	1.035	708	2			I	Secante con 34 y 80
80	1,40		0,50	C		1	430	652				I	Secante con 32, 34 y 79
81	1,35x1,00	1,10	0,60	O	III	1	748	162				I	Secante con el 31
82	1,80	0,80	0,70	C	IV	1	983	848	1	5	83	P	Secante con el 83
83	1,40	0,50	1,08	C	IV	2b	472					P	Secante con el 82
84	2,00 máx.	1,28	1,00	L	IX	1	2.375	1.528	4	21	117	I	Secante con el 94
85				C								I	Sin referencias
86	2,20x1,40	0,60	0,50	O		3a	473	576	5	11	96	C I	Secante con el 28
87	1,30	0,86	0,95	C	VII	2b	761	2.396	6	5	139	P	Secante con el 95
88	1,50	1,20	0,54	O	III	1	740	488	1	10	107	P	Secante con el 30
89	2,00x1,50		0,90	O	VI	1	2.313	864		4	10	I	Corta al 29
90	1,50	0,59	1,25	C	VI	1	1.632	742	1			P	Acumulación de pellas. Secante con el 91
91	1,80	0,65	0,82	C	VII	1	751	699	11			I	Secante con el 90
92	1,68x1,42	1,13x1,00	0,50	O	VI	2b	719	158	1			I	Secante con el 25
93	1,30	0,88	0,40	C	V	1	448	516		7	18	P	
94				C									Secante con el 84

Fondo	Ø boca (m)	Ø base (m)	Profundidad (m)	T P	T S	T R	C (l)	P C (grs)	I L (pzs)	Fauna		Fase/s	Observaciones
										N R	Peso		
95	1,64	1,00	0,46	C	V	1	740	567	13	64	240	P	Secante con el 87
96	1,40X1,10	1,40	0,44	O	IV	1	827		4	9	19	P	Secante con el 33
97												I	Consta como "mancha"
98	1,48X1,00	0,90	0,40	O	II	2a	301					I	Secante con el 99
99	2,12X0,90	1,80	0,55	O	II	1	1.440					I	Secante con el 98
100	1,20	0,80	0,40	C	VII	1	290	224+718	3			I	En la base, frags. de 3 pesas cilínd. y 3 molinos
101												I	Consta como "mancha"
102	1,30	0,60	0,75	C	IV	4	783	1.120	26			C I	Secante con el 43
103	1,40	1,50	0,40	C	II	1	736	3.036	24			P	Secante con 41 y 91
104	1,10	0,40	0,25	C	IV	1	141	572	6			I	
105	1,30X1,10	0,86	0,46	O	IV	1	483	848	8			C I	Secante con el 107
106	0,95	0,40	0,30	C	V	1	140	1.006	19	71	50	P	
107	2,80	1,10	0,60	C	IV	1	2.111	3.034	55	357	577	P y C I	Punta de flecha de cobre Secante con el 105
108	1,90X1,55	1,60X1,24	0,70	O	III	1	1.444	310	65	161	316	P y C I	Relleno muy ceniciento
109	1,07		0,44	C	VI	1	191	1.639	9	17	50	P	Secante con el 110
110	1,80	0,80	0,48	C	II	2b	1.041	468	3	6	7	P	Secante con el 109
111	4,00X2,60	1,20	0,50	O	V	1	1.865	2.726	22	128	239	P y C I	En el plano se dice que parecen ser dos "fondos"
112	1,54	0,50	0,50	C	IV	1	303	582	46	11	66	P y C I	Punta de bronce en N. 2
113	1,60X1,04	0,70	0,46	O	XI	1	530	5.422	50	273	399	P	
114	1,45X0,90	1,10X0,75	0,83	O	IX	1	915	1.150	1	55	65	P	Secante con el 116
115	1,00	0,72	0,40	C	V	1	288	742	1	19	20	P	Secante con el 116
116	2,63X1,84	0,60	0,60	O	V	1	1.335	1.998	9	34	130	P	Secante con 114 y 115
117	1,10	0,80	0,80	C	I	2b	626	118	1	3	35	P	Unido por "mancha" superficial al 118
118	1,52X1,28	0,72	0,55	O	III	1	498	990	2	8	82	P	Unido por "mancha" superficial al 117
119	1,80		1,30	C	XI	3a	1.961	2.369	28	43	141	P	
120	0,95	1,29	1,10	C	VIII	1	1.135	3.204	23	106	295	P	Secante con el 107 y tangente con el 131
121	1,30	0,60	0,70	C	III	1	519	2.420	8	11	172	P	
122	1,41	0,60	0,74	C	V	1	656	678		1	60	I	
123	1,00X0,80		0,60	C	VI	1	230	224	4			P	Secante con el 45
124													No consta
125	6,20X3,20	1,14	0,35+1,00 y 1,00	R	V	2b	22.489	6.664	27	46	284	P	Posible cabaña. Unido en superficie al 126
126		1,26	0,38+1,05	C	II	1			5	3	12	P	La misma estructura que 125, pero un solo fondo
127	2,05	1,06	1,04	C	VII	2b	1.605	2.634	2	6	198	P	
128	2,00	1,18	1,18	C	VI	3a	3.190	3.686	23	61	609	P	Secante con el 138
129	1,00	1,16	1,15	C	VIII	2b	661	1.402	1	16	120	P	Secante con el 130
130	1,90	1,28	1,22	C	I	4	2.882	3.770	1	44	293	P	Secante con el 129
131	2,00	0,70	0,68	O	XI	1	1.504	1.358	6	16	150	P	Punzón de cobre
132	1,60x1,18		0,08	O	V	1	61	716	3			P	
133	0,72	0,40	0,28	S	VI	1	748	1.648				I	
134	1,00	0,60	0,41	C	VI	1	256	1.418	4	23	54	P	
135	1,82x1,38	0,80	0,84	O	III	1	964	2.025	7	63	242	P	
136	2,00x1,90	1,12	0,78	I	IV	1	1.774		15	35	514	P y C I	
137	1,20		0,57	C	VI	1	393	3.980	4	28	153	P	Secante con 139 y 141
138	2,60	1,16	1,20	C	XI	1	4.018	80	1	3	250	I	Secante con el 128
139	0,96x0,84			O				390		1	33	P	Secante con el 137
140	1,45x1,18			O				266	1	3	136	I	
141	1,25			C				142	1	6	15	I	Secante con el 137
142	2,40 máx.	1,75	0,79	L	I	1	1.793	1.116	5	16	242	P	Junto a empedrado irreg.

Fondo	Ø boca (m)	Ø base (m)	Profundidad (m)	T P	T S	T R	C (l)	P C (grs)	I L (pzs)	Fauna		Fase/s	Observaciones	
										N R	Peso			
143	1,06	0,50	0,52	C	VI	1	350	366	1	3	8	I		
144	1,23	1,00	0,62	C	III	1	1.060	236		2	5	I		
145	0,92		0,56	C	VI	2a	249	638	2	4	19	P		
146	1,70		0,60	C	VI	1	1.132	398	1	2	4	P		
147	0,85		0,42	C	VI	2a	180	1.344	3	8	130	P		
148	1,16	0,50	0,70	C	VI	1	573			3	9	I		
149	2,20X1,40	1,26	0,98	O	VIII	1	2.202	1.370	5	6	122	P	Secante con el 150	
150	1,20	0,60	0,64	C	IV	1	413	1.222	1	9	80	P	Secante con el 149	
151	0,40	0,38	0,40	C	VI	1	110	1.626	1	9	38	P	Corta al 153	
152	2,10X1,30	1,20	0,90	O	VI	5	2.761	4.416	9	28	314	P	Restos de hogar en los niveles 3 y 4	
153	1,70X1,30		0,40	O	V	1	394	364	15	4	3	P	Es cortado por el 151	
154	0,90			C				134	1	2	4	P		
155	1,80	0,60	0,96	C	VI	2a	1.452	440	12	9	40	P		
156	1,58	1,40/1,20	1,15/0,32	C	V/VI	1				10	10	181	I	Plantas y secciones difíciles de interpretar
157				C									CI	Secante con el 156. C14 ha dado 2.840+-90
158	1,50			C				664	4	14	40	I	Fragts. de barro recocido con improntas de ramas	
T 1	1,00 aprox.	1,30 aprox.	1,30	C	VIII	5	2.285	3.163	1	18	130	P	Los huesos, en la base	
T 2	1,80	1,50	1,70	C	I	2a	3.641		s.c.	6	28	C I	A 20 m de T 1. Se interpretó como inciner. pero ni siquiera es una tumba	
T 3								850	1	1	58	P	Frente a la T 1	

(*) Debido a que en los diarios de excavación son muy pocas las anotaciones referentes a las medidas de boca, base y profundidad de los "hoyos", las que en esta tabla presentamos han sido extraídas de los planos dibujados al efecto, también incompletos, pues muchos de los "hoyos" no se dibujaron. Esto significa que en algunos casos dichas medidas constituyen una aproximación, aunque, eso sí, siempre hemos tratado fuera lo más precisa posible. Cuando dos o más "hoyos" circulares u ovalados son secantes y el trazado de las plantas regulares, la aproximación se ha hecho teniendo en cuenta la intersección perdida siempre y cuando fuera pequeña la zona a restituir.

CLAVES

TP= Tipo de Planta: O, ovalada; C, circular; R, rectangular; S, subrectangular; L, lobulada; I, irregular.
 TS= Tipo de sección (según Tabla).
 TR= Tipo de relleno (según Tabla).
 C= Capacidad.

PC= Peso del material cerámico.
 IL= Industria lítica: pzs, piezas.
 Fauna= NR, número de restos; Peso (gr.)
 Fase/s= P, Protocogotas I; C I, Cogotas I; I, Indeterminada.
 T= Tumba.